ROLLINS COLLEGE

LIBRARY

WITHDRAWN FROM
OLIN LIBRARY

LA VIRGEN PRUDENTE

Es propiedad de la autora. Derechos de reproducción y traducción reservados para todos los países, comprendidos Noruega, Suecia y Rusia.
Copyrigh by Concepción Espina y Tagle, 1929.—Primera edición. Hechos los depósitos que marca la ley para las Repúblicas americanas.

Compañía General de Artes Gráficas, San Marcos, 42.—MADRID

CONCHA ESPINA de Serna

LA VIRGEN PRUDENTE

NOVELA

COMPAÑÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)
RENACIMIENTO
MADRID
SAN MARCOS, 42
BUENOS AIRES
FLORIDA, 251

OBRAS DE CONCHA ESPINA

863
E77v

La niña de Luzmela. (Novela, 3.ª edición.)

Despertar para morir. (Novela, 4.ª edición.)

Agua de nieve. (Novela, 3.ª edición.)

La esfinge maragata. (Novela premiada por la Real Academia Española de la Lengua con el premio Fastenrath. New York, 1928, con notas en inglés para estudiantes americanos. Prologada y anotada por el profesor Millard Rosenberg, 6.ª edición.)

Al amor de las estrellas (*Mujeres del «Quijote»*, 2.ª edición. New York, 1928, con notas en inglés para estudiantes americanos. Prólogo de D. Federico de Onís.)

La rosa de los vientos. (Novela, 3.ª edición.)

Ruecas de marfil. (Novela, 3.ª edición.)

El javón. (Drama en tres actos, premiado por la Real Academia Española con el premio Espinosa Cortina, 3.ª edición.)

Pastorelas. (Poemas en prosa, 3.ª edición.)

El metal de los muertos. (Novela, 2.ª edición.)

Dulce Nombre. (Novela, 3.ª edición.)

Cuentos.

Simientes. (Páginas iniciales, 2.ª edición.)

El cáliz rojo. (Novela.)

Tierras del Aquilón. (Premio Castillo de Chirel, de la Real Academia Española.)

Altar mayor. (Novela, Premio Nacional extraordinario de Literatura en honor de Cervantes, 2.ª edición.)

Las niñas desaparecidas. (Novela.)

La virgen prudente. (Novela.)

EN PRENSA

Fogaril. (Libro de versos.)

EN PREPARACION

La culpa blanca. (Teatro.)

TRADUCCIONES

AL INGLES: La esfinge maragata («Mariflor»), por Frances Douglas. Macmillan, editor, New York.—Dulce Nombre («The Red Beacon»), por Frances Douglas. Appleton, editor, London, New York.

AL ALEMAN: El metal de los muertos («Das Metall der Toten»).—La esfinge maragata («Die Sphinx der Maragatos»). Traducidos por Felicia Pauselius. W. J. Mörlins, editor, Berlín.

AL ITALIANO: El jayón («Il Trovatello»), por Giovanni Calabritto. Carabba, editor, Firenze.—Mujeres del «Quijote» («Donne del "Don Chisciotte"»), por Gilberto Beccari. Carabba, editor, Firenze.—Altar mayor («Altar Maggiore»), por el Instituto Cristóforo Colombo. Roma.—Las niñas desaparecidas («Le Fanciulle scomparse»), por el Instituto Cristóforo Colombo.

AL SUECO: El metal de los muertos («De Dodas Metall»).—La esfinge maragata («Mariflor»), por el profesor Reigin Fridholm. Bonniers, editor, Estocolmo.

AL POLACO: Dulce Nombre, por Tadeuz Jakubowicz.

AL RUSO: La esfinge maragata («Esfinks Maragatski»).—El metal de los muertos («Metall Miertoej»), por T. N. Guiertsienchtiein. «Mesll», editor, Leningrado.

AL FRANCES: Próxima a aparecer La esfinge maragata.

Adaptado a ópera italiana El jayón, *con el título de «L'Innocente»*, por Francisco Mignone. Estrenado en el Brasil.

Talin y otros cuentos. (Edición castellana para uso de estudiantes americanos, 1927. Anotada por el profesor Millard Rosenberg, New York.)

Medalla de Arte y Literatura de la «Hispanic Society of America».

JORNADA PRIMERA

I

AURORA

LEGABA el tren a Madrid, y Aurora, un poco agitada y conmovida, echaba sus recuerdos hacia atrás, procurando reducirlos a una síntesis breve y lúcida, con posible acomodo entre el día de ayer y los de hoy, tan diferentes y singulares.

No era fácil este empeño. La muchacha ponía la memoria en tensión remontando su niñez hasta la primera vislumbre inteligente, y no conseguía descubrir la figura íntegra de sus padres. De la honda reclamación surgía, muy borroso, un hombre triste por enfermo; de pocas palabras y actitudes melancólicas; alto, fino, resignado, paciente. Su nombre, Miguel de España,

le revestía de un cierto prestigio simbólico, de una especie de dulzura patética.

Así lo pensó la niña después, muchas veces, orgullosa de llevar un apellido amplio y linajudo, y enternecida por la evocación lejana de aquel perfil inclinado hacia la pequeñuela con ávida solicitud: unos ojos morenos que la penetraban ansiosamente, unas manos febriles y suaves que al acariciar tenían un pávido temblor.

Y en segundo término acudía la madre, fuerte y robusta, activa con ese bullicio de las personas sanguíneas y ordinarias, muy pagada de su buena salud y de su habilidad casera. ¡Doña Purificación! Siempre la llamaron así, con el tratamiento respetable, como una negativa a la juventud, que a ella, sin duda, le importaba un comino. Porque Aurora no lograba extraer de sus inquisiciones más sutiles ni un síntoma de coquetería o refinamiento exterior en aquella mujer, mal vestida de oscuro, charlatana y devota, muy guardiana de las castizas buenas costumbres (a su limitadísimo entender), reservada con el esposo, impaciente con la hija, chismosa con la vecindad. En lo físico era una rubia metida en carnes, con tendencia a la grasitud; corpulenta sin esbeltez; de ojos azules, bobalicones; la cara muy redonda, y un anadeo poco airoso al andar.

Cierto que las manos de doña Purificación, estropeadas en los trajines domésticos, según ella decía, gordezuelas y hábiles, sólo descansaban en las horas de ejercicio espiritual: misa y rezos con epílogo de meditaciones por la mañana; rosario y novena por la tarde; retiro fervoroso por la noche. En el tiempo sobrante a

estos menesteres cotidianos, a las visitas de caridad, a las juntas benéficas y otras indiscutibles atenciones fuera de su casa, siempre en combinación con obras piadosas, era cierto que las manos solícitas no se daban reposo en labores de aguja y repostería, en zurcidos de ropa y lustre del ajuar... ¿Nunca en halago y esmero de la niña?

Nunca, no. Afirmarlo hubiera sido mentir. Aurora supo de las manos diligentes y ásperas sujetando la rebeldía de sus cabellos infantiles en menudas trenzas, imponiendo a la revoltosa un largo mandil para que no manchara el traje bonito, obligándola a estarse inmóvil para no descomponer los muebles. También recuerda aquellas manos, de continuo algo rojas, cruzadas con excelsitud en el templo y levantadas en oración apremiante una vez que la niña estuvo mala, mientras el papá le tomaba el pulso y le enjugaba la frente madorosa. Tenía el pimpollo sus tres años, y al convalecer de esta única dolencia, se encontró vestida de luto, perdida en horrible soledad entre mucha gente extraña...

Fueron aquéllos unos meses insensatos; la madre, envuelta en espeso mantillón, plañidera y teatral, se concretaba a oir pésames y exequias, olvidándose de la niña, y en todas las habitaciones, cerradas al aire y al sol, ardían luces por el difunto, lamparillas crujientes y oscilantes que a la pobre Aurorita la llenaban de miedo; entonces tuvo una idea remota de lo que era morir, y le cobró a la vida un larvado temor. Entonces, también, como un contraste al revuelo sombrío de su hogar, se le iluminó la existencia con el milagro de un gozo.

Porque aun no se había extinguido aquella especie de canto fúnebre, la nenia degenerada y burguesa, cuando llegó a Valladolid, campo inicial de esta verdadera historia, el señor don Juan de España, padre de Miguel, hombre todavía sazonado y bien erguido, tan aventurero y errabundo, que para justificar sus andanzas se había hecho marino mercante y apenas descansaba en las orillas. Decíase que la mala suerte de una viudez pesarosa le había desterrado así, y que sus viajes eran una fuga más que una diversión: el desesperado galope detrás de algún consuelo. Un solo hijo que le dejó la sola mujer amada, se había casado al terminar su carrera en la antigua «Villa de las Lides».

Y don Juan nunca pudo sufrir a doña Purificación, cuya prematura vejez, en lo estético y en lo sensible, le repugnaba. La calificó en seguida de gazmoña, de cursi y de ignorante, asombrado de la inocencia de Miguel, que tomó por virtud y por hermosura la vulgaridad más ramplona, y mantuvo con él una comunicación tardía desde lejos.

Pero de pronto necesitaba recoger un legado de su hijo, lo que sagradamente creyó suyo: la niña. Debía modelar en aquella carne virgen el espíritu silvestre; quería encender con llama gloriosa la divina cera de Dios.

Sin discutir su derecho tomó al ángel bárbaro sobre las rodillas, y miró ahincadamente los ojos oscuros como los de Miguel, aunque más audaces, más interrogadores; la frente espaciosa, esclarecida por una gracia estelar bajo la cabellera bruna; la boca enérgica y noble, triste lo mismo que la del padre muerto. Y sintió don

Juan su propia sangre transfundida en el nervioso cuerpecillo que se le acercaba con un estremecimiento desnudo, con una impresión de lástima y suavidad. La nena le pareció exclusivamente suya, sin mezcla de estirpes, sin derivativos ajenos a él. Abrazóse a este nuevo amor para entrañarlo en su vida, y ya nadie se lo pudo arrebatar.

La protesta ruidosa de doña Purificación tomó aspecto de sacrificio. Ella era pobre y se debía someter al mejor porvenir de Aurora, puesto que don Juan poseía algunos bienes. Este afirmó, rencoroso, que a la viuda le apetecía quedar libre para volverse a casar... si encontraba con quién. Y aunque el augurio se juzgó malévolo, no tardó en realizarse. La doliente señora tuvo una herencia inesperada, y en seguida, con escandalosa prontitud, otro marido, apañado y holgazán, de genio insignificante y vanidoso, adobado con un poquito de cultura. Se llamaba Severo Moraleja, y se valía del capital de su mujer—que no era mucho—para vegetar en Madrid.

Del segundo matrimonio le nació a doña Purificación otra hija, Cándida de nombre, rubia como la mamá, opulenta y vistosa al cumplir los veinte años. Y estos tres personajes, desconocidos para Aurora, son los que la esperan, como única familia, en la estación que se va acercando.

Porque la viajera está sola desde que el abuelo, siempre joven, se dejó hundir, estoicamente, sobre el navío que capitaneaba. Hacía entonces varios meses que la muchacha no vivía con él de costa a costa, mecida por los múltiples olea-

jes marineros. Después de aprobar los cursos del Bachillerato en distintos puertos de su patria, eligió la carrera de Leyes, con el deseo codicioso de inclinarlas a los más necesitados de justicia: a las mujeres sin duda. También los primeros años de sus estudios mayores fueron libres, hasta que don Juan quiso que los terminase con algún reposo y la dejó en su tierra de Valladolid, entre amigos y viejas devociones.

Pero ¡cuánta nostalgia sintió la niña de aquel frecuente navegar y aprender bajo cada rumbo del timón! Y, sobre todo, ¡cuánta inquietud lejos del amado navegante, aguardando siempre las noticias de un arribo, el anuncio de una proximidad!

Hasta que un mal día sucedió el drama con doble desesperación de Aurora. ¿Se olvidaría de ella el capitán cuando consintió en morir, cegado por un absurdo prejuicio del honor?

Esta pregunta le dolía como supremo desengaño, no obstante su tendencia a rechazarla. No podía creer en el abandono consciente del hombre que para ella vivió la ansiedad de cada minuto, con las ambiciones más generosas y anhelantes. El la hizo conocer idiomas y países, libros y gentes que le multiplicaron la personalidad y le dieron una conciencia distinta en cada diverso matiz. La llevó por el ancho caudal de los cielos en viajes peregrinos, a la grupa de los aviones más aventurados, para que adquiriese una visión mayúscula de la humanidad, hasta que a la muchacha se le prendió en los ojos la huella de todos los horizontes con un máximo dominio de lucidez. Dilatado así el espíritu aprendió a sumergirse en las cosas, a extraer la

sustancia benigna de los pensamientos, a transmigrar de las ideas a las acciones. Y escuchando bien el sonido de su alma llena de ecos, fuerte y contemplativa, le puso un lema audaz al blasón de sus ideales: *Querer, Saber, Poder.* De ella misma irradiaba, en su valiente escudo, el primero de los cuarteles, porque Aurora *quería* con sobrepujante amor: *quería Saber* para luego *Poder.* Y como siempre da más fruto un ideal que una obligación, se iba entrando sigilosamente en la menguada Sabiduría posible, con una temblorosa fragilidad de criatura nueva, la mujer encarnada en el fondo de los milenios, renacida hoy por el llanto de los siglos.

Ella pretendía conseguir para dar, con un propósito desinteresado de Ética. Y marchaba de frente a lo asequible, dominando sus inquietudes y sus apetitos dentro de las disciplinas reinantes.

Ninguna extravagancia en su actitud, ningún atrevimiento en su porte: su innovación consistía en la honda estela de los entusiasmos, en los firmes aguijones de la voluntad. Su traje y sus maneras no llegaban al abuso de la moda para convertirse en caricatura y ofrecer por inédita cualquiera perdida maña, como los afeites del rostro y la escasez de las túnicas, bajo cuyas renovaciones caprichosas las mujeres suelen quedarse tan antiguas como en el medioevo.

No; la auténtica novedad de Aurora databa del corazón aristocrático, del manantío caliente de las intenciones, y apenas trascendía en la dilatada tristeza de una voz, en la anchura potencial de unas pupilas desmesuradas, como algo que no se pudiera medir. Sus costumbres, refle-

jo de una moralidad pura, son la misma sencillez. Aprendió a ser buena al propio tiempo que a ser fuerte y hermosa. El baño, la gimnasia y la conciencia limpia, le parecieron tres obligaciones ineludibles y constantes. Las cumple sin esfuerzo, por instinto de conservación, de un modo casi orgánico y natural, lo mismo que duerme y come; pero se irrita si no se las dejan cumplir. No transige bien con los estorbos, ya que en su propia vida respeta las demás, por una implícita adquisición de la Belleza, a la cual concede atributos divinos.

Aurora es cristiana de una manera transparente. Su sentimiento religioso se acentúa con los rasgos universales de este catolicismo que *todavía* no ha logrado hacerse español, y que nos pondera a menudo Ortega y Gasset, el artista actual bien servido por un sonoro y claro acento de Castilla—en toda la significación trascendente del castellanismo.

No es una santa Aurora, ni mucho menos; es una mujer descentrada en el mundo perezoso de las mujeres, sorprendida por el Destino. Sufre porque quiere muchas cosas difíciles para su limitación personal, *y querer es esencialmente sufrir*. Se encuentra hoy demasiado aislada y transida en su pequeñez durante el forzoso viaje a la Corte, donde busca el título de doctora.

Y el tren ha parado en la estación final.

II

EL ENCUENTRO

HACE mucho frío en esta mañana turbia y gris. La escasa gente que aguarda a los viajeros se arropa bien y pisa con ahinco para reaccionar.

El trasiego del convoy, su línea espesa tendida sobre el andén, con el vaho de la calefacción en los vidrios y las válvulas abiertas en la máquina, desentumece un poco a los espectadores, les moviliza y sacude entre el ruido y el humo.

Un señor de mediana edad, correcto y exacto, se dirige al estribo de un coche de segunda para recibir a una muchacha que salta ligeramente a tierra.

—¿Aurorita de España?

—Servidora.

—Pues aquí tienes a tu mamá y... a mi hija, hermana tuya.

Don Severo sonríe con agrado, mientras la viajera se encoge, oprimida en unos brazos rollizos y besuqueada estrepitosamente.

—Mi madre, mi hermana..., ¿ya?—piensa atónita; como si no esperase tan rápido el encuentro. Y sólo al cabo de unos instantes se observan a su gusto las tres mujeres.

Aurora, dulcemente pálida, quiere hundir sus ojos, espléndidos de lumbre, en los de doña Purificación; pero sólo encuentra una superficie descolorida, una mirada sin oriente ni secreto, hasta que se nubla el desvaído cristal con unas lágrimas, y la muchacha, palpitante de fe, supone mil recuerdos y delicadezas derretidos en aquel llanto.

Porque doña Purificación llora con todo el orgullo de las buenas madres conmovidas, en tanto que el marido continúa sonriendo, y Cándida yergue su llamativa persona como para recoger la admiración general. De menos estatura y volumen que ella, Aurora es más niña en todos los aspectos de la juventud, aunque la lleve cinco años: no se parecen en nada.

Detrás del grupo, dos señores, relacionados con la familia, se mantienen respetuosos. Cándida se vuelve a ellos con radiante desenvoltura, y les presenta:

—Guillermito Casal, médico y escritor; Jaime Solinde, abogado; amigos íntimos de casa, que desean conocerte... *con mucha prisa*—subrayó.

Y sigue hablando, dicharachera, insinuante, repitiendo a menudo:

—*Aquí en Madrid...* Ya verás, *rica...*

Se refiere a la expansión del trato, a la velocidad de las simpatías y el florecer de las amistades en el urbano recinto de la Corte. A la mamá le rebosa la satisfacción por encima del lloro fugitivo, ante aquel atrevimiento ordinario, mientras los tres hombres *estudian* vorazmente a la recién llegada, que se deja sorprender, muy atenta a lo que ve y escucha.

Ha notado que su hermana está bien vestida, con exceso de adornos, y mal untada, con recargo de lápices: le recuerda vagamente a una doña Purificación joven, sin pintura, sin traje a la moda ni charla madrileña. En cambio, se le pierde la madre actual bajo una piel amoratada y un fardo de gordura, indecisa entre balbuceos cariñosos y tímidos. Y la recompensa el talante feliz de don Severo, el padrastro a quien ella temía.

De los intrusos no se ocupa. Son dos hombres tal vez distinguidos y guapos, algo impertinentes al mirarla y remirarla con obstinación desmedida.

Es que allí mismo empiezan los comentarios, mentales unos, comunicativos otros, en escuchos y palabras urgentes, al salir de la estación:

—¡Exquisita!

—¡Estupenda!

—Es el tipo de la ultramujer.

—Sí; la pluridad de encanto en la hembra única...

Se despiden de la familia Moraleja ambos amigos, deseosos de continuar libremente las conjeturas y observaciones respecto a Aurora de España.

Porque la fueron a recibir llenos de curiosidades, prevenidos por cuanto de ella sabían estridente y notorio, y nunca la imaginaron revestida de una gracia luminosa y fácil, con la planta gentil, encalmada la voz, los ojos cálidos, sombríos, profundos, sobre la sonrisa melancólica. Oyeron criticar a la amazona y a la marinera, a la estudianta exigente y rotunda en sus presunciones varoniles, y percibieron en seguida el recio aroma de su feminidad, la expresión vigilante y apasionada, el sabor nuevo de la criatura conseguida por el angustioso parto de muchas generaciones, al través de una larga esclavitud.

Quedaron seducidos. Aurora les produjo un goce estético y sensual; fué para ellos la inesperada revelación. En pocos minutos les dió la medida de su hechizo con trascendencia y amplitud. Llevaba la falda corta sólo como una consecuencia del paso largo, sin tacones. Su elegancia, inconfundible, se reducía a un sombrero y un abrigo que no eran prendas de lujo. Nada de maquillaje. El tizón de los ojos, natural, le agrandaba las ojeras, oscuras como un golpe dolorido; los labios, de fuerte dibujo, se encendían con el color propio de la sangre, en una tez sobredorada por el viento y la luz.

Acaso, para mayor prodigio, Aurora traía infusa en el cuerpo y en el alma la sal de todos los mares que la vieron crecer, y la prestaron, con su agitación y su vitalidad, un poso de amargura, la tuera, perturbadora en aquel espíritu claro y juvenil que parecía ignorante de la fealdad y el tedio.

No hay milagro que los dos mozos no atribu-

yan a la viajera, deseando tratarla, inquirir y comprobar por sí mismos cuanto ella les hace suponer.

Guillermo Casal y Jaime Solinde no son unos *pollos* inútiles de los que abundan, estólidos y vacíos, parásitos de la mocedad trabajadora y cultivada. Son dos hombres de fuste, un poco dañados por el *intelectualismo* vulgar, un poco influídos por el ambiente del Club y la moda ensayista de una disección barata, autopsia de ideales, cerebros y designios, en los folletones de cualquier periódico.

Entre muchos de sus camaradas, los dos amigos, de la misma edad, juntos por un trato cariñoso desde la niñez, pasan por algo arribistas y pedantes. Su cierta afectación (algunas veces), el contagio pueril de términos y maneras que padecen como una enfermedad adquirida entre libros superiores y gente cursi, ha servido de pretexto a las medianías envidiosas para esos chismes que tienden con frecuencia a rebajar el éxito del prójimo.

Sin conseguirlo ahora.

Este médico y este abogado trabajan y medran en un camino ascendente de lucha y aspiración, acosados, no obstante, por las voces imperativas de la carnalidad, faltas, a menudo, entre nosotros, de sordina civil, ese tono menor, suave y comedido que se usa en el resto de Europa, siquiera exteriormente, cuando se trata de resolver, y aun de soslayar, lo que aquí constituye una eterna «cuestión palpitante».

Para nuestros amigos la mujer es todavía un

problema universal, aunque ellos han salido de las fronteras patricias, con el viajecito inevitable a París en unas vacaciones, el asomo a Portugal y hasta una estancia de varios meses en Berlín por parte del cirujano. Han acrecido, en suma, la fantasía y las posibilidades de comprensión; pero no han trascendido el secreto de la mujer nueva, raro brote que apenas estalla en el polvo terrenal.

Y porque la presienten, la buscan, oteadores y acuciosos, bien enterados de la otra mujer, la que se exhibe disfrazada de producto moderno con las mismas ideas cortas que nos adjudicó Schopenhauer cuando teníamos el cabello largo.

A estos dos hombres, muy diferentes entre sí, unidos por una pareja situación económica y social, les ha parecido, en ocasiones, que la mujer, si no como amante y compañera, puede servirles de medio como hacendada esposa, y, con algún rubor, justo es decirlo, han pensado furtivamente en hallar la rica heredera que les proporcione una base de fortuna tranquila, para seguir trabajando, bien establecidos, puesto que les falta el dinero y les sobra la ambición.

Don Severo Moraleja tiene fama de acaudalado, y una sola hija, buena moza en el concepto popular, adocenada y «sin complicaciones». Así la definen los dos amigos, equivocándose mucho, porque no suele haber nada más complicado, arteramente, que una persona insignificante.

Y como no les cuesta dejarse querer de la muchacha, han visto la remota posibilidad de interesarse por ella, de acuerdo para avisar al otro el primero que lo consiga. Hasta hoy, ninguno. Cándida no logra hacerles pasar de galanteos

efímeros, en colaboración, débiles homenajes que la engríen y la exaltan. A ella le gusta más el médico, porque le supone mejor porvenir y porque escribe artículos de «divulgación científica», muy aceptables. Y a Moraleja también. Pero doña Purificación prefiere al abogado; dice que habla con menos libertad, que es más pulcro y sencillo: le juzga más susceptible de ser un buen esposo.

Y de improviso, mediante esa prontitud de pasiones tan frecuentes en Madrid como los cambios de temperatura—según Cándida—, ambos caballeros se encuentran enamorados de Aurora, con tal fascinación, que no se cuidan de disimular, y por única vez se miran como rivales y enemigos.

Ya no existe la fácil avenencia de cargar con la dama el primero que se decida, sino la tácita disputa de quedarse con ella el primero que la conquiste.

Se establece, pues, un pugilato sinuoso y avieso a los pocos días de llegar la muchacha, cuando aun no se han discernido su alcurnia moral ni las ventajas de su carácter.

El propio don Severo participa de la sugestión que la forastera ejerce, y para hablar de ella se reúne con los enamorados una tarde en el café, olvidando los celos de su hija y el trastorno de su casa, donde la existencia se convierte en espionaje y censura, como si hubiera entrado un malhechor.

Acusado de benévolo y parcial con la hijastra, acabó Moraleja por darle un serio disgusto a su esposa, revolviéndose colérico y hasta cínico para descubrir:

—Estoy harto de mujeres gordas y sucias. Déjame oler y admirar a una limpia y esbelta, que no hable ni piense como tú; que honre el género..., ¡qué demonio!

Fué horrible el disturbio que siguió a estas insospechadas manifestaciones, y aquel mismo día el marido rebelde se propuso, como señal de impenitencia, concluir la jornada cerca de los otros admiradores, en honor de Aurora.

Se dedican, pues, a interpretarla cada uno a su modo, sobre la mesa pública de un establecimiento donde las voces son ásperas, el barullo insoportable y el ambiente malsano. De cierto vendrían la mesura y la placidez a estos sitios de holgorio con la asistencia de las mujeres, porque así ocurre en otros países y en casos idénticos.

Pero esto no es costumbre nacional, y en la Corte, las señoras tienen ya su Casino reservado, como si fuera lógico dividir por medio a la Humanidad, precisamente a la hora de tertulias y expansiones amicales, para que se junte sólo en la fatiga y la competencia, con necesario aburrimiento...

En lo posible, la conversación de nuestros amigos se pule y suaviza hoy, ensalzando a una mujer con divagaciones ingeniosas.

—No es *La Dama del Mar*, de Ibsen, llena de fatalismo, en siniestro desposorio con el océano —dice Jaime, imbuído por los antecedentes de la viajera.

—¡No; ni mucho menos la mariposa benaventina *que voló sobre el mar!*—prorrumpe Guillermo.

—Convenido—asegura Moraleja, entusiasma-

do—. Dejémonos de fantasmas: la chica es de carne y hueso, y vale un Perú. Busquemos para ella una alegoría terrestre y firme. En lo antiguo: hagan ustedes memoria. A ver: Semíramis, Dido, Egeria, Aspasia, Judit...

El abogado le interrumpe:

—Don Severo, ¡por Dios! No se remonte usted a esas alturas... Más cerca. Por ejemplo: las mujeres de Bernard Shaw, que están muy de moda, tipos varios, trascendentes...

—¡Literatura!—insiste el médico—. También están ahí, *à la dernière*, las hembras de Proust, casi siempre necesitadas de Clínica... Pretendíamos hacer una definición saludable de Aurora, y en eso Moraleja tiene la palabra; la conoce mejor que nosotros; vive con ella, y no es su padre: está en condiciones de ser imparcial.

—En condiciones, sí—murmura el aludido con orgullo—. Además, yo soy muy observador... Pero les confieso que la chica me parece incomparable. No se asemeja a ninguna de las mujeres que conozco en la Vida y en la Historia. Porque aquí donde ustedes me ven, tengo bastante erudición: ¡hasta he leído a Freud!

Guillermo Casal, muy divertido, sonríe.

—Bien, bien: hablemos de ella.

—No es el fruto decadente, a pesar de su depuración admirable. No es la neurótica moderna...

—Rebaje usted: las neuróticas más características son del siglo pasado. Pero en eso, como en todo, lo único moderno es la realidad.

—Pues, amigos, la realidad *nuestra*... no tiene parecido ninguno con su madre ni con su hermana.

Ríen los tres, acentuando la ironía de esta observación, increíble de tan cruda.

—En fin, todas nuestras comparaciones son negativas—deduce Jaime—. Sabemos «lo que no es» Aurora: nos falta lo esencial. ¿Cómo es?

—Verán ustedes—cuenta el padrastro—: yo la noto, silenciosa entre el ruido, como encerrada en una íntima soledad. Habla poco, sale mucho, piensa bajo; creo que en casa está descontenta. No dice adónde va ni de dónde viene; nada pregunta; no pide informes, como si Madrid le fuese bien conocido. Esto a mi mujer le intriga, le desazona, y, en confianza, añadiré que se llevan muy mal, aunque no considero que la culpa es de Aurora. Yo soy así: no me ciega la pasión. Quiero mucho a mi hija, pero esta niña solitaria, adorable, con esos ojos a un tiempo límpidos y oscuros; esa voz triste, que se aclara o se rompe como ninguna...

—Está usted inspirado—comenta el médico, receloso de tanta ponderación, no muy seguro de aquel hombre, taimado siempre, que de pronto habla con fastuosa holgura.

Don Severo recoge la sospecha sin pestañear.

—Hay pocas ocasiones en la vida para inspirarse, querido amigo. Quizá para mí ésta es la única. Soy un pobre diablo que aparezco del revés, dado vuelta como un calcetín muy recosido que esconde sus puntadas. Y tengo derecho siquiera a un sorbo de buen gusto, a una gota de sinceridad.

—Indudablemente — susurra Guillermo, dudando si trata con un gran hipócrita o con un infeliz. Jaime está callado, y Moraleja prosigue:

—No me tengan por un perverso ni por un loco; pasará este día y yo volveré a parecerles el mismo de antes: pero me quedará la satisfacción de haberles dicho mi verdad, la que engendra muchas mentiras que se visten luego como verdades... ¡Escuchen!—apaga el tono y, con acento dramático, profiere—: ¡Casi nunca tenemos la mujer *propia*, así, la propia de cada uno, para su gozo y salvación!... Nuestra compañera, según el Sacramento y la Sociedad..., casi nunca nos acompaña. Por eso los hijos tampoco son los que nos redimirían, sino los que heredan, agravados, nuestros males. Y al que se derrumba en esta situación horrible, si no es un héroe de la resignación, le es forzoso engañar, fingir... ¡Tengan cuidado..., mucho cuidado!

Hay un tremor adusto en la advertencia, que por lo extraña admira y conmueve a los advertidos; aunque la parte cómica de aquel discurso adquiere un subido matiz en el panorama invisible de doña Purificación con toda la espesura de una carne pródiga que desconoce el baño, y de una mente recogida en el silencio estúpido del que no tiene nada que decir.

Pero subsiste Moraleja, punzante y vivo sobre la ridiculez de su caso. Está allí como otra persona que ya no es el egoísta pertinaz, con sus ribetes de filósofo conservador, el tipo rutinario que nos cansa por lo mucho que se reproduce.

Y ante el nuevo semblante crece la curiosidad de los dos muchachos y se desborda la del médico, que examina atentamente al hombre distinto. Le contrasta por primera vez las facciones quietas, el entrecejo hostil, los dientes cónicos y

agudos, la quijada firme, la boca sensitiva, la sonrisa ácida.

«Es el sensual empedernido y fracasado»—piensa Guillermo, que pretende ahondar en aquel individuo hasta descubrirle con relación a Aurora. Y pronuncia de repente el nombre de la hijastra.

—Hablemos de ella—repite.

Vuelve al punto don Severo a la conversación desde su tragedia ruin.

—Es muy valiente—afirma enternecido—. Yo adoro esa cualidad, porque soy muy cobarde... Si algo se le pregunta, responde siempre a derechas, como no lo suelen hacer las mujeres. Lo entiende todo y de nada malicia, lo mismo que si ignorase el sabor antiguo del pecado. Ha visto cosas viejísimas del mundo, y viene de ellas como de un amanecer; ha renovado, sin duda, sus visiones, porque trae el alba en la frente...

—Ahora está usted lírico—dijo Jaime.

El orador se disculpa, azorado:

—También he tenido mis barruntos de poeta, no vayan ustedes a creer que todo ha sido prosa en mi vida... Y me transformo, siento el roce de lo sublime cuando el asunto lo requiere.

Se ilumina bajo la obsesión de Aurora, igual que un astrólogo sometido a la influencia del Zodíaco. La cara se le hace legible, las pupilas se le humedecen.

Guillermo aprovecha la ocasión para asestarle una pregunta afilada como un bisturí.

—¿Qué supo usted del padre de Aurora?

—¡Ah, Miguel de Español... Le detesto... Me ha robado la hija que yo quise tener...

—¿Cómo?

—Lo que usted oye. Esta que él tuvo era la mía, la de mi gozo, la de mi salvación...

Don Severo extiende unas manos rapaces, inquietadoras de primitiva animalidad. Su voz tiene algo de aullido al sentir que le duele hasta el fondo del alma una torcida predestinación.

Y el médico se alegra. Ya sabe que aquel hombre persigue en Aurora sólo a la hija que soñó conseguir. Es el suyo un caso de paternidad malograda, que se presenta con repentino y fulgurante dolor ante la criatura reciente y posible.

—Y este fruto anhelado—investiga Casal, entre compadecido y burlesco—, ¿le quería usted de doña Purificación?...

—¡Nunca!... Le quise de otra. Ese fué mi castigo. Porque de todas las pérdidas nos podemos resarcir, menos de la mujer abandonada injustamente...

El abogado quebranta su mutismo para decir con irreflexiva crueldad:

—Entonces usted sólo tiene derecho a ser el padre de Cándida Moraleja.

Esta especie de condenación, aplicada con suma intrepidez, transfigura nuevamente a don Severo, que se abochorna, entra en sí y balbuce, arrepentido, humilde:

—¡Cándida Moraleja!... Con semejante nombre como único patrimonio, ¿qué milagros puede intentar una mujer? ¡Soy un miserable!... Y hay que poseer muchas categorías para bautizar a una Aurora de España.

Suspiró, alzóse el cuello del gabán y se puso de pie, despidiéndose con una frase latina y el empaque borroso de costumbre:

—*O fortunatos nimium...* Adiós, señores.

Se perdió en el tumulto del anochecer por la calle céntrica. Iba con las garras ocultas en los bolsillos, encorvado como una hoz, el paso lento, la cara hosca, masticando la raíz de su odio.

III

TIERRA ESPAÑOLA

No ha vuelto Aurora de los mares híbrida y desnaturalizada, como una sirena. Muchas veces se adentró en los caminos terrenos de todos los países a cuya margen atracó su barco. Quería don Juan que la muchacha se hiciese una íntima religión de conocimientos y atenciones, y le procuró el trato con multitud de personas descollantes.

A cada una de estas visitas fué con inquieto propósito de consulta, alerta la imaginación, sedienta la curiosidad, dispuesta a recoger las irradiaciones de cada mente esplendorosa.

Así le aprovecharon. En la geografía extensa de sus amistades, cada patria insigne respondía a un nombre personal, vivo, y a los perdurables

recuerdos de esas grandes existencias fallecidas que resuenan en el polvo, al caer, con el golpe de la inmortalidad.

Pero tan exquisitas referencias no le impidieron ceñirse en España, discretamente, a la vida normal de los estudiantes.

En Valladolid tuvo la suerte de encontrar acogida graciosa en casa de un magistrado que vivía con su hermana soltera, dama tolerante y correctísima, respetuosa con los gustos, costumbres y sentimientos de la joven, a la cual manifestó un señalado cariño.

Y alternando con otras muchachas en la Universidad, supo, con sorpresa, que nada sabía de los ideales y los fines de sus condiscípulas; que estaba muy lejos de su espíritu y ni aun entendía bien sus conversaciones.

No obstante, llena de optimismo sano y de pura intención, esperó entrar poco a poco en la psicología de sus compañeras, que le parecieron encantadoras. Una, muy dulce, le dijo:

—Tú vienes a quitarnos los novios. El día que te pintes y levantes la voz, te nombra el Claustro, por unanimidad, *sobresaliente* en todas las asignaturas.

—Yo sólo pienso en trabajar—repuso, con un exceso de vida que le multiplicaba la expresión.

Otra, muy buena, la tomó del brazo, una vez, para mirarla a su antojo.

—Eres el asunto de nuestras discusiones—le contó, generosamente—. Dicen que tienes algo de adivina y de sirena, y que todo lo puedes y lo sabes.

—No sé nada—sonrió Aurora, creyendo en-

contrar una amiga—. Pero quiero saber y poder como tú; entonces acometeremos juntas las más difíciles empresas...

La bondadosa juzgó muy altivos semejantes deseos, asegurando, con mucho aplomo, que «estaban fuera de la realidad». Ella sólo pretendía convertir sus estudios en una honrada profesión, con decentes honorarios, sin arbitrariedades ni exotismos.

La mayoría de las alumnas se retrajo de Aurora como de un elemento disolvente y pernicioso. Y la forastera continuó interesándose por cuanto la rodeaba, afrontando con gallardía el vacío creciente en torno suyo. Se atribuyó el origen de él. No acertaba, sin duda, a congraciarse con aquellas mujercitas bellas y aplicadas, tan alegres de risa, tan elocuentes de gestos. Se consoló pensando que tenía una hermana así, moza y despierta, de quien recibiría pronto lecciones sociales y aprendería secretos comunes a la conciencia hispana.

Con la misma firme simplicidad resistió el asedio rijoso de los hombres y su atrevimiento descortés, contradictorio al carácter representativo del hidalgo español, acusado en tradiciones y leyendas.

Aurora vacilaba en suponer que la general conducta, destacándose entre elocuentes negaciones, estuviera consentida por toda clase de ciudadanos, y provocada por las mujeres en una torpe complicidad, que no excluye a las autoridades y tiende a la degradación de un país modelo de costumbres caballerescas.

No se atrevía la muchacha a resolver sus zozobras en una terminante afirmación, y dedujo

que serían el resultado de conocer ella el mundo teóricamente en los libros, con una práctica fugaz entre personalidades distinguidas, al través de hoteles y pensionados transitorios, y en las navegaciones lujosas donde un refinado cosmopolitismo diluye los aspectos morales en colores opacos, sin matices.

Olvida Aurora, modestamente, que su moral interna dimana de los Evangelios incontaminados, y ha recibido el fiel contraste de la suma civilización sin descender a la masa, que desvirtúa y corrompe. Desorientada por el eco profundo de su propio dinamismo, trató de hacerse perdonar la discutible inexperiencia, y mezclóse con el vulgo, tolerando, hasta ciertos límites, lo que no comprendía, como quien le hace un guiño a la esperanza.

—Más tarde comprenderé—se dijo, aguardando la hora de llegar a Madrid, preocupada con la visita que no hizo nunca: la de su madre. ¿Por qué?

Don Juan la desanimó siempre a una entrevista que nadie les propuso. Las segundas nupcias, demasiado ligeras, de doña Purificación, prolongaron la ausencia entre la madre y la hija, apartadas ya por las voces del sentimiento, mucho más poderosas que las de la sangre.

Y la viajera, triste en su repetida orfandad, perseverante en su alta dirección, que tiene mucho de providente y milagrosa, pensaba con angustia en el abrazo de la madre, casi muerta antes de morir. Muchas veces, sintiendo en el antiguo *Valle del Olor*, marca del actual Valladolid, correr encuevado el río con sordas palpitaciones, se creyó unida al tembloroso pie de las

linfas ocultas, imaginándose camino de la mar como de su única madre. Era una tentación de fuga, la idea terrible de que la Vida «no es más que el sueño de una sombra» y hay que salir pronto a las aguas inmortales de la Muerte para librarse de la tiniebla, para no soñar en la penumbra. Muchas veces, también, padecía la fatal atracción del barco herido que se hunde en una marejada indominable, con el capitán a bordo, sonriente, de espaldas a la Tierra, sediento del Abismo. Era, siempre, la misma tácita invitación del tránsito a la inmutable orilla; el requerimiento sutil de lo ultrafísico: un reclamo del «más allá», humanamente doloroso.

Pero Aurora se sobrepone a la penetrante melancolía de los elegidos, llena de sagrativas pesadumbres, y ya tenemos a la viajera en Madrid frente a su madre y a su hermana, que le atenúan diariamente la hospitalidad con las sospechas más ruines.

Nada suave y diáfano sorprende la muchacha en el bienestar plebeyo de su familia, y, sobre todo, en su aproximación a las dos mujeres, que la han recibido entre besos y lágrimas.

Aquel júbilo prometedor no duró ni veinticuatro horas. La suspicacia, el descontento, comenzaron allí al instalarse la joven y ante lo que llamaron exigencias suyas: porque necesitaba un cuarto con luz y ventilación directas, un estante para libros, una mesa para trabajar. No pidió más que lo imprescindible, tímidamente, asustada por el rostro absurdo de un menaje que tenía las faltas y las sobras a montones; dudosa limpieza, ningún esmero íntimo, muchas presunciones de abundancia y hasta de *chic*. El

grave salón que ocupa la fachada principal, reservado para las visitas de cumplido, nunca llegadas; el comedor abierto a un patio sucio, con los baldosines rotos, disimulados por una estera fementida; el pasillo largo y oscuro; los dormitorios interiores, y el gabinete matrimonial con la consabida alcoba italiana y el inadmisible lecho común escoltado por las dos lamentables mesas de noche...

Había, eso sí, en diferentes estancias repetidos armarios de luna, espesos cortinajes y muchos requilorios de imposible clasificación; simulacro de pinturas y tapices, cantidad de lámparas y fotografías, rinconeras con *bibelots* y flores de trapo, multitud de vasijas y muebles inservibles, entre los cuales Aurora reconoce más de un estorbo que la mortificó en su niñez.

Decide bañarse fuera de casa y estudiar en una biblioteca pública. Acepta lo que le dan, componiendo el semblante, y procura atraerse a Candidita, que se desvive por enseñar su equipo a la forastera. Trajes de todos los colores y escaseces, en combinación con medias y zapatos; sombreros, guantes, capas, abrigo de piel; gran batería de tocador con derroche de polvos y tintes, pinzas y difuminos, tenazas y pulidores; la colección completa de mudas para la cara, aunque no muy surtida la de ropa interior; todo ello manejado con bombillas eléctricas para que detone bien a la luz meridiana.

Aurora tuvo en seguida la certidumbre de que allí se comía poco y mal, y de que su madre no rezaba tanto como en la juventud, acaso por falta de tiempo. Tenía obligación de lucir a su moza en la Castellana, después del mediodía,

por el paseo de la izquierda indefectiblemente, y luego por la calle de Alcalá hasta la Puerta del Sol, donde había que tomar el vermú. Comida pobre en casa, una siesta para recobrar los bríos antes de la nueva excursión a visitas y compras, el te en una sala pública, elegante, y el cine, hasta las diez.

—No puede ser más sencillo el programa—se dolía doña Purificación—. Ni un triste abono a los conciertos o al teatro. ¿Salir a las altas horas? ¡Jamás! En casita a las diez, lo más tarde; a rezar el rosario y a la cama, que es preciso madrugar a misa, a pedir a Dios fuerzas para nuestras luchas.

Sacrificios heroicos—pudo añadir—para lo que suele llamarse honestamente «colocación» de las hijas casaderas. Pero esta mamá, poco lince, ha creído que no descubre las intenciones al hablar de *sus luchas*. Y se endilga otros merecimientos:

—Yo soy una mujer de orden y de hogar, educada a la antigua española, con mucho recato y precaución, y mi estricto deber está cerca de mi hija; por nada del mundo la dejo de la mano; a nadie confiaría tan «sagrado tesoro», y menos tratándose de una muchacha bonita, en la edad peligrosa de los amoríos... Aunque para formalidad, ella: inocente como su nombre, sumisa, piadosa: un modelo de jóvenes cristianas...

Pronuncia así doña Purificación todos los días un discurso de frases hechas, con solapadas acusaciones a las mujeres «libres», a las atrevidas que aprenden lo que no les importa; a las que viven lejos de sus madres, sabe Dios cómo.

Termina casi siempre llorando; mientras Cándida, con los ojos esquivos y la sonrisa floja, alude, por su parte, a las coquetas robadoras de novios, pervertidas por las «malas lecturas», inútiles para los menesteres caseros, incapaces de hacer la felicidad de un hombre.

Ya Guillermo y Jaime habían demostrado su vivo interés por Aurora. Y ésta sufre la hostilidad de ambas mujeres, aturdida porque las ve desesperadas y las oye reñir con don Severo. ¿Ha venido, pues, como una intrusa adversa, a interrumpir la calma de la familia?

Le parece seguro el desamor de la madre, completo el divorcio entre su corazón y el de aquella señora, a la que apenas consigue aplicar bien la eterna palabra de cariño, poso de un recuerdo infantil.

Doña Purificación es, por excelencia, la madre de Cándida, y se propone manifestarlo, según lo que rehusa el título filial a la otra hija.

—No la eduqué—le grita a su marido, paladín romántico de la hijastra—; no está hecha a mis hábitos ni a mis condiciones, ni soy responsable de ella. Y la veo perderse... ¡Desgraciada la mujer que intenta sobresalir, que destruye su fe con libros perniciosos y quiere igualarse a los hombres!... Por eso no consentí que estudiara nuestra hija, dispuesta como la que más...

Don Severo mira a su esposa con indefinible expresión, dudando si la escucha y la aborrece por primera vez, y Aurora, ofendida por los vaticinios y desmanes que desde lejos percibe, se entrega a la curiosidad de otras observaciones, y se convence de que, en efecto, el programa diario de Candidita, hecho al tipo del «quiero y

no puedo», vanidoso y burgués, dista mucho del *plan* correspondiente a las niñas más adineradas, cuyo patrón de existencia admite las peores frivolidades en términos de liviandad, con un fondo de barbarismo pandémico disfrazado de selección: mujeres arcaicas en su espíritu que adoptan lo exterior de la vida moderna por blando y contagioso, y rehuyen lo fundamental del progreso, exacerbando así el drama de la cultura femenina, de suyo cruel, sobre un pretérito de convencionalismos, cobardías y temores. Ello tiende a la sublevación de lo cursi, al enervamiento de la clase media, que enflaquece sus virtudes, raquíticas en sí, fáciles de realizar, inclinadas a suprimir a los más altos deberes intelectuales y religiosos.

Aurora es individualista por instinto aristocrático y por libre educación, y repliega su temperamento vehemente con un ademán contenido ante lo que ignora, parada allí en la linde donde se insinúa cuanto ella desconoce.

Sabe que el esfuerzo espiritual es la mayor potencia humana, y esto la estimula para seguir andando y pretender hacerse una vía por la Tierra. Su expectación es la de aquel filósofo que viendo extendido el arco iris mientras el sol que lo produce se le esconde, siente que el Universo es terrible y hermoso y que su esencia permanecerá siempre oculta.

Sin tales razonamientos, Aurora admite el contacto social español como algo incógnito que le excita la sagrada dolencia de la conjetura. ¿Qué habrá, sólido y claro, en la juventud de aquí, y especialmente en la mujer, detrás de sus actitudes excesivas?

Acude la muchacha a esta pregunta con bravo aliento, desde el corazón eternal de la Naturaleza, desde la poesía de las inmensidades, desde el vuelo de los dirigibles, donde adquieren los sentidos su potencia mayor porque es menester oir lo que dicen los astros. Viene saturada del Mar, cuyo impalpable confín está abierto a la definición de todos los destinos. Y Aurora se agita por comprender las banalidades incomprensibles, se empequeñece para distinguir lo menudo, estudia, cela, pone los ojos anchos y decididos sobre los seres y las cosas que la circuyen, y se resiste a pasar por excepción en el mundo donde intenta actuar, donde «quiere poder».

IV

EL CANTAR NUEVO

L más ingenuo entre los dos enamorados, recientes, de Aurora, fué Jaime Solinde, que le escribió una carta, seria y rendida, pidiéndole relaciones, con fines matrimoniales.

Ante la resolución astuta de las de Moraleja, que apenas consentían a sus amigos acercarse a la joven, el abogado, encendido y presuroso, resolvió consultarla inmediatamente, creyendo adelantarse a su rival, menos expeditivo. Y así fué.

La única servidora de la casa recibió la misiva con encargo de secreto; pero estaba previsto el lance por doña Purificación, y los ardorosos renglones sirvieron únicamente de testimonio y berrinche a las usurpadoras.

En medio de su ira tuvo Cándida una idea genial.

—Vamos a dejarle *éste* y yo me quedo con *el otro*.

—¿Con el que más te gusta?

—Eso es.

—¡Cedes el mejor!—suspiró la madre, admirando tanta generosidad, convencida de que el gratuito reparto era beneficioso para Aurora.

—Así—repuso Cándida con mucha suficiencia—evitamos hasta el menor remordimiento—y quedó mecida en un estado de sublime desinterés...

Aurora, que apenas se detenía en la casa hostil, no supo de aquella declaración hasta que el mozo, siguiéndola en la calle, acertó a decirle sus pretensiones, refiriéndose al papel interceptado.

—Gracias—respondió ella vivamente—; no quiero tener novio...—se asusta, comprobando la rapacidad de los que la rodean y, suponiendo su indignación, balbuce—: Cándida me ha dicho que usted y Casal la solicitan.

—¡Miente!

—Es lo mismo... Yo tengo mucho que hacer antes de pensar en casarme.

—¿Y no consiente que le ayude?... Somos compañeros en la carrera; ¿por qué no en la vida?

El acento del hombre, teñido de sinceridad y de emoción, produce en la muchacha una fuerte congoja, es como un soplo de angustia que viniera desde el negro destino a lanzarla, desvalida, entre el desorden callejero, precisamente cuando alguien le ofrece un brazo y un corazón.

—La vida—susurra—no la conozco bien..., y con nadie la puedo compartir; no sería honrado. Deje usted que la aprenda: necesito trabajar, saber...

La tensión de su deseo se revelaba poderosa y doliente, hasta el punto de contener a Solinde en una prudencia que le obliga a colegir:

—¿De modo que no me concede usted un plazo, no me permite confiar...?—y añade, explorador, cuidadoso de que el enemigo se le haya anticipado—: También Guillermo la quiere: no hemos tenido más remedio que enamorarnos de usted.

—¡Tan de prisa!... No supe nada... Y no se ofenda: he dado esta misma razón a otros jóvenes muy buenos.

—¿Yo soy uno de tantos?

—De los mejores.

—Agradecido—pronuncia irónico Jaime, mientras Aurora tiende su mano en señal de despedida.

—¿Tampoco se la puede acompañar?—pregunta él.

—Ni seguirme... si me hace ese favor.

—Entonces, ¿ya no somos ni siquiera amigos?

—Amigos, siempre; y andaremos juntos en muchas ocasiones... desde mañana; hoy no.

—A los pies de usted.

Una amable sonrisa despide al enamorado, que se queda absorto, como si al dejar de oír la voz de la muchacha perdiese el hilo de un cantar desligado y fresco, único y dominante en la sonora circulación popular. Algo se anula en su conciencia: quizá el despecho de la negativa amenguado por la sensación inefable que Auro-

ra le produce. Tiene el presentimiento de que no encontrará nunca otra mujer de este calibre. Sabe que es la creadora de un destino humano y que le duele el anhelo de la jornada. Obediente a sus indicaciones, la sigue con la vista nada más y la ve alejarse en la turbulencia pública; la ve, compadecido, hundirse en la noche ciudadana, con imponente misterio...

Volvía Aurora de la Biblioteca Nacional, y desde Recoletos, donde Jaime la detuvo, cruza al Ministerio de la Guerra y sube la calle de Alcalá, en dirección a la de la Cruz, donde vive. Camina abrumada, a pesar de su garbo militante. Lleva los ojos húmedos como las estrellas mojadas en el cielo, enaltecidas por el raso nocturno de abril.

La precisión de volver al hogar, confabulado contra ella por su propia madre, le causa una amargura doble. Ausente el amor en su trato con aquella mujer, no creía que pudiera sentir hondamente las nostalgias de una ternura secular. Y el vacío siniestro se le abre, de pronto, en esa inclinación cósmica donde el poder carnal adquiere influencias rígidas, casi invencibles. Solitaria en su interior, fatigada con el excesivo agobio de su personalidad, como Jaime había adivinado, Aurora echa aquí de menos los brazos maternales, un refugio contra el huracán y las tinieblas del austero camino, quizá un apoyo varonil semejante al que rehuye. No lleva el corazón libre y secreto como lo supuso desde que perdió el arrimo dulce de don Juan de España, guía y sostén de la viajera. Tiene el pecho trans-

parente y nostálgico, herido de clarividencia y sensibilidad, lleno de capacidades amorosas. Vive en una plenitud absoluta, y como «vivir es querer», hoy comprende que «toda la Vida es, por esencia, Dolor». Y vacila su espíritu, inesperadamente triste.

Entonces, para erguir la curva ágil de su voluntad, levanta la frente con un movimiento instintivo. Allí, a su lado, se abren las cancelas de un templo, elevado sobre la multitud por recios escalones, que Aurora sube con brusca decisión.

Una mampara, una cortina, un ciego que plañe su querella pavorosa, y el recinto oscuro, silente, más hondo que de costumbre, bajo la negrura que en su final parpadea con el centelleo devoto de unas lámparas.

La mujer que adora esta quietud de los templos solitarios, esta hora de confidencia espiritual que permite a las criaturas, dentro de sus limitaciones, entregarse a Dios, se arrodilla y acude a sus rezos improvisados, esas íntimas plegarias que nadie nos enseña y que brotan de la súbita ascensión del Sentimiento con un ritmo entrañable de lágrima y de fervorín.

Aurora pide ayuda y valentía al Señor, vuelca su alma en Él, y luego se sienta a descansar como si esperase recibir de un modo tangible las gracias que ha demandado.

Hay en la joven una especie de resistencia para volver a los empujones brutales del gentío, al barullo vocinglero, sobre el cual esta parroquia de San José se aísla y enmudece al toque del Angelus, sin más voz que el instrumento litúrgico de la campana, sin más luz que los óleos

del Sagrario y algún exvoto que a los pies de una imagen apenas alumbra.

Algo de lantias en la sombra de un cerrado mar tienen para la muchacha aquellos únicos luceros de la santa nave, dos astros que en la noche terrena guardan la brújula divina del Sacramento.

Oye Aurora pasar en su imaginación los discursos milenarios de las profecías, recordándole que «la mies es mucha y los obreros pocos», y el dramatismo de su carácter español revive en toda la fuerza potencial. Un llanto rápido y caliente la sobrecoge en aquel ejercicio de silencio. Es un agua saludable que devuelve su íntegra lucidez a la heroína. Se levanta mirando al porvenir con una excitación bienhechora, capaz y resuelta, pesado únicamente el corazón como un cáliz que se hinche de perfumes.

Ya está muda la campana en el yugo. Sólo el ciego que pide una limosna se atreve a repetir su trágica letanía y permanece allí en el umbral como un testimonio de la desventura humana.

Aurora le socorre, soñando con poder remediarle dentro de unas leyes de altruísmo y compensación. Y el templo le cobija reservando para el infeliz una lejanía de inmarcesible claridad.

Porque el templo es un hito «colocado por Dios en la confluencia de las eternidades», y al través de sus derrotas, bien seguidas, se alcanza siempre la perpetua luz.

Mientras el tiempo estuvo malo, época de nieblas y de lluvias, Candidita, arisca y desapaci-

ble, se encerró en ese mutismo insulso de quien nada lleva dentro. Para la inviolable intimidad abandonaba las apariencias engañosas, conseguidas escasamente, y su semblante, único y soso, adquiría esa vejez precoz en la carne ausente del espíritu.

En tales ocasiones, reponiéndose de aquellas *luchas* a que se refería doña Purificación, la moza, sin corsé ni «sostenes», en bata y con horrendas zapatillas, tirantes los futuros rizos en unos recogedores de metal, estaba muy poco seductora. Sentada junto al brasero hacía labor de punto con verdadera furia, hasta la hora del cine, demostrando, como su madre, una sorda enemistad a la ventilación y al agua corriente.

Juraba don Severo que olían mal las habitaciones y mostrábase díscolo y quejoso los breves ratos que permanecía en casa; sin agotar la paciencia de su consorte, que se ha propuesto sufrir, «por el amor de Dios», las injusticias de la suerte. Al coro de sus egolátricas ilusiones asiste Cándida como un monaguillo a la ceremonia ritual: «¡Mi pobre madre!», suele decir con extremada gesticulación. Lo que no impide que la conteste mal y la desestime con frecuencia.

El mismo aspecto de víctimas se imponen las dos mujeres frente a Aurora, en una cómoda postura de sacrificadas: suspiros, indirectas, párpados llorosos, aire de parsimonia y resignación, alguna media sonrisa cuando la muchacha les hace un regalo. Tiene dinero porque don Juan aseguró un decoroso porvenir a su heredera única, y es generosa por costumbre; en este caso, también por egoísmo: todavía trata de

conquistar allí siquiera una sombra de respeto para su vida. Le han dejado—según tácita declaración—a Jaime Solinde para novio, y aunque en realidad sólo viese al abogado muy pocas veces, se hizo correr la voz de que tenían «relaciones formales», y Candidita hallóse definitivamente reservada para el doctor Casal.

No sabía Guillermo qué hacer. Incrédulo a las reiteradas noticias de los amores entre Jaime y Aurora, distanciado de su amigo, aunque sin aparentes disgustos, temía encontrarle en casa de Moraleja, y apenas iba por allá. Pero mantiene comunicaciones hábiles con las señoras, procurando verlas y darles algún palique sin comprometerse; sólo para saber lo que le importa, con muchos circunloquios y pretextos que no dejaron de alentar las fáciles ilusiones de la niña.

Hoy que se ablanda la primavera, retallecen fecundos los árboles y el viento huele a jardines en el día glorioso de mayo, Cándida se pasea feliz con Guillermo Casal, por el andén rigurosamente izquierdo de la Castellana: ¡¡jamás por el otro! Va «marchosa», según ella dice con su incorrecta palabrería, a la cual atribuye muchos atractivos. Lo cierto es que la falda muy estrecha y los exagerados tacones la empinan en un balanceo poco gentil, demasiado parecido al de su madre.

Procura esta señora no quedarse atrás de la pareja y aun intervenir en la conversación con expresivas acotaciones al diálogo, que es un tiroteo por parte de Cándida, un asalto formi-

dable contenido por la voluntad resistente del doctor.

Sofocada la niña y jadeante la mamá, ven de pronto, con pánico terrible, cómo su caballero las deja con la palabra en la boca y corre para saludar a una mujer que sube lentamente por el desacreditado camino de la derecha.

Es Aurora de España, que al salir de su trabajo remonta el paseo, atraída por la benignidad de la temperatura, sensible a los perfumes primaverales, halagadores del sentido, a la alegría de los pájaros que vuelan calientes, abiertos en cruz, saetas vivas clavadas en el aire.

No le falta a la joven atención para el lujo que la rodea; el desfile de carruajes espléndidos que van y vuelven, las toaletas atrevidas y costosas de las damas, la suntuosidad de palacios y vergeles en las lindes de la gran avenida; un conjunto de fausto y hermosura que al radiante sol de Madrid gana en comparación con las calles más famosas del mundo.

Y la viajera de todas las orillas se enorgullece de su tierra castellana, pensando, con fina ambición, en lo mucho que se puede hacer con tanto dinero y tanta luz hasta conseguir que ningún pobre se muera de hambre y ningún niño de abandono.

Anhelando y sintiendo, se embriaga en el innumerable deleite de las brisas, y casi da un grito cuando Guillermo se le acerca. No disimula el placer del hallazgo: una necesidad de expansión la sorprende, más joven que nunca, dócil al insidioso acento vernal. Y admite gozosa la compañía del buen amigo, siempre limitado en un punto de esperanza y admiración que la

muchacha agradece. Pasean reunidos un buen rato; se comunican planes y observaciones en inteligente camaradería, y él la deja en la calle de la Cruz, ya un poco retrasada la hora de comer.

Culmina aquí el sainete en casa de Moraleja, con matices líricos y hasta patéticos. Porque las dos señoras, después de la fuga de Casal, sostuvieron una deplorable discusión sin que Cándida pudiera decidirse entre el ataque de nervios, en el cual es consumada especialista, el llanto público, o la agresión a Aurora.

Quedaron, pues, las graves resoluciones reservadas para el seno de la familia; y esperando a la presunta delincuente, eran de ver y de oír los aspavientos y los dichos contra ella y la actitud irascible de don Severo, siempre erigido en defensor.

—Por esta criatura—ruge el animoso padre espiritual—se podrían repetir las palabras evangélicas: «Vino a lo que era suyo y los suyos no le recibieron». ¿Quién os figuráis que es?... ¿Un dragón?... Trae la novedad inquietante de los precursores, viene a construir, a emprender todo aquello que a las mujeres os redima, ¿y os convertís en sus encarnizados enemigos?

—¡Nos estás insultando!—gime doña Purificación, que intenta recoger, muy precavida, con sus modales prudentes, el externo hábito de la caridad.

El esposo le soslaya un gesto de infinito desdén:

—¡Calla tú!—prorrumpe—; ¡tú que renuncias a ser madre de tal hija, la que yo esperaba, la

que me debiste dar! Y ahora que la tenemos, la desconoces, le niegas los brazos...

La señora imagina que su marido se ha vuelto loco.

—¡Severo! —exclama.

Pero él, desatado, prosigue:

—No la mereces, no; es la mujer nueva, la íntegra mujer presentida. Y tú sólo has podido formar, a tu imagen y semejanza, una parodia de modernidad, un ser menor, un remedo enojoso y arbitrario de las virtudes que os sirven para la caza del hombre, porque de eso se trata únicamente...

—¡Severo!—le interrumpe ya doña Purificación, congestionada y furiosa—, ¡que te oye tu hija!—cuando él, arrebatado, incapaz de contenerse, descubre a Candidita refugiada en un rincón.

—A ésa—dice—le has hecho mucho más daño que a la otra, mucho más, y es irremediable. ¡Pobrecilla!—gruñe a media voz, condolido—; está envenenada por ti y contagiará su peste a sabe Dios cuántas generaciones... Todo ello a base de la usurpación de un destino: cuatro sensiblerías hipócritas, un disfraz, una comedia, para eludir el cumplimiento de vuestra gran misión, que exige muchos dolores... ¿Qué os habéis creído?... Hay que trabajar en serio para merecer y conseguir; hay que poner el alma al rojo vivo y ejercer la voluntad con indomable tesón...

Este hombre paradójico, que nunca ha trabajado, se apura manteniendo una exasperada verdad, y de repente corta su discurso porque Cándida ha resuelto desmayarse...

En el apartado comedor nadie oye un timbre ni los pasos de Aurora, que llega a tiempo de sorprender acusaciones y defensas, palabras crueles, inolvidables, que allí se dicen a costa suya.

Humana y rebelde, encendida la sangre fervorosa, se decide a romper el maleficio de su presencia en aquella casa. Conoce los antecedentes de don Severo, y ni aun la gratitud le sirve de lastre en la pronta determinación, suponiendo en aquel hombre un producto artificial hecho de metáforas y literatura, un ente inútil para el auxilio de la viadora.

Pocos minutos le bastan para recoger lo que tiene allí de valor, cosa ligera, que le cabe en el bolsillo. Mandará por el resto del equipaje.

Acostumbrada a la sobriedad y a la mesura, enemiga del soplo violento de las discusiones, volvió silenciosa a la calle y anduvo, liberada, al azar, casi feliz en su agitación, que tenía un fondo terrible de amargura. Sobre aquella sal de unas lágrimas, que lloraría más tarde, siente un optimismo dulce, un extraño placer que la obliga a sonreír con los ojos llenos de estupor y de belleza. El paso firme, el porte elegantísimo, la intensa vida mental de la mirada, parece que la empujan, triunfante y milagrosa, bajo el oreo de la primavera.

Hay algo de enigma y de prodigio en esta mujer que se repite a solas el credo augusto de la Esperanza, caminando hacia sí misma, escrutadora y valiente, en esforzada visión del Porvenir...

JORNADA SEGUNDA

V

CONFESIONES

IEMPO adelante.

Han sucedido muchas cosas en la vida y milagros de doña Purificación y su pimpollo. Tan incompatibles se hicieron con el desconcertante Moraleja, que él se marchó de su casa y les puso a ración de dinero: una modesta cantidad al mes; y que trabajaran si querían regodeos y holgorios excesivos.

Para que nadie pudiera argüirle como al famoso *Capitán Araña*, logróse un destinillo en el Instituto Nacional de Previsión, negocio de mucho fuste y compostura, donde se recogía por las mañanas durante unas horas de trabajo muy llevadero.

Y se instaló en la Avenida de Peñalver, to-

cando con la Red de San Luis, lo más cerca posible de Aurora, siguiéndole los pasos con fascinada angustia. Hubiera querido irse a vivir en su misma pensión al saber el paradero de la joven, nada enigmático. Pero se opuso ella a semejante propósito.

—Usted debe quedarse donde está—dijo interrogándole con atónita mirada en aquella visita difícil, cuando aun no había desertado él de su hogar.

—No, allí ni un minuto.

—¿Por qué?

—Porque aborrezco a tales mujeres.

—¿A su propia hija?

—Sí... Y tienes la culpa tú.

—¿Yo?

—Es decir, la culpa no; eres la causa de este odio que me duele y me desespera.

—No le comprendo a usted—repuso Aurora, negándose a admitir cuanto sabía por confidencias de Guillermo Casal, y lo que por sí misma averiguara.

Entonces, el padre exasperado hizo la tremenda confesión. Ella era su hija única, la engendrada en el paroxismo de todos los anhelos espirituales, la de todas sus ambiciones y deleites sublimes. Era ella; la reconocía en el acento, en la expresión, en su impulso de sencillez, en su ráfaga pura de vitalidad, en la risa nueva, en el cuerpo gentil, en el alma valerosa...

El hombrecillo endeble, casi precario, se detuvo como si de pronto le pareciese una locura hablar así frente a la materia radiante de aquella mujer. Sus palabras, hondas y tristes, sonaron con un latido conmovedor y se perdieron

como pájaros en volanda, formando islas de pensamientos sin raíz estable. Había dicho, una vez más, cosas de suma insensatez; podían tomarle por un demente: estaba confuso.

Pero Aurora, nunca bien inclinada al marido de su madre, percibía el grado excelso de aquella alucinación...

—Siéntese usted—dijo en tono apacible. Y la estancia de una modesta pensión, calle de Fuencarral, recogió discretamente un diálogo muy curioso.

Era don Severo el que más decía. Sus frases, bruscas, se desplazaban en el silencio con fuerte empuje, como salidas de un toril bárbaro y oscuro a la reveladora luz del Sol. Y tenían para la muchacha un extraño fulgor virginal unido al fermento mágico de las más antiguas verdades.

Ya hemos dicho que Aurora venía de la supercivilización del mundo, depurada hasta constituir una criatura simple, un ser estilizado por la vida, devuelto a una niñez primordial a fuerza de tamiz y de excepción, siempre en un plano de positivas elevaciones. En ella el alma era lumbre crecedora y derecha; la carne, vehículo normal y obediente; y el complemento de una y otra daban como resultado la mujer por excelencia, casi desconocida y náufraga en el medio social donde vino a caer. Toda su condescendencia, aquel íntimo recato suyo, que la mantenía en actitud de expectación y aun de aprendizaje al contacto de las viejas costumbres, las leyes caducas, el humanitarismo pulverizado y yerto, se relajaban entre la burguesía mujeril llena de prejuicios y de complicaciones risibles.

Ya no intentaba aproximarse, ni menos comprender, a la clase media femenina, que había sido su punto de relación para trabajar y dirigirse a un bien común. Estudiantes, profesoras, mujeres de lucha y de ideal, mejor o peor encaminadas, las conoció en una vergonzante minoría, acosadas por un cúmulo de hembras inferiores entre las cuales debía incluir a su madre y a su hermana.

Y don Severo iba a remover un asunto latente, colmado de triste asombro para Aurora: iba a desvelar el secreto ruin de dos vidas que debieron correr junto a la de ella y que se le hurtaban adustas, lejanas, amenazantes.

—Dígame usted por qué las aborrece; desde cuándo.

—Desde que has venido tú. Fuiste el contraste, la revelación. Tenía una sed enorme, pero ¡como nunca puse la boca en el manantial! Hasta que te vi... Había tratado de cerca sólo a una mujer, por breve tiempo, y la comprometí, la dejé: se murió...

—¿Dónde?

—Aquí, en mis mocedades. Se llamaba Sagrario, era andaluza. Después la he querido mucho; si recordar es dar vida, yo la hago revivir.

—Pero usted buscó el negocio de un casamiento...

—Sí; me casé con tu madre porque la creí rica y virtuosa. Tuve una idea falsa del dinero y de la virtud y no he disfrutado de ninguno de los dos.

Habló escuetamente, sin el menor ardid. Sus frases le desnudaban, humilde y caedizo, igual que el último pecador. Le relucían las miradas

llenas de avidez, mientras se alisaba el cabello con los dedos separados y nerviosos.

Aurora le atendía con una extraña mezcla de aversión y de piedad. Ardía su espíritu como un aceite amargo y triste, descubriendo lo grande y delicado de aquella ternura, alzada desde el fondo de las ansiedades más exquisitas, a lo largo de muchas equivocaciones humanas.

Y como el amor despliega una actividad atrayente, la muchacha hubiera dominado sus escrúpulos, de índole familiar, prometiéndose hija voluntaria de aquel hombre, si una preocupación invencible no la detuviera indecisa y medrosa en el ápice de tal ofrecimiento.

No era ya la memoria del padre, interpuesta como un reproche entre el vínculo natural y la desinteresada inclinación, toda providencia y milagro, lo que repelía a la joven; sino el propio Moraleja; sus ojuelos, huidizos a menudo, como señal de hipocresía y traición; las manos rapiñadoras, el conjunto de la figura estricta, inquietante: el genio huraño, frío, tenaz, y de repente abierto en un lenguaje blando y caudaloso hasta descubrir un corazón en llamas, como en el presente día.

Aurora no pudo evadirse a las conjeturas violentas y detestables frente a la mística actitud de don Severo. Le veía novio y marido de doña Purificación, enamorándola, consiguiéndola, viviendo a costa suya muchos años sin el importuno deseo de una extraordinaria paternidad.

Y le rechazó suavemente, con un gesto vivo y melancólico.

—Ellas—aludió—no son responsables de esas

recónditas aspiraciones de usted. Y no las deben pagar.

—Sí lo son. A sabiendas se han deformado; por egoísmo; por villanía: no nacieron así.

—¡Calle usted!... Tiene algún pretexto para referirse a mi madre; pero a Cándida ¿por qué no la educa de otro modo?

—No puede ser. A las niñas las enseñan sus mamás, las pulen y transmiten sus propias imágenes...

—Pues a mí un hombre me educó.

—¡Don Juan de España!—dijo el padrastro con reverencia indefinible, para añadir, celoso:—¿Tú?... Tú eres única; ¡sola!: no necesitas que te eduquen, ni que te guarden, ni que te aconsejen...

—Sí, sí... ¡Estoy sola!—clamó ella, en un susurro, bajando la mirada. Y ya no consiguió, apenas, atender a don Severo, que seguía lamentándose de «sus mujeres» en una crítica pesada, meticulosa:

—Van a la iglesia como nosotros al casino, a matar el tiempo; su personalidad se reduce a no tener ninguna; viven de imitaciones, de prestado; cultivan las pequeñas virtudes por no realizar una misión de importancia; adoptan el mérito chico para eludir su devoción al grande... Todo en ellas es doméstico, menudo, servil, de insignificante moralidad; por eso invierten las alabanzas; ponderan lo mediocre para no rendirse a lo superior, y arman unos contubernios infernales entre el Mal y el Bien... ¡No, no las puedo resistir!

Crecía la sombra y se iba perdiendo en la habitación sin que Moraleja terminara su acerbo

soliloquio. Lo había iniciado bajo la claridad madura de la tarde, y ya bajaba por las nubes la ceniza del anochecer.

El gabinete de Aurora, esquinado en la calle de Fuencarral, sitúa uno de sus antepechos en la Red de San Luis. Lo abrió la muchacha luego de plegar sobre él una cortina azul y el aire aromático de junio metió un soplo en la estancia con suavidad emotiva. Creyó la moza sentir aquella frescura transida de recuerdos, penetrada, por eso mismo, de tristeza, y se apoyó en el barandal con misteriosa pesadumbre, en tanto que don Severo prolongaba sus lamentaciones con citas y todo:

—... Porque, según Ramón y Cajal, la belleza de la mujer es casi un regalo de la civilización y la higiene; la gracia femenina consiste en una creación de la propia voluntad ilustrada por la cultura. Así no se concluyen los dones físicos; cambian y se matizan, siempre bajo el encanto de la inteligencia... Pero ¿dónde ves tú en mi casa algo que conduzca a un resultado semejante?... ¡Ni agua y jabón siquiera!... Ahora, desde que te conocen, me están exigiendo que les instale un baño. Si lo consiguen hablarán mucho de él porque jamás creyeron que lo necesitaban; como ponderan de continuo su honra los que ni la tienen ni la echan de menos.

—Las debe usted complacer—dijo Aurora, distraída, lenta, haciendo uso de la voz contra sus deseos. Un gran cansancio la sobrevenía, como fruto de aquella entrevista embarazosa, y desde su cuarto piso miraba con languidez el cruce de las calles en penumbra, la línea varia de los edificios, el cogollo de las torres, aún

resplandecientes a la postrera lumbre ponentina.

—Te fatigo, ¿verdad?—preguntóle don Severo. Y añadió, sin aguardar respuesta:—¿Quieres que me vaya?... ¿Puedo volver?

Tan apurado y trémulo sonaba el interrogatorio, que se inclinó la muchacha, compasiva, hacia Moraleja.

—Puede venir cuando guste. A esta hora, antes de cenar, suelo estar en casa y descanso un poco.

—¿No tienes inconveniente en recibirme?

—¿Por qué?... No, señor.

—Gracias. Dios te lo pague—murmuró el padrastro hazañoso. La luz de su corazón y la de la ventana dieron juntas en el semblante de Aurora, y vió a la niña transfigurada dentro de un halo maravilloso y caliente. Miraba pasmado, como un ciego; porque tenía los ojos ahitos de claridad. Y salió dando tumbos, repitiendo:—¡Gracias, gracias: Dios te lo pague!...

Desde entonces don Severo iba con frecuencia a ver a Aurora, ya establecido en su vecindad, desertor impenitente de la calle de la Cruz, donde le recordaban con insidia, sólo en los apuros económicos. La dieta que señaló a las indignadas señoras era inservible.

—¡Una ridiculez, una tacañería, una burla! —rugieron a coro la niña y la mamá. Entablaron con él audaces discusiones y hasta hubo amenazas de una intervención jurídica. Pero las mil pesetas de cada mes no crecieron.

Doña Pura aseguraba, furiosa, que tenían de-

recho a mucho más. Y libre de las riendas conyugales, sin la obligación de poner en el hogar un poco de orden y vigilancia, siquiera aparentes, se pasaba horas enteras en confesonarios y sacristías, entre lágrimas, consultas y chismes, diciendo los pecados de su marido, y aun los supuestos de su hija mayor, conformados a la medida de una conciencia turbia que ocultaba los suyos. Este criterio monstruoso la inducía a insinuar sospechas abominables, el germen de la más siniestra venganza... ¿Contra quién?

Resume doña Purificación en Aurora la culpa de cuantas adversas novedades alteran su fácil vegetar, y, como un desquite lógico, exacerba en favor de Candidita su maternal solicitud, llevada a un límite de goce instintivo, impropio de criaturas inmortales. Atribuye a este sentimiento, así en su principio animal, la categoría de *el amor de los amores,* porque ha oído la frase mal aplicada entre la gentecilla de su cotarro, y repitiéndola, como un loro, calumnia al Amor bárbaramente.

Lo que más obsesiona a la de Moraleja es el anhelo de casar a su hija.

—Pronto y bien—dice—como ella se merece.

La cuida, la adoba, la engalana con un lujo chillón y detonante, y suspira a los pies del confesor:

—Mire, nos hace falta un hombre. Hemos quedado en el mayor abandono, y, con su inexperiencia y su hermosura, la pobre Cándida vive en peligro... «Hoy en día», tal como está el mundo, lleno de tentaciones y diabluras, una mujer *como ella* precisa la sombra y el apoyo de un marido... Encomiende esta necesidad a Dios

Nuestro Señor, padre; ténganos presentes en sus oraciones...

Y se iba, con su balanceo de nave anclada, a otra parte con la música; es decir, a colocar cuarenta credos, justos, ante cierta efigie que todo lo concede; a la novena de San Antonio, agente celestial de bodas, y a la congregación de las *Madres Cristianas*, donde una cinta echada al cuello y unas avesmarías rezadas maquinalmente, suponen, para buena cantidad de madres españolas, la suma atribución del Cristianismo.

Al trabajo que le producían estas «gestiones» le llamaba doña Pura su cumplimiento del deber. El incesante ir y venir desde el reclinatorio a la rejilla sacramental, desde la antesala de un convento al banco de una parroquia, molestando a religiosos y sacristanes, implacablemente, decía que era «ocupar su puesto en la vida». Y mostraba un gran orgullo con semejante «ocupación», sentíase heroica en *sus luchas*, admirable en su celo católico, en su frenesí «parlamentario»...

VI

EL AGUA MANSA

No se descuida Cándida Moraleja en aprovechar el desarreglo creciente de su casa y la blandura morbosa de su madre, expuesta a las más desaforadas maquinaciones.

La señorita Cándida, pimpante y robusta, a pesar de sus desengaños amorosos y de su tratamiento para conservar la línea, se propone lucir mucho en los espectáculos primaverales de la temporada: andenes y cines, calles concurridas y salones de te, con *schotis* y *fox-trot*. Se encarga vestidos a granel, llamativos y cursis, compra sombreros de fantasía y zapatos de ternera blanca, se unta mucho carmín y mucha tinta de kohol, se hace la «ondula-

ción permanente» y taconea por Madrid, si no con garbo, con atrevimiento y abundancia.

En el capítulo de hombres para ella no hay clases; a cualquiera busca y da cuartel, con sus elementos disponibles: la sonrisa, la mirada, el rodeo de la cabeza, y aun el tropezón, y la «caída» del pañuelo o del abanico, igual que en los antiguos episodios del *flechazo* y la declaración a quema ropa.

Esta desenvoltura callejera de Cándida y sus secuaces, no indica un temperamento sensual, que por no tener, ni eso tienen las niñas de tal calaña; es una costumbre, un vicio premeditado y soso, consecuencia del ambiente y la educación: un terrible síntoma del estado medio, social, en que se hunden aquí tantas mujeres.

Y Candidita postula un novio con descaro y arrogancia, como quien no tiene en el mundo otra cosa más honesta que hacer. El fracaso de sus tentativas, ya insolentes, cerca de Guillermo Casal, lejos de servirle de lección, la estimula a mayores empresas.

—A Jaime no le quiero—ha decretado desdeñosamente—; es un desperdicio de mi hermana. Necesito algo mejor.

—Sí, hija mía, estamos de acuerdo—repuso, muy razonable, la mamá—. Antes me gustaba; ahora es preciso que te desquites. Yo he soñado para ti un hombre superior, de categorías ilustres. Por ejemplo: un Senador Vitalicio, un Consejero de Instrucción Pública, un Correspondiente de la Real Academia Española... ¿Qué tal?

—Muy bien.

—Pues no hay más que decir.

Y deslumbrada por las letras mayúsculas que

había colgado del presunto yerno, la excelente madre, con los ojos en el vacío y el ademán de quien tributa y confía, expuso:—¡Queda esto en manos de Dios!...

La muchacha intenta saber:

—Esos señores serán ya maduros...

—Te diré: con unos cargos tan honoríficos alcanzarán... sus cuarenta años.

—¡Ay, qué viejos!... Yo le quería joven.

—Pues mira, son preferibles de la edad media, cuando ya «la han corrido» y están deseosos de tener su mujercita, su casa, sus hijos, y consagrarse a ellos en absoluto. Es cuando a los hombres «se les puede», cuando se les domina y se les hace entrar en cintura.

—Y con esos requilorios que tú dices ¿ganarán mucho dinero?

—¡Figúrate!...

—Porque, la verdad, «hoy en día» una mujer que se estime no puede vivir sin una renta decente.

—Llevas razón. Hasta para la virtud y el orden es necesaria una base económica fuerte y segura. Ya ves cuánto sufrimos con la miseria a que nos reduce tu padre, inicuamente, abusando de nosotras...

—No hables mal de él, mamá; el pobre está sugestionado..., ya lo sabes tú.

—Sí, sí, comprendo: y es bien triste para mí esta situación... Todo por una mala hija, una víbora que hemos metido en casa—dice doña Pura entre llantos fugaces, para volver a su tema—. Por eso mismo es necesario que te cases «pronto y bien», con una persona acaudalada, eminente, formal; uno que no se te escape, que

no te le birlen: Cónsul, Procurador...; me gustaría mucho un Comisario Regio...

La buena señora reclutaba distintivos sonoros, cuya significación desconocía, imaginando una fila de caballeros ricos, insignes y galantes, en espera de que Candidita se dignara escoger.

—Pero ¿dónde están esos señores?—pregunta ella, interrumpiendo la solemne visión de su madre.

—Ya parecerán, con la ayuda de la Virgen Santísima. Hay que tener fe. Le estoy haciendo un novenario a San Expedito, que para casos de apuro es infalible. Y tú debías privarte del postre con el mismo fin, y tomar una serie de miniaturas del Perpetuo Socorro.

—¡Ay, mamá!

—Hacen milagros... Se arrugan bien en una bolita y con un sorbo de vino se tragan admirablemente, como otra píldora cualquiera... ¿No tomas el *Laxen Busto* algunas noches?... Pues igual. Según las vayas pasando rezas una Salve a la Virgen con mucha devoción. Así durante nueve días: ¡y ya verás!

—Bueno, lo haré; pero, se me figura—propone la niña algo incrédula—que debíamos añadir otros planes: alternar con gente de más rumbo, vestirnos mejor, frecuentar sitios de más postín; porque, desengáñate, entre nuestras amistades no hay ni un solo Comisario Regio.

—Es verdad; en eso he pensado también. Y en el locutorio de las Angélicas he conocido a una señora del gran mundo que nos puede servir para alguna presentación elegante; es condesa o princesa, y el título..., el título... ¡Deja, que ya

me acordaré!... una cosa rara, en alemán... Parece que simpatizamos.

—¿Joven?

—Y guapa. Muy fina: vestuario de París y de Londres. Por ella he sabido que se ha puesto de última moda tomar el te en *Panowka*.

—¡Muy caro!

—Habrá que hacer un sacrificio. No te preocupes, que yo me arreglaré... Estoy dispuesta a «sacarte adelante» cueste lo que cueste—hipa doña Pura, otra vez en lágrimas, con gestos de abnegación sublime—. Una madre como yo es capaz de todo, cuando se trata del porvenir de su hija..., ¡la única porque no tengo más!... ¡Y abandonada, perjudicada por quienes la debían de proteger!

—¡Vaya, mamá, no hagas el ridículo con tus lloros, y *al grano!*—subraya Candidita ásperamente, sin agradecer el patetismo de doña Purificación. La cual, hecha a los desplantes de la moza, reintegró su discurso al sistema de secano y continuó, imperturbable, enjuta la mirada, limpia la voz:

—Ya me acuerdo del apellido de la princesa. Me ha saltado a la memoria. Es Canigut...; sí, creo que acaba en una te.

—¡A ver si resulta catalán!

—No, de ningún modo. Es cosa de por ahí afuera. Ella tiene el habla de extranjis, y la pinta y el nombre: se llama doña Hilda...

Desde aquel momento la incógnita Princesa *Hilda de Canigut* estuvo incorporada a las relaciones de ambas mujeres, y así lo demostraron en adelante sin saber nunca de veras la importancia, la denominación ni la nacionalidad de dicha señora.

Las de Moraleja no tenían tiempo que perder; andaban a escape y siguieron hablando.

—Ya te dije—reitera la mamá—que podías equiparte con cierto lujo, pero sin exagerar la escasez de telas: no conviene. Los hombres no eligen como esposas a las chicas más descocadas, sino al contrario, a las modositas. Además, *nosotras* hemos solicitado que se prohiban, por inmorales, los concursos de Belleza, los baños de sol y las lecciones sobre la vida sexual... Yo no sé, a punto fijo, lo que esto último quiere decir; pero de algo muy verde se trata. Y no vamos a renegar de una actuación tan piadosa consintiendo que nuestras hijas anden como las republicanas, a medio vestir. Eso no...

El concepto que esta mujer tiene de la República es divertidísimo y le sirve para toda clase de alegatos absurdos.

Cándida sonríe con menos gracia que obstinación, aferrada a un solo pensamiento, y la madre aprovecha aquel barrunto de docilidad para engreirse llena de experimentadas razones:

—Sé prudente, hija mía, sé cauta: ¡haz caso de mí!

Pero de nadie hace caso la niña de Moraleja. Su cerrazón de espíritu le permite muy pocas meditaciones, y sólo instintivamente funciona su ánimo con el empeño de encontrar un novio manejable.

A tal aspiración lleva Candidita recursos en verdad sorprendentes: modales, posturas, guiños y hasta palabras. Todo pacotilla, *a mitad de precio*, como «para niños y militares sin graduación», pero que no se imagina en esta joven linfática, a menudo silenciosa y quieta igual que

un mueble, porque nada se le ocurre. Gasta sus bríos en sesiones de pesca y captura, y después se inmoviliza con cara de idiota, reparando sus fuerzas para nuevos ataques al enemigo.

Su hábito de intentar la conquista del hombre, la conduce a la democracia amorosa más terrible: dependientes de comercio, mínimos oficinistas, empleados meritorios: ningún varón que se le ponga a tiro está libre de una saeta.

—¡Por si acaso!—premedita—¡alguno *caerá!* —y su ambición, desatada, va concediendo favores a las pícaras realidades—. ¡Con tal de no quedarme solteral—admite, en la espesura de sus razonamientos. Es como el jugador castizo de Lotería, que apunta al premio gordo y se conforma con los cinco duros.

Ahora, sin las bridas de su padre y con las alas de la mamá, Candidita arde en proyectos aristocráticos, y se dispone a subir hasta la altura de las princesas, en lugares donde abunden solteros con muchos adjetivos. Todo a costa de que doña Purificación empeñe sus alhajas y negocie unos títulos nominales que guarda en su poder.

Ya la dama ejemplar no vela por su niña tan directamente como antes; le faltan el tiempo y el humor. Se ha convertido en una mujer de negocios, y pone a Cándida, a menudo, bajo el patrocinio de doña Celestina, señora de respeto, madre de otra doncella gentil, muy aficionada, también, a noviazgos y casorios. Esta joven se llama Refugio, y en moralidad y educación corre pareja con Candidita.

Doña Celes—que así le dicen sus íntimos con agasajo—es viuda y dueña de un modesto capi-

tal que administra con bastantes precauciones. No se ha revelado tan acertada y meticulosa en vigilar a la niña, más inteligente y dulce que la de Moraleja, y por lo tanto menos hipócrita y astuta. Son amigas las dos y «luchan» en un ambiente cobarde y gazmoño, dramático en su misma estolidez. Pero se guardan secretillos la una a la otra, no se franquean nunca por completo; viven en guardia entre sí, adulterando su intimidad con pequeñas traiciones, disimulos y rivalidades más tristes cuanto más nimios. Así, por idéntica faena, están alejadas las mamás que parecen muy unidas.

Dice Cándida que ella tiene más «partido» que Refugio; cierto es que sabe de más cortejos; porque no se enamora; cambia de galanes a la vuelta de cada esquina, y los chicos que «le piden relaciones» sobran cuando ella se aviene con estudiantes míseros, horteras y comisionistas de poca laya, caza menor que sólo sirve como alarde de capacidad, entrenamiento digno de la peligrosa Diana, hasta que se cobre *la gran pieza*... ¡Aquel médico, aquel abogado que espantó Aurora! Nunca se lo perdonaría la hermana menor, la destinada, poéticamente, a sufrir y a vencer como en los cuentos infantiles.

Porque la hora de la justicia, y aun de la venganza, ha de sonar. Desde el nuevo campo de sus batidas Cándida espera encañonar bien al pretendiente henchido de grandes letras, en sus cargos resonantes y en su bolsillo de banquero.

Y Refugio Marín, la pobrecilla, no es agua mansa que sepa abrirse un cauce. Lleva consigo la divina rosa encarnada que conturba, y, me-

diante ella, se ha enamorado de un gacetillero sin que lo sepa su mamá.

Paco Rodríguez es un infeliz, buena persona y activo repórter de un periódico, muy importante, del anochecer: *El Ocaso;* pero está de sueldo, también, a media luz; come poco, viste mal, doña Celeste no ha querido admitirle como aspirante a yerno, y el amor de la niña es un tapujo lleno de sobresaltos y conflictos, por esto, precisamente, más cálido y peligroso.

VII

ESTUDIANTINA

ASARON seis meses desde que Aurora llegó a Madrid, una turbia mañana de enero.

Durante el medio año transcurrido ha trabajado con mucha intensidad. Esforzándose por recoger su atención, sustrayéndose, en lo posible, a las vicisitudes de cada día, preparó un curso de seis asignaturas, en parte voluntarias, inherentes a su examen doctoral, y la tesis para el mismo, con un asunto «feminista», por decirlo al modo corriente. La autora lo llamaba: asunto humano.

En él exponía, con clara limpidez, la suma necesidad de que las mujeres obtuvieran los mismos derechos políticos que los hombres, sin poner límites a su mutua asociación, guía de

una suerte común. Ellas, como ellos, capacitados por la edad y la cultura con idénticas enseñanzas, deberían hacer un Tratado de Igualdad, unánime en privilegios, para actuar unidos en todas las cuestiones potestativas, incluso las internacionales. Porque de cierto la mujer emplearía sus votos en exigir la paz del mundo, la protección a los niños y a todas las invalideces miserables, el imperio de la Justicia humana, en fin.

Optimista y valiente, llena de fe en una era de mieses dulces, como puro desquite al cabo de la roja batida universal, la muchacha adujo en su luminoso escrito las razones de psicología y tradición, y aun las fisiológicas y rudimentarias, que aconsejan una libre colaboración de la mujer en el instrumento civil, como arma defensiva de la Sociedad. La madre, en cualquiera circunstancia, nunca permitiría que sus hijos fuesen a la guerra; la enamorada siempre trataría de retener al amado lejos de toda lucha; la hermana, la hija, hasta la solterona desprendida de inmediatos afectos, son criaturas naturalmente inclinadas al pacifismo. Sólo por excepción es belicosa una mujer consciente de sus obligaciones primordiales.

Y en seguida Aurora manifestaba la precisión, ineludible, de que tales deberes fueran bien conocidos por las sufragistas. Se imponía allí una previa ilustración religiosa en el sentido dogmático, siquiera elemental, y una superenseñanza de los mandamientos de la Ley de Dios, con menos letra de la que invierten las españolas en aparentar que los ejercitan, y mucho más espíritu.

Eran menester, en efecto, escuelas de madres, con lecciones mixtas de ciudadanía y cristianismo, que sería tanto como abrirle al pueblo un hondo surco de civilización. Esas madres, orientadas así, educarían a las nuevas generaciones con ánimos de tolerancia y anchura para toda cuita fraterna, elevando su doloroso ministerio a la categoría de sagrada creación, hasta conseguir que nunca, a la sombra del matrimonio, volviera a ser el vientre femenino un «reinado conjunto de estómago y maternidad».

Para esta última solemne contribución del sexo a la Vida, indicaba la presunta doctora una urgencia de establecer tantas concesiones y responsabilidades, que, de admitirlas el Estado español legislativo, no se limitaría la reforma de su Código Penal a un insostenible artículo «rojo», sino a cuantos atañen al infanticidio contra todos sus aspectos de atenuaciones en la culpa, ya que no existirían las madres abandonadas, dentro ni fuera de ninguna legalidad; ni el criterio, absurdo, de que hubiera para una mujer deshonra mayor que la de convertirse en matadora de su hijo.

La inquieta letrada iba, pronta, a buscar unos fines muy transcendentales, y su discurso desbordaba los problemas jurídicos con audacia generosa, innovando actitudes, sin proponérselo. Se dejaba llevar por su arcano impulso de romper torpezas convencionales, de reaccionar contra lo rígido y helado y extender un aliento de pasión encima de muchas anquilosadas costumbres, motivo de la decadencia legal...

Fué aquélla una hora de gran interés en las jornadas del doctorado. Los mejores estudian-

tes de Derecho, con un escogido número de curiosos, escuchaban, cautivos y desconcertados, a Aurora, cuya disertación, más que un tema preceptivo, era un formidable alegato social, expuesto con naturalísima inocencia, al tierno choque de una voz nítida, insinuante, embriagada de valor persuasivo.

Hubo comentarios, discusiones, altos murmullos de sorpresa y agitación, un momento de incertidumbre, durante el cual se creyó perdida la alumna. Sus ojos, trémulos y ardientes, como pábilos, sondeaban el Tribunal: ¿la irían a suspender?

Tenía brillantes notas en los previos ejercicios de la tesis y se halagaba con el anticipado goce de una buena terminación, cuando sobrevino la terrible zozobra.

Había callado y aun se esparcía en el salón el intenso sonido de su palabra, lleno de profunda sugerencia, de brotes originales, intuitivos, nunca logrados en las aulas de Madrid: sería memorable esta sesión.

Porque diríase que, de pronto, hubiese irrumpido en los dinteles de la legislación nacional una potencia extraña y fecunda, prometiendo el concurso de millares de corazones para constituir la Paz terrena. Y con la Paz las bases más firmes del Amor.

Un alba española quería nacer, abriendo en sus horizontes el círculo blanco de una ronda infantil, el aire bíblico de *una mano extendida sobre todas las gentes.* Ya nadie anhelaría la necesaria aparición de un seráfico sexo, destinado a cuidar de los niños, las flores y las penas. El Santo Creador que modeló en la mujer

la ondulación del talle y del busto, la elegancia de los dedos acariciadores, y el rasgo expectante de los ojos, se valía de Aurora de España para reclamar las prerrogativas del feminismo cristiano en toda su ingénita significación...

Los jueces hablaban entre sí, mirando a la joven, que seguía de pie, inmutada, sacudida, pero radiante, con la augusta gracia melódica de una primavera vertical. Era un ser magnífico, una de esas almas calenturientas que despiden nimbo.

Se hizo un grave silencio. Ya la impaciencia del público no podía ser mayor, cuando se levantaron los examinadores para felicitar a la nueva doctora. El presidente dijo, tendiéndole la mano:

—Ha hecho usted un discurso más político que doctrinal; pero usted, hija mía, es una excepción. ¡Adelante y que el Código le ayude!

Un vivo trueno de aplausos sirve de coro a este fino saludo. Y la insólita ovación crece, entre vítores y requiebros, hasta producir una verdadera apoteosis.

Aurora, muy pálida, conmovida, llegó a decirse: ¿Habré alcanzado ya mi sueño de *poder?* *Quería* mucho y *sabía* un poco. ¡Si *pudiera* contribuir a la formación de modernos artículos legales!... Modernos serían por su vigente logro; antiguos por surtir empapados en la necesidad y el dolor de miles de criaturas anteriores.

Pero este momento no es sólo de esperanza y estímulo. Hay que llamar al orden, severamente, desde la mesa presidencial, y el alboroto no concluye en la sala sino cuando se continúa en la calle, todavía más expresivo en contacto con la vitalidad soleada de Madrid...

Ha recobrado Aurora su clara sonrisa de amanecer, una expresión sana y fresca que en su boca recoge lampos de luz al teñirse con la albura de los dientes: es un aspecto suyo que en la última temporada se hacía desear.

Destocada, según su costumbre de asistir a las clases, va con ropa ligera de verano, y la tiniebla del cabello y los ojos se le acentúa con la sombra rosada que desde la frente ha venido a iluminar su palidez.

Aun no consigue sustraerse a las volcánicas felicitaciones de los compañeros, cuando se le acercan Solinde y Casal después de saludarse con mesurado tino afectuoso. Ella les tiende las manos, a un mismo tiempo, como si los pretendiese unir en una sola simpatía. Y a Casal le corresponde la izquierda.

—La del corazón—pensaron los dos galanes a la vez.

Aquello había sido una casualidad; aunque el doctor llevase, sin duda, ciertas ventajas a su contrincante: más asiduo trato con Aurora, y mayor confianza en sus relaciones, quizá porque el retraimiento del otro era muy patente.

Solinde tuvo la mala ocurrencia de declararse a la joven demasiado pronto. Creyó ganar la partida con ingenua celeridad, y la repulsa, aunque amistosa, le alejó, dolido cuanto más enamorado. Las noticias que después le llegaban, singularmente por el interesado conducto de las de Moraleja, confirmaron la suposición suya de un noviazgo entre Aurora y Guillermo. Les vió juntos algunas veces y se privó de los lugares donde solía reunirse con su amigo; pero aun quedaba por discernir la verdad: podían enga-

ñarle las apariencias... Aurora se le enciende en una gran pasión exaltada por los celos, y le asusta la certidumbre de aquellos amores entre la única elegida y el camarada preferido. No obstante, necesita saber. Y su inquietud fluctúa, como la espiral acosadora del vuelo que, al fin, se clava en una flor.

El médico ha sido más cauto. No se expuso a la negativa probable, y mantiene a distancia su amorosa candidatura con habilidad de psicólogo, quitando y poniendo combustible en la certera lumbre de un buen cariño que al parecer no ata, pero que forma eslabones y obliga a más cálida unión. Su relativa ganancia le permite ser generoso, y él es quien extrema las demostraciones amables con el rival.

No se fija Aurora en tales pormenores. Su atención se diluye entre el público, ansiosa de conocer todo el alcance de su éxito. Le interesan especialmente sus amigas; pocas tiene, pero sabe que algunas están allí, las que le han concedido, por lo menos, un trato superficial de buena camaradería. Y supone que se mostrarán contentas. ¿No es de todas el triunfo de cada una? Siempre tendrán un fondo de ambiciones comunes al corazón genérico.

Las busca, tácitamente, con la mirada, y acuden, si no al llamado inaudible, a la precisión cortés de dar su beneplácito.

—¡Chica, has estado enorme!—le dice una trigueña muy mona y resabida—. Eres «el paso de la bestia a la supermujer», como pensaría el autor de *Zaratustra*.

—Eres la ultraamazona. Muy bien: te felicito—expone otra linda muchacha, muy desen-

vuelta, almibarando la fruta verde de sus ojos—. Igualdad, Libertad, amor suelto..., ¡así me gusta!

—Pero ¿qué estás hablando?

Aurora, espantada, no tiene tiempo de insistir en su asombro, porque el carretel suave de un acento le desenhebra, a escucho:

—¡Admirable, doctora! ¿Conque vamos a tener muchos niños?... ¡qué encanto!... ¡qué preciosidad!

—¡Por Dios, yo no he dicho eso!

La protesta se interrumpe con un medio tono confidente que susurra cerca de la joven:

—¡Señorita España! No tiene usted derecho a escandalizar al prójimo con teorías extranjeras de propaganda librepensadora. Ha dicho usted herejías contra nuestra sacrosanta religión, contra las fórmulas sociales y el buen parecer católico. Es usted una rebelde, una extraviada, una...

—¿Rebelde yo? Me acusa usted sin haberme entendido...

—No estoy sorda. Usted ha dado un mitin revolucionario, en vez de presentar, con decoro, una tesis jurídica.

—¿Entonces, el Tribunal...?

—Ha sido arbitrario, injusto, se ha dejado pervertir. Por este camino no sé dónde iremos a parar...

La que arguye de este modo es también una nueva doctora y pertenece a la aristocracia linajuda. Tiene unas pupilas enérgicas y pálidas, inflexible la voz, el continente orgulloso. Viste con todas las exageraciones de la última moda y sería casi guapa sin ese aspecto de suficiencia y dominio que endurece la más grande hermo-

sura. Lleva detrás de sí una pobre señora de compañía tan cansada y triste que infunde compasión. Y se aparta del grupo festejante con áspero desdén, cuando ya otra letrada le dice a Aurora:

—¿Conque abolicionista?

—¿Cómo?

—Sí, mujer: que eres una *recordwoman*—define, elegantemente, la que acaba de oír sin comprender a su compañera.

Y Aurora declara con angustiosa candidez:

—¡No sé lo que decís!...

Una estudiante más, se mezcla en la conversación y traduce:

—Que eres nuestra *recordista*.

Trastornada, confundida por tan absurdas interpretáciones, Aurora repite:

—Pues, nada: no os entiendo.

—¡Hija, qué torpeza!... Que has batido el *record*.

—¿De qué?

—¡Bah!... Eso lo sabrás tú...

En un instante reacciona la víctima de tantos juicios insensatos. Le han advertido:—Tú eres esto y lo otro y lo de más allá...—Estaba a punto de equivocarse y desconocerse. Ahora se dice lúcida y señera, como *Don Quijote:*—«Yo sé quién soy». Y descansa en el recobro de su personalidad, con una vaga delicia, mientras se rompe en torno suyo el cerco femenino de enhorabuenas y corolarios pintorescos.

Una abogada profesional, ilustre y bondadosa, llega, entonces, hasta la tremante novicia, le da un abrazo y le aconseja:

—No pare mientes en la desorientación de

los demás: no se preocupe usted por lo que vea ni por lo que oiga aquí; sobre todo entre las mujeres, que son, en su mayoría, nuestros inconscientes enemigos; trabaje y confíe.

—¡Pero, si hablo en castellano, con toda claridad, y no se enteran!

La profesora sonríe:

—Usted levanta mucho el vuelo y las pobrecitas no tienen alas... No importa; el ideal de usted hará prodigios. ¡Adelante!

Se aproxima otra maestra, de porte algo varonil. Usa boina y «traje sastre»: lleva en la solapa un clavel.

Con acento afectuoso y brusco, saluda a la señorita España:

—¡Gran ejercicio el de usted: así se hace! El blanco lejos, y buena puntería: ha dado usted a los codificadores el tiro en el corazón...

Al cabo de unos minutos ambas juristas se despiden de Aurora, ya en los pasillos, luego de haberse desalojado el salón sin que el orden se restablezca.

Un fin de curso es, siempre, un buen pretexto de alegres bullas; los ánimos están propicios a las expansiones ruidosas y la témpora primaveral contribuye a una galante excitación.

Así la doctorada, motivo del estrépito, sale en triunfo de la Universidad, con el sombrero todavía en la mano y la oscura melena flotante. Anda y retrocede según la traen y la llevan sus camaradas, entre piropos y glosas al discurso, ya insigne y aún incomprendido por la mayor parte de sus comentaristas. En la excepción figuran, y en primer lugar, los maestros forenses, hombres maduros y cabales, que han sa-

bido agradecer la superación intensa de la oradora.

En general «ellos» han percibido mejor que «ellas» la oración. Para los estudiantes el propósito de desencajar hábitos y deshacer las perfecciones huecas, es una golosina tentadora. Están cansados de la vieja estabilidad y sólo un vigilante hominismo les acucia frente a *la eterna enemiga.*

Tratándose de una tan llena de novedades juveniles, no le escasean los honores en esta indómita mañana vernal.

Pero, también entre los muchachos abunda la contradicción crítica, aunque guiada por más plausible conocimiento.

Sus diálogos, vivos, calurosos, acaso de pueril transcendencia, daban fe del ambiente universitario español, nada agresivo, más bien sedante y justo. Del ejército de voces sobresalían algunos pareceres:

—Es una «ganadora»... ¡Hay que ver cómo sostiene su teoría de la igualdad!

—Con razones de mucho fuste.

—¡Vamos..., quítate de ahí!

—Sí, señor; su actividad pública debe dirigirse por cauces distintos a la nuestra, pero del mismo interés.

—Merece el voto pleno—interrumpe un temprano doctor.

—Que se lo den... ¡por mí!

En otro grupo se alude:

—¡Es guapísima!

—¡Menudo tipo!

—Con elocuencia, ¿eh?... ¡Qué manera de adjetivar!

—Sí; con esa cara de no haber roto un plato, ¡se trae lo suyo!

—Sin velos tradicionales; con valentía y decisión. Reconoce sus deberes específicos y pide el ejercicio de sus naturales derechos... ¡porque sí!

—Nada de hipocresías: ¡duro y a la ley!

—¿Viste el gesto absolutorio de los profesores?... ¡Chico, todo un poema! Estaban emocionados.

—Oye, tú; eso de «Aurora de España» será postizo: resulta mucho nombre.

—No, pues dicen que se llama así.

—¿Tiene novio?

—Nadie lo sabe. Pretendientes, a montones.

—¡Si hasta creo que es rica!

—Y huraña.

—Sola en el mundo.

—¡Qué portento!

—¿De dónde ha salido?

—Del Mar.

—Entonces es una sirena.

—¡Vaya mujer!

—A ésa la «emancipaba» yo...

En el pico agudo de cada frase vibran la interrogación y el deleite propios de una exaltada juventud, y, ya fuera de las cátedras, aumentado el bullicio con la muchedumbre popular, el lenguaje se corrompe en una especie de argot estudiantil, con gotas castizas de madrileñismo, a menudo lejano para la consternada reina de la fiesta.

VIII

EL SEGUNDO BAUTISMO

Y entre el apogeo de la multitud Aurora se reserva en un abandono pensativo, acompañada y no obstante hundida en su inclemente soledad.

—¡Qué sola está *la mujer!*—comprende rodeada de conocidos y aduladores, sin que nadie atisbe la enternecedora violencia de su rostro, afinado por la tensión de muchas inquietudes.

Sus dos enamorados más notorios la siguen y la pierden, a cada momento, bajo la presión del gentío que, a pleno mediodía, cunde, perezoso y errante, a fortalecer las demostraciones jaraneras de los universitarios. Sobre los alumnos juiciosos imperan los vocingleros, especialmente los novicios en la carrera, los de clases

preparatorias, y aun los de institutos menores, que vuelven de examinarse. Modistas y artesanos, pueblo menestral que ha cumplido su media tarea, se junta a los transeuntes ociosos, ese elemento de parsimonia y buen humor que nunca falta en los países meridionales.

—¿Qué es?

—¿Qué sucede?—se preguntan los curiosos, ignorando el pretexto que les constituye en aglomeración.

—Una huelga...

—Una boda...

—Un mitin «sanitario»...

Pocos averiguan que una mujer melancólica y frágil, desconocida íntegramente, produce aquel espasmo de turbulencia, ya molesto para la comodona policía urbana.

Aunque de un modo confuso, divulgan los estudiantes la única verdad que allí existe. Y consta, como reguero de las desviaciones más incoherentes, «que el ejercicio doctoral de una señorita, por lo extraordinario y revoltoso, ha provocado el entusiasta frenesí de los alumnos dentro de la cátedra». Y ahora suspende la circulación en la calle de San Bernardo.

—¡Aquélla es!

—¡Aquélla!

—¡Aquélla!—repiten muchos gritos a un tiempo.

—¡Qué guapa!—saborean los hombres.

—¡Y no se pinta!

Un señor, con ínfulas de erudito, presume: —Es una walkiria morena.

Otro, menos galante, supone:—Es una bolchevique.—Se le hace coro:

—¡Es una moza de cuidado!

—¡Una bravía!

—¡Una hembra de combate y peligro!—asegura uno que se precia de «buen observador». Y se confiere una sarta de atribuciones varoniles a esta mujer austeramente cargada de feminidad.

Ella siente crecer el grandor oscuro de sus ojos y temblar las hojas descoloridas de sus labios, porque se estremece y duda, ante la efervescencia del público y las suposiciones gratuitas que rayan en acusación.

—¿Qué ha pedido?—pregunta alguien, en la creencia de que para hacerse notar, hay, por lo menos, que pedir. Una señora contesta, muy compungida:—*Dicen* que ha pedido el divorcio.

—Entonces, ¿está casada?

—Para cuando lo esté—opina, con ganas de polémica, una chula, terciándose el mantón.

—¡Qué insensata!—desdeña una dama repolluda, cargándose en el brazo de un individuo con aspecto infeliz, que debe ser el consorte.

—¡Cállate, por Dios!—implora él, mirando de reojo a la barbiana. Pero ésta lo escucha, se cuadra más, y arremete con desgarro y encono a la pareja.

Crece allí el barullo con caracteres de trifulca. La del mantón esgrime la lengua como un hacha, y el caballero de la apariencia ruin sobrelleva resignado todos los nombres de moluscos alimenticios, desde la ostra y el percebe hasta la insignificante *quisquilla*. Para la dama robusta los epítetos eran de más grueso calibre.

El pintoresco lance es marginal, accesorio. De todos lados converge la atención hacia Aurora. Se la señala y alude.

—*Dicen*—corre otra voz—que ha pedido la libertad de cultos...

—No; la enseñanza libre...

—Y la caída del Gobierno...

—Y la República...

—En pedir no hay engaño—suspira una vieja.

—¡Anda y que pida: *tie* razón!—proclama un obrero—; ¡el que lo tiene lo ha de dar!...

Hay pullas y chistes, y no se acaban las flores para la inocente amotinadora:

—¡Qué elegante!

—¡Qué distinguida!

—¡Vaya prenda!...

Un guardia, con el sable en alto, logra, haciendo uso de su autoridad, acercarse al «cuerpo del delito».

—Señorita: haga el favor de acompañarme—ordena, por cierto con marcada blandura.

Aurora hubiera querido morirse para desaparecer. Su carencia de culpa no la defiende bastante de aquella significación en un escándalo que repercute sonoro y ciego, Dios sabe con cuántos extravíos.

Pero vive en plena realidad y la desafía con bravura y donaire, levantando mucho la frente, henchida la melena como una gran corola que deshace el viento. Ha convertido su terror en disimulo, igual que si tendiera las manos a un fantasma para destruirlo, y vuelve una mirada presurosa a su alrededor.

Ya están junto a ella, como un solo hombre, Solinde y Casal, dispuestos a garantizarla y servirla hasta donde sea menester. A fuerza de puños llegaron a tiempo de colocarse entre la detenida y el guardia.

No era necesario. Un grito veloz, casi unánime, de la concurrencia, fulgura y exige el respeto absoluto a la mujer en quien nadie reconoce un pecado actual.

—¡¡No ha hecho nada!!—es el resumen de la enardecida protesta, y de aquel turbio río de humanidad brotan frases rotundas que se imponen como un airón caballeresco.

Inútilmente aduce la policía, ya numerosa y comandada, su deber de una detención provisional, sin amenaza ninguna de castigo. Arde junio demasiado y en la indócil actitud de los circunstantes se desbordan las tentaciones de un pueblo azotado por el calor.

Una dama consigue, entonces, llegar al grupo donde con más ahinco se defiende a la muchacha ignorando contra quién—llega y procura que Guillermo Casal la escuche.

—Tengo un taxi en la esquina para llevarme a Aurora. Vamos, ayúdeme; está muy cerca.

El médico reconoce con satisfacción a la decidida auxiliadora, asiente al plan, y menos tarda el milagro en realizarse que en referirse; porque abundan los cómplices y cada brazo, cada ímpetu, es una hoz que siega la espesura del camino hasta el próximo cruce del Noviciado.

Casi en volandas llegan las fugitivas al coche, no sin rasguños y deterioros, pues Aurora lleva colgando una manga minúscula del vestido, ha perdido el sombrero y tiene clavado el filo de una pulsera. En su dramático semblante resalta la ausencia de barnices, libre del ridículo a que se expone una mujer en trance parecido, acaso desmayada bajo el antifaz del colorete.

La misma solicitud que ha traído a Aurora

hasta aquí, la aúpa en el asiento del coche cuando ya su compañera, Julia Rey, ha montado, ágilmente, después de dar una breve orden al cochero. Y el oleaje humano se aparta en dos mitades, como las aguas del Mar Rojo en el paso evangélico, para que el automóvil transite.

Pronto desaparece a la altura de la Glorieta, haciendo sonar el claxon con un ronquido victorioso, en tanto que se jalea esta liberación de la desconocida, y los que la han procurado conceden al fácil suceso una importancia casi astral, con esa galantería fastuosa y caliente, muy propia de España, exenta de vanidades porque se ejercita igual que una pulcra obligación.

Los amigos de Aurora han quedado en rehenes de la policía, como fiadores, y el espectáculo concluye deshecho con idéntica prisa que tuvo para hacerse. Ha habido cargas y detenciones, contusos y atropellados; todo en un cuarto de hora ingenuo y alarmante, entre risas, chicoleos y vayas indolentes: cuestión de holgorio y afán de divertirse...

El día, con sus doce campanadas en el aire, se estira, rubio y fuerte, por la blancura de Madrid, cuando un hombre sale, el último, de la Universidad. Solo y reconcentrado, no alcanza a ver más que los relieves chillones del tumulto, ya la gente en desbandada, dispersa y tranquila.

Aunque marcha él muy distraído, le parece sorprender algo de inusitada animación, y lo atribuye al paso de Aurora por allí: sin duda *su hija* ha causado, también fuera de las aulas, un efecto sugestionante.

El pobre Moraleja, obseso con la manía de la

superpaternidad, vuelve los ojos húmedos de ternura a los lugares donde supone que ha sembrado Aurora una viva huella de admiración. Acaba de asistir al discutido y ruidoso triunfo de la hijastra y no ha tenido valor para acercarse a ella. Teme que los mandamientos de su corazón aparezcan incomprensibles al exteriorizarse; así el deleite sordo en que se oculta adolece de un tierno sobresalto y es un íntimo reproche contra el sentido común, contra la imperiosa vehemencia que le impulsa a sentirse padre de la hija de otro. Estuvo presente, desde un rincón, al ejercicio doctoral de Aurora, y a sus peripecias singulares. Y un enorme orgullo le arrebató al verla consagrada por las aprobaciones de los jueces y el entusiasmo del público. Sentía un contento alucinante y paralizador, como si cayera sobre él un látigo de gozo, obligándole a la inmovilidad. Se estuvo quieto, regustando su dicha, transido y premioso hasta que los bedeles le advirtieron que iban a cerrarse las puertas.

Y ahora va por ahí, tímido siempre, deslizando una silueta fugaz en los bloques de luz, cuidadoso, pisando encima de su sombra como en algo mullido que amortigüe el roce de sus plantas.

La última impresión que tiene de Aurora es la de un traje de lino blanco y una alegre sonrisa de agua fresca. También don Severo sonríe, callandito, para que nadie se entere de su felicidad.

En el trivio de los bulevares toma el coche la

derecha y circula despacio, mientras Julia Rey trata de vendar con su pañuelo la herida muñeca de Aurora.

—Esto no vale nada—predice—y no conviene que nos detengamos en una botica ni que llamemos la atención.

Pero hay gotas de sangre en el vestido blanco y roto de la joven, que en realidad parece salvada de una lucha o de un lastimoso accidente. La manga colgando, el traje marchito y la expresión atónita del semblante, no acusan un estado normal en la gentil doctora que, desde el modesto vehículo, discurre por las cuerdas claras y tirantes de las avenidas, sin rumbo al parecer.

El verano precoz ha conseguido toda la pompa tierna de los árboles, y una fuerte alegría natural contrasta con el álgido ensimismamiento de Aurora, que oye a su amiga distraídamente.

La dama continúa:

—Habrá sonado tu nombre y el lugar donde vives. Temo que se nos llene la casa de periodistas y curiosos; es mejor que demos una vuelta antes de retirarnos: para despistar.—Como ve que a la muchacha no le preocupan estos detalles, entra en la evadida conversación con empeño y arrojo.—¡Tu bautismo!—dice señalando las motas encarnadas en las alburas del traje—. El segundo, el de los héroes. Ya eres otra mujer y tienes que probarlo así.

Sonríe Julia, medio en broma luego de cerciorarse de que su protegida no sufre ningún otro mal físico, y muy extrañada de aquel rostro impasible que nada revela.

Aurora también sonríe, mirando, sin susto ni cólera, su mano vendada y su sangre vertida. Le duele el agudo corte de la muñeca. Sus labios descoloridos preguntan:

—¿Qué se hace primero, la ley o la costumbre?

—La ley—responde la dama sin titubear.

—Entonces habrá que tener mucha paciencia hasta que cambien las cosas.

—Eso va a suceder en un periquete. Hoy todo evoluciona muy de prisa y tú alcanzarás a ver la deseada transformación.

—¡Si todavía no están hechas las leyes que necesitamos!

—La espera en el caso distinto sería igual.

—Es que las mujeres, de la clase media, por ejemplo, tienen aquí una brava limpieza de costumbres y eso habríamos adelantado si el saneamiento empezara al revés de lo que usted supone. ¡Le falta a España tan poco para ser el mejor país del mundo! Es cuestión de enseñanzas, de cultura.

—Tendría que convertir sus pasiones en virtudes.

—La pasión ya es en sí una virtud, la posibilidad de sentir y de hacer: los pueblos fríos y calculadores no son fecundos en grandes aventuras.

—Sí, pero se trata de sistemas y disciplinas que no les van muy bien a nuestra gente; cosas que viven en pugna con el fanatismo y la insubordinación...

—¡Qué lástima!, porque estamos en la tierra más interesante de Europa... Mire usted, mire esas chicas del mantoncillo, costureras pobres, lindas y señoriles como no se ven en ninguna

parte; y esas jornaleras agudas, apersonadas, distintas de las de otros sitios; las mujeres, en fin, todas despiertas y bonitas...

Aurora se interrumpe contemplando a los viandantes, dueños de una cierta elegancia antigua que no se observa en otras naciones; es un matiz aseñorado, un punto de gracia y distinción que transciende en la flocadura negra de los chales madrileños, en el irreprochable atavío de burguesas y oficinistas, hasta en su negligente paso, lento y rítmico al intenso resplandor meridional, como si nada perentorio les obligase a una marcha descompuesta y servil, como si las calles, con los brazos abiertos al Sol, fuesen un irresistible imán, y el calor prematuro un motivo de alucinado placer.

Sube el taxi por la Castellana hasta el Hipódromo; baja a la Cibeles, y repite el trayecto por el tendido asfalto, humeante como una ancha hienda, para dirigirse a la pensión de Aurora, domicilio, igualmente, de Julia Rey.

Tal refinamiento de estética popular existe en el conjunto de los paseantes, que la muchacha deduce de este resultado la hipérbole más laudatoria.

—Sólo en Viena—dice—antes del año catorce, siendo yo muy rapaza, he visto al aire libre un pueblo tan exquisito como el español.

—Aunque no tan ruidoso aquél, ¿verdad? Algo más serio y metodizado.

—De otra raza; un carácter pálido y gris que no disfruta de esta enorme luz. Pero bien casados están el valor y la risa—expresa Aurora con optimismo. Y añade: — Yo reparo sobre todo en las mujeres; las admiro y las estudio,

porque son las que necesitan unirse, armarse y sobresalir, no frente al hombre, sino junto a él.

—¿Las consideras capaces?—duda la señora.

—Apenas las conozco... Muy torpe he sido para interpretar sus sentimientos, en general. En cuanto a las universitarias, a mi entender carecen de una orientación colectiva y de un ideal común. Sin embargo, creo que tienen grandes dotes naturales y un ingenio excepcional.

—¡Ay hijita! — exclama con tristeza Julia Rey—, yo sospecho que ahí la excepción eres tú. ¿No ves que ninguna te ha comprendido?

—Acaso no me supe manifestar.

—No; es que ni siquiera buscan su bien en el bien de muchos, sino que tratan de conseguir únicamente el suyo propio. Y a ti te absorbe el desinteresado amor a los semejantes... y aun a los sueños.

Aurora se conturba. Su instinto humano pone otra vez los ojos en la cruel interrogación: ¿será verdad que ni su madre, ni su hermana, ni sus compañeras, la reconocen y acreditan?... Padece el vértigo de una altura medrosa, el frío de una terrible soledad. Ya no le asiste como una ráfaga confortante aquel íntimo convencimiento socrático del: *Yo sé quién soy.* Le abandonan las fuerzas; no oye la música recóndita de su alma y nunca ha parecido tan niña como en esta ocasión, a raíz de su extraña apoteosis.

—No, no quiero estar sola—murmura.

Sus frases, apenas susurradas, demuestran tanta pesadumbre, que la dama le toma las manos, hechas un hielo en el joven furor del estío, para decir:

—Acuérdate de tu segundo bautismo: ¡eres una heroína!

La muchacha repite con toda su intensa vida sentimental:

—No, no quiero quedarme sola—y su voz oscura concluye—: ¡Soy una mujer!

IX

VOCES DE LA CALLE

ULIA Rey es una señora de extraordinaria simpatía, con bastantes años para obtener el don maduro de la experiencia, sin haber transpuesto la última juventud. Además de la dulzura del rostro y la esbelta gracia del talle, posee una finísima educación, con los altos recursos de muy sólidas virtudes inteligentes.

Ha sido infeliz como si las criaturas raras y valiosas debieran pagar, casi siempre, al Dolor, un excesivo tributo de superioridad. Su temprano matrimonio, que parecía reunir grandes condiciones venturosas, quedó fracasado por la muerte; un hijo que tuvo, sobrevivió al padre escaso tiempo. Desilusionada y rica, bella y

moza, renunció, con miedo un tanto supersticioso, a nuevas nupcias, y ya invulnerable contra las más ventajosas proposiciones de casamiento, impuso al malogro de su existencia la resignación propia de un alma creyente y el hechizo de un ingenioso carácter andaluz.

Fué la viajera incansable, algo caprichosa, triste bajo su ecuánime sonrisa, que procuraba distraer su hastío con pretextos de cultura, acercándose a los problemas sociales y a los postulados artísticos. Su vida, pendular como toda inquietud, oscilaba en medio mundo, y don Juan de España había conocido a Julia en un barco, hacía tiempo, siendo Aurora muy chiquitina.

Desde entonces mantuvo la dama correspondencia y amistad con el viejo marino, y al sucumbir él, trágicamente, la estrechó, en lo posible, con la niña. Sólo por verla hizo un viaje a Valladolid, y con la ilusión de estar a su lado se había decidido a pasar esta primavera en la Corte, ignorando que Aurora atravesaba una crisis familiar aguda y disolvente.

Las primeras visitas de Julia Rey a casa de Moraleja fueron memorables. Allí únicamente él le parecía correcto y normal, extrañándose de que la hijastra le aludiera a menudo para definir:

—Está neurasténico: es un maniático...

No obstante, la señora concedía a don Severo una beligerancia espiritual, mientras se le hacían insufribles doña Pura y su retoño, resistiéndose a tratarlas, juzgando monstruoso el hecho de que tuvieran aquellas dos mujeres una relación sanguínea, inmediata, con Aurora. Comprendió muy bien el aislamiento de don Juan, su ambulante vivir con la nietecilla lejos de un temible

contagio moral, y hasta físico, en la casa materna. Y creció su interés por la solitaria criatura, más vivo y tierno aquel día en que Aurora salió de la calle de la Cruz sin rumbo ni sostén, derecha hacia sí misma.

En el primer momento de respiro y ansiedad no recordó la desertora que estaba en Madrid su gran amiga Julia. Y de pronto acudieron el cariño y el nombre a su conciencia como una dirección. Ya supo dónde ir. Sin vacilar corrió en busca de alojamiento cerca de la encantadora sevillana, y la aridez incurable de una casa de huéspedes tuvo para ella el remedo apacible de un hogar.

Julia Rey, que gasta mucho dinero en excursiones y caminatas, a todo lujo, es modesta para instalarse cuando llega a una capital. Cansada de los grandes hoteles y de sus exigencias, incómodas en ocasiones, prefiere la vivienda particular, conocida, donde la traten con esmero un poco íntimo. Y tiene aquí una paisana insustituíble para el caso, doña Micaela Falcón, la frecuente viuda con dos hijas hábiles y pobres, honestas y complacientes, que reciben «señoras solas, con o sin asistencia», en las habitaciones más lucidas de su vulgar pisito madrileño. La madre cocina primorosamente; la mayor de las chicas, Aurelia, está empleada en un almacén próximo, y la segunda, Margarita, acude a todos los menesteres de la casa. El edificio es reciente; el cuarto reune las comodidades imprescindibles, y, por ser el último, disfruta de mucha luz y ventilación.

Allí fué recibida Aurora como un regalo; se le proporcionó el gabinete más vistoso, con

huecos a dos fachadas, y se la tuvo con mimos y distinciones, tanto de Julia Rey como de las otras mujeres, subyugadas, todas, por el encanto y el talento de la nueva pensionista.

Una señora más vive con ellas, en clase de huésped fijo, persona estrafalaria y de trato melindroso, aunque muy recomendable por sus apariencias de seriedad y honradez. Se llama Patricia López, y goza, según testimonios visibles, de una renta que le alcanza para ciertos placeres refinados, tales como el uso del coche a cada momento, los convites obsequiosos a sus abundantes amigas, y el fácil veraneo en un Hotel caro de la Sierra azul, comarcana.

Doña Patricia, menuda, seca, entrometida y chismosa, no es agradable en la tranquila pensión, pero se le concede un respeto servicial y aun algo admirativo; porque paga bien, maneja mucho dinero y merece la confianza de asociaciones muy solemnes, por ejemplo, la congregación de *Damas Nacionales*, que la nombra su Tesorera, así como la Junta del *Ropero del Niño Jesús* y otras de análoga piedad.

En el cuarto de doña Patricia relumbra, sugerente, una hermosa caja de caudales con fuertes cerraduras, crujidos y resortes, que producen gran impresión a la patrona y a sus hijas.

Nadie sabe con certidumbre la edad de la *Tesorera*—como la denominan en son de remoquete, y a espaldas suyas, las de Falcón—. Muchos años debe tener según lo que denota a pesar del peluquín, la dentadura postiza y los cosméticos, usados en trance de senilidad.

Tampoco se demuestra bien el lugar de su nacimiento. Ella dice que es de Las Palmas, cuenta

su historia con bastante verosimilitud, y rezuma un dejo meloso en la pronunciación, un tonillo blando y cantarín que puede confundirse con el habla musical de los isleños canarios.

Pero también ha vivido en Méjico. Alguien sospecha que nació allí y que vino a España, muy joven, como sirviente de una familia española. Otros rumores atrevidos insinúan que doña Patricia ha heredado indebidamente a la dama de quien fué camarera. Y hasta en una ocasión se le dieron los adjetivos horribles de «envenenadora y falsaria».

Verdad es que las palabras atroces se deslizaron en un miserable anónimo hecho trizas por doña Micaela con ruborosa indignación.

—¡Qué cobardía tan indecente!—se dijo la buena mujer, rechazando en todo límite de su aquiescencia la posibilidad de aquel delito. Por calumnia infame tuvo la rastrera acusación, y animó el propósito de nunca referir lo que tan asombradamente había leído.

Pero no consigue olvidarlo: el mal recuerdo la visita como una sombra atormentada. Y observa con disimulo en doña Patricia un ademán ligero y silencioso, un filo de voz calado, penetrante, un gesto que procura erguirse claro y limpio, y, de pronto, se agacha subterráneo, oscuro, amenazador...

Doña Micaela duda y sufre, recelando, a pesar suyo; vigila con desasosiego a la señora, y después se arrepiente de su desconfianza, se culpa de admitir un falso testimonio criminal, y se complace en reconocer los méritos de la vieja, sobre todo su devoción en las prácticas religiosas y su amable esplendidez.

No se le conocen parientes a la misteriosa *Tesorera*, pero sí numerosos amigos, de buen linaje. Y le gusta mucho convidarles, tenerles agradecidos y contentos: es hospitalaria, rumbosa, inclinada a regalar y conceder. Con las chicas de la casa se manifiesta igualmente pródiga, en tanto que ellas y su madre reciben con cierta ojeriza unos favores que, sin saber por qué, les hurgan y duelen, en su mismo peso de gratitud, como un gusano roedor.

Hoy está doña Patricia muy intrigada con lo que sucede en las habitaciones de Julia y Aurora, comunicadas entre sí y nada propicias a la intromisión constante de la vieja.

Quiso asistir esta mañana al ejercicio universitario de su vecina, pero llegó tarde y no pudo entrar cómodamente... ¡Siempre tenía tanto que hacer!... Aunque ella presentía de continuo los «grandes acontecimientos» y ya expuso varias sospechas de que fuese *escandaloso* el texto doctoral de Aurora, no había previsto la importancia transcendente del «escándalo».

—¡Clausura de las cátedras, tumultos en las calles, detenciones, heridos, comentarios irreverentes!...—subraya y exagera, lamentándolo, al parecer, muy tenue su acento blanducho—. Y luego el asalto de periodistas y autoridades a la casa... ¡por Dios!... ¡Polizontes aquí, interrogatorios, atestados, un proceso!... ¡Para que le confundan a uno con gente desordenada y revoltosa!... La verdad, esto es muy desagradable... Y, por fin, la prensa, con una relación llena de audacias, nombres propios...

—El de usted no viene—interrumpe Margarita entre cortés y adusta—. A usted nadie le ha molestado.

—No, hija, ni falta que me hace: no tengo costumbre de salir en los papeles con ocasiones funestas, sino en casos muy culminantes; con motivos de actos piadosos o en crónicas de la buena sociedad.

—Ya lo sé: tiene usted razón—termina la muchacha, a quien su madre acaba de dar un pellizco suave y oportuno.

—¡Claro que la tengo!—corrobora la dama, que no mira directamente. Y se apacigua al insistir en sus pretensiones, antes expuestas sin resultado:

—Quisiera ver a esa señorita para felicitarla; porque, en resumen, ha tenido un éxito. A ella le conviene el reclamo, el ruido, la popularidad... Pero como no se han presentado a la hora de comer, ni ella ni su amiga..., como no salen de su habitación...

Doña Micaela recoge las frases reticentes y se apresura a interceder.

—Voy a decirles que desea usted pasar. Llegaron tarde a la comida; venían disgustadas y no tuvieron apetito. Además la señorita Aurora no se siente bien. Le contraría sobremanera lo que ha pasado; no crea usted que le agrada llamar la atención, ni mucho menos: es muy sencilla.

—He oído asegurar que tiene una mano rota.

—¡Jesús, cuánta exageración!... Un rasguño en la muñeca; se ha cortado, quizás, una venilla de las que tenemos aquí; uno de estos ramitos azules, ¿ve?—la andaluza señala en sí misma,

acentuando saladamente su graciosa pronunciación, porque se explica así con más brío cuando está picada y soberbia.

—Pues los periódicos insinúan que se trata de una herida formal.

—¡Hágase usted caso de insinuaciones!

—Y el médico, al salir, hace poco, se despidió para volver...

—Porque es un amigo.

—Sí, Guillermo Casal; le conozco...; amigo y enamorado...

La patrona, cansada de su preventiva solicitud, sale del comedor y llama, despacito, en la puerta entornada de Julia.

—Adelante.

—Perdone; es que *Matusalén* quiere entrar de visita... De curioseo, digo yo: ¡está más impertinente!

Julia sonríe, divertida con la sabrosa murmuración de su paisana. Y transige:

—Que pase.

Deja su comenzada escritura sobre el bufetillo, y se traslada al cuarto próximo para recibir a doña Patricia.

Está el gabinete a media luz. Aurora, en la cama, pone la mancha tétrica de sus cabellos sobre un almohadón, y tiene los ojos cerrados.

Acaba de oír entre los pregones de la calle el anuncio de los periódicos recientes:—*¡El Ocaso!... ¡Informaciones!... ¡La Voz!...* ¡Con los graves sucesos de la Universidad!...

Transida de incertidumbre, se acusa de lo ocurrido, con esa propensión del inocente inclinado a buscar en su conducta la causa de los errores ajenos.—Mi pobre discurso ha sido una

imprudencia, una temeridad, un disparate—se dice. Pero hay un espacio hermético de su espíritu donde sabe que tal inculpación es un subterfugio para eludir otros deberes sociales que le impone su conciencia por encima de muchos respetos humanos.

Alguien respira cerca de su rostro. Alza los párpados y da un grito horrible. Porque sobre ella está doblada una persona enjuta y denegrida, de aire rapaz y oblicua expresión.

—¡Julia, Julia!—pide con espanto la enferma.

—Hijita, por Dios, ¡si estoy aquí!—responde la señora alarmada—, aquí contigo... Creyendo que estabas despierta, ha entrado a saludarte doña Patricia.

—Enhorabuena, joven—murmura el esperpento—. Conque ¿dando qué hacer y qué decir?... Todo eso conduce a la propaganda. Hoy es usted una figura de actualidad: la mujer del día...

Al recobrarse del tremendo susto, Aurora se avergüenza de haber confundido a doña Patricia con un demonio. Y se excusa con amabilidad.

—Dispénseme usted; estaba medio dormida.

Pero continúa mirándola con ese miedo insensato que inspira lo desconocido y tenebroso.

—¡Ay, huele a sangre!—suspira la bruja, sentándose muy cerquita del lecho. Y olfatea como un ave de garra.

—Lo que huele—dice Julia—es la tinta fresca, de esos periódicos que trae usted en la mano.

—Los acabo de subir; con fotografías de la señorita España y todos los detalles de la camorra que hubo dentro y fuera de la Universi-

dad... No he terminado de leerlos. Parece que a uno de los heridos le han administrado la Santa Unción.

Aurora, sentándose despavorida, murmura:

—¿Es cierto?

—¡Qué ha de ser!—niega la sevillana. La otra insiste:

—Véalo: aquí está.—Y señala en las primeras columnas de *El Ocaso* una aparatosa información, mientras Julia Rey, terciada de ira y de temores, decide encarándose con la vieja:

—Mire, señora; esta niña tiene algo de fiebre y mucha precisión de reposo. Hágame el obsequio de venir a mi cuarto.

La *Tesorera* dobla el periódico y accede, con voz meliflua:—Como usted guste.—No suele incomodarse por alusiones más o menos categóricas.

Pero ambas se detienen oprimidas por la interrogación de unos largos ojos oscuros.

—Necesito saber la verdad—suplica Aurora.

No es posible negárselo. Julia se lleva por delante a doña Patricia, y en su gabinete, bajo su lámpara, registra en un momento los diarios. Sí; hay un herido, moribundo, en la calle de los Reyes, a última hora: cuestión de amores y venganzas, sin nada que ver con el disturbio juvenil provocado por los estudiantes.

Se apresura la dama a tranquilizar a su amiguita sobre las triviales consecuencias de aquel episodio, asegurando que se reduce, también en la crónica periodística, a unos términos alegres de galantería y diversión.

Ella se deja convencer con el egoísmo de ese esfuerzo personal, muy abrumado, que tiende a

vivir más que a depurarse en los rigores de la vida.

El corazón de Aurora, harto perseguido por el ansia y el recogimiento, exige hoy un poco de blandura terrena, donde descansar.

X

EL PECADO DE LA EXCEPCION

STED supone cómo habrá conseguido este periódico un retrato de Aurora y los perversos datos que le acompañan?

—Sí — contesta sombríamente Casal—; he ido a preguntarlo a la redacción. El reportaje es de Paco Rodríguez, el novio de Refugio, a quien usted conoce, y los antecedentes, de Cándida Moraleja.

—Lo temía.

—Ya lo sabe usted: «que Aurora ha huído, como una aventurera, del hogar doméstico»...

—¡Y tan *doméstico!* — recalca furiosa Julia Rey—; una comparsa de bichos amansados que ni siquiera tienen valor para herir de frente y disimular su bajeza.

—Don Severo no es culpable.

—Por eso ha emigrado, como único ser racional de la familia; que por lo visto se aumenta con doña Celeste y su polla y hasta con el mamarracho del novio.

—¡Lo que se publica así es desesperante!—prosigue excitado el médico. Y despliega otra vez *El Ocaso*, motivo de su enorme disgusto.

—Estoy resuelta a desmentirlo — dice con energía la dama—, a proceder contra las inexactitudes y calumnias del repórter, a exigir responsabilidades a quien las tenga. Por esa pobre niña que está sola en el mundo.

—Sola no. Yo he pedido rectificaciones al periódico, al cual ya no pertenece Paco Rodríguez. Su despido, inmediato, fulminante, es la mejor respuesta que nos darán a los amigos de la víctima. Públicamente se aclarará el asunto... en lo posible.

—¡Pues vaya un consuelo!

—Estas cosas son así; el periodismo se nutre de lo sensacional, y no es fácil conseguir que se desmienta en absoluto una de estas malignas informaciones: sería tanto como demostrar que hay en la prensa quien nos comulga con ruedas de molino y a trueque de lucirse no repara en daños del prójimo.

—¡Excelente moralidad!... sobre todo para esgrimirla contra una mujer — prorrumpe Julia, cuyo gesto amplio contrasta con el recogido talante del doctor.

Ambos están de pie en el cuarto de ella, cerrado el falsete que les comunica con el de Aurora. Es media noche y la enferma se ha dormido con alta calentura y mucho desasosiego.

Contiene Julia su voz enardecida para consultar:

—¿De modo que no podemos defender a la muchacha?—Y observa fijamente la actitud de su amigo, quizá algo fría y calculadora. Él restringe, contrariado:

—Hasta cierto punto, sí.

—Es que el escarnio a gritos reclama una explicación rotunda. A usted se le alude de una manera indudable...: *cierto afamado y joven Doctor, buen mozo, que, según acentuados rumores, protege a la señorita España...* ¡Este protector es usted!

—Pero no se me nombra.

—¡Qué más da!

—En los Tribunales no lograríamos probar que era yo; y daríamos otro escándalo inútil al presentar la denuncia...

—La querella criminal: ¡esto es infame!

—¡Horrible! — continúa más desenvuelto el hombre—. Ahora fíjese en que todo el relato viene hecho con la perfidia de una leve impunidad. Conozco el sistema: en casos iguales he visto que la ley es impotente para castigar con eficacia una de esas cobardías. Se entabla un pleito por injuria y calumnia, con sobrada razón, y, al cabo de trámites penosos y carísimos, suponiendo que se gane, el castigo se reduce a una multa leve y la pena de un destierro convencional.

—¡Otra burla para el ofendido!

—Ni más ni menos.

—Entonces ¿hay que echarse a perder en cuanto a un sinvergüenza se le ocurra insultarnos?

—Si lo hace hábilmente, nos queda el recurso... de romperle la cara.

—¡Estamos divertidos!

El médico recorre con nueva mirada penetrante las líneas malévolas del periódico.

—¿Ve usted?—confirma—. Aquí no se dice que en la fuga de Aurora hubiera complicidad; el adjetivo de *aventurera* puede tener incluso una gracia interesante, y a la supuesta protección del *buen mozo*—subraya con ironía—cabe atribuirle interpretaciones inocentes.

—Sí, sí... con tiempo y una caña seríamos capaces de pescar hasta una buena intención en el fango de ese artículo... Todavía le vamos a reconocer talento y nobleza al pollo Rodríguez.

—Quizá no ha obrado de mala fe. Las insidiosas noticias que le dieron; su costumbre de mentir; el deseo de hacer un gran servicio a su diario...

—¿A que no tiene culpa?

—La tiene y la paga. Cesante y desacreditado en la profesión, mire usted como se rompe la soga por lo más flojo.

—Lo peor tratado aquí es el nombre puro de la muchacha—reitera Julia con ardicia—y lo que más respeto merece. Usted sabe quién es Aurora, y usted..., perdone mi atrevida franqueza, tiene alguna obligación, aunque sea muy sutil, de ayudarla en este lance delicado y lastimoso.

—Incondicionalmente, señora—responde Casal expresivo, entregado a una repentina confianza—. Si yo no demuestro la sublevación que me consume, es porque temo perjudicar a Aurora. He pensado en todo lo que se puede hacer

por ella. Una campaña desde otro periódico; la correspondiente denuncia en el juzgado; la agresión personal: ¿contra quiénes? Acabaríamos por descubrir, en público, que son su madre y su hermana las incitadoras del miserable escrito. ¿No sería ello agravar la situación de nuestra amiga con mayores ruidos y trastornos? Aconséjeme usted; diga cómo le parece que me debo conducir: estoy lleno de vacilaciones y cuidados.

—¿La quiere usted mucho?—indaga Julia, que ya se desliza, animosa, por la pendiente de la confidencia.

Pero el muchacho se recoge, aún.

—La quiero bastante—asegura—para que me asuste un poco la originalidad de su persona: no le conviene a una mujer singularizarse en España.

—Esta lo hará por demasiado niña. Su anhelo de renovación consiste en su activa y ardorosa niñez. Es una criatura recién hecha, solitaria, amaneciente como su nombre: crea usted que me produce una admiración llena de misericordia.

—También a mí.

—Dudo que encuentre al compañero decidido a sostenerla y guiarla hacia sus ideales.—Pensó añadir: ¡si fuera usted ese compañero!... Retrocede porque el doctor sonríe con impenetrable galantería:

—Será más práctico que ella procure descender hasta nosotros... Aunque excluyendo el ideal quede excluída la esperanza de lo sublime...

No sabe Julia qué decir. Hay un jugo amargo en la sonrisa del mozo, en su voz caldeada, en

su recatado semblante. La expansión que se abría para la señora y el caballero, se limita y se nubla: algún conflicto existe entre el alma de aquel hombre y la realidad presente:

—Veré cómo sigue la enferma antes de retirarme; ha dado la una—dice él, mirando su reloj, incómodo en la inesperada tirantez de la plática.

Y se dirigen silenciosos al inmediato gabinete, envuelto en benéfica penumbra, abierto uno de los balcones cerca de la cama. Se rebulle Aurora cuando le toman el pulso, trata de espabilarse, pero la domina el sopor de la fiebre: sacude la fragancia de su melena oscura en el almohadón, y nada más.

—Está lo mismo—susurra el médico—. Padece una destemplanza nerviosa intensa, una especie de trauma sensorio.

—¡Qué preocupación tan grande para míl—exclama Julia.

—No se apure. Yo no veo peligro ninguno en este momento. Es probable que la crisis dure muy poco. Dele toda el agua que quiera y la poción calmante. Y acuéstese, que también usted necesita descansar.

—Me echaré vestida algún rato.

—Yo vendré mañana a primera hora.

Aun le ve Julia inclinar la lumbre trémula de las pupilas sobre la cama y le sorprende en ellas un profundo enternecimiento.

Sale a despedirle. Margarita baja con él para abrir el portal. Y al volverse la señora a su habitación encuentra a doña Patricia amadrigada en un repliegue negro del pasillo.

—La esperaba a usted—murmura la vieja

con el acento agazapado y sinuoso—. No me puedo dormir: esto clama a Dios—y blande todavía el papel fatal haciéndose cruces—. Lo acabo de leer, todo, todo; ese hombre *la pierde si no se casa con ella.* Yo intervendré, si ustedes gustan; trato mucho a la mamá de Guillermito y daré buenos informes de la chica... por más que tengo una opinión muy contraria a las modas actuales y me parece que por ese camino...

A Julia se le acabaron el asombro y la paciencia. Oyó aquel discurso toda sobrecogida ante el fantasma de la bruja, que, en camisón y chancletas, torcido el bisoñé, causaba espanto. Pero no la permite concluir.

—¡Señora, a la cama!—le ordena con áspera resolución—. No la puedo atender; le ruego que me deje en paz.

—No es grano de anís lo que le brindo—gruñe doña Patricia, a solas en el corredor—. Tengo más influencias que usted.—Y clava los ojillos, punzantes como husos, en la puerta que la sevillana ha cerrado detrás de sí.

Margarita, que sube entonces, quiere, antes de acostarse, preguntar si se le ofrece algo a doña Julia.

—Nada, hija mía—responde la dama sin abrir. Y la chica, desde fuera, a escucho por la cerradura:

—¡Señora!... Abajo estaba don Severo esperando al doctor...

Así era verdad. Estuvo Moraleja toda la tarde lleno de brusca desazón, porque en casa de

Aurora no logró ser recibido cuando pretendía felicitar a la muchacha.

—Anda un poquillo endeble—le dijo doña Micaela—: es la emoción, los temores de algún mal resultado en lo que ha sucedido...

No sabía don Severo una palabra sobre tales cosas aludidas. Algo le contó la patrona, con cierta debilidad por aquel señor enigmático y taciturno, siempre tan correcto en su rareza, el cual preguntaba, a la vez, por Julia.

—Está con la señorita; tengo orden de no recibir a nadie, y no me atrevo...—Había sido advertida de que tampoco se le diese entrada a él.

Y afligido, helada su dicha reciente, ambuló por la calle de Fuencarral, a codazos con los numerosos transeuntes en la estrecha vía, asistido por el presentimiento de que otro amigo privilegiado conseguiría la audiencia que se le negaba; y, al fin, obtendría referencias terminantes de Aurora.

Incansable, dió mil rodeos por ambas aceras sin perder de vista al codiciado portal, hasta que vió salir al médico poco antes de atardecer. Le abordó impaciente, colmándole de preguntas, y por él supo, con exactos detalles, cuanto había ocurrido desde la exaltada ovación de la Universidad.

El pobre Moraleja caía de su alucinado placer, tan próximo, en el atosigo de una gran zozobra. No hubo, pues, las temidas exageraciones en lo que hablara la dulce doña Micaela, sino al contrario, un disimulo generoso, y la realidad, menos benigna que una sensible patrona de huéspedes, le remachaba los clavos de otra grave perturbación.

Con tan desnudo interés quiso averiguar todo lo referente a la muchacha, que, distraído, obcecado, llegó a decir, con risible naturalidad: *mi hija*, y el doctor no supo burlarse de él, porque se le impuso la conmovedora fuerza de semejante delirio.

Hablaba el padrastro con acento hundido y cavernoso, y, a pesar de ello, diríase que estrenaba las frases, claras y jóvenes, de poderío sobrenatural. Un manojo de brisas puras aireaba los conceptos y la entonación de aquel extraño lenguaje, mezcla de un espíritu inocente y de una religiosa insensatez.

Casal meditaba:—¡Qué cerca viven entre sí el enfermo y el santo!... ¡qué vecinas son la ingenuidad y la locura!...—Había tenido siempre a Moraleja por algo hipócrita y marrullero y entonces le observaba desconcertado, viéndole crecer límpidamente en novedad y beatitud. Descubría en él ese pasmo del hombre incivil que de pronto columbra la existencia de otra vida. Y era el manantial floreciente de un cariño lo que le abría horizontes insospechados y le transparentaba el corazón, antes oculto por egoísmos falaces.

Desde que el médico le consintió decir *mi hija* sin reirse ni desmentir el fascinante posesivo, don Severo se expresó con desembarazada amplitud, verboso, elocuente, feliz en medio de sus quebrantos.

Le daba Guillermo por el gusto, contándole maravillas de los procederes de Aurora, y de sus méritos. Y cada testimonio de aquella superioridad reconocida por el doctor en la muchacha, era un nudo en la cadena misteriosa que el padrastro se tejía.

Sin rebozo ya, desatado, insistente, como si tuviera hambre en la hartura de sus expansiones, se convertía en un espectáculo clínico para Guillermo, que tampoco se cansaba de estudiarle. Hasta que se despidieron en una esquina, citándose para después.

Porque deseaba Moraleja recibir de su amigo otras noticias más tarde. Le encareció mucho que recalara a las diez por el Café del Norte y separóse del mozo en la Red de San Luis con un fuerte apretón de manos, aleccionándole:

—Sí, doctorcito, sí; es útil, es necesario y bueno decir siempre la verdad, aunque parezca incomprensible; porque no hay una traición tan grande como la que nos hacemos a nosotros mismos deformándonos el sentimiento natural con ocultaciones y mentiras...

El médico se marchó seguro de que estaba madurando en el hombrecillo extravagante nada menos que un filósofo mixto de abstracción y locuacidad.

XI

EMBRIAGUEZ

INGUNO de los dos amigos acudió a la cita porque ambos se constituyeron en perseguidores de *El Ocaso*, tan pronto como sus audacias se gritaron en la calle.

Pero Moraleja llegó a la redacción, exigente y furibundo, cuando ya se le habían dado explicaciones a Casal, mediante la cesantía de Paco Rodríguez, puestas en claro las falsas especies que el repórter introdujo como *graves sucesos*, en la fogosa algarada estudiantil. Y don Severo supo, también, el origen de las dolosas expresiones que le costaban al cronista su destino.

De otra novedad le dieron allí cuenta. Estaba

detenido Jaime Solinde por haber asaltado, airadamente, las oficinas del periódico. Los que le vieron hacer uso del puntapié y el bastón, en disparatada acometida, le temieron porque sus fuerzas y su agilidad se multiplicaban hasta el punto de que varios hombres no conseguían dominarle: parecía un enajenado. Había perdido el noble incógnito de los amantes fieles, y su brusca exaltación masculina era producto de un carácter reconcentrado y austero, muy varonil.

La lectura de unas suposiciones perversas que comprometían a su amada con «el otro», fué para Jaime irresistible. Aun estaba el mediodía cerca de él, cuando Aurora les acogió en un saludo agradecido; el molde caliente de aquella dulce mano aun duraba en la suya con la tibia impresión de una ausencia transitoria. Y no podía soportar la idea de ver mancillado, sin venganza, el nombre adorable.

Conocía el abogado, como asiduo observador de hábitos y leyes, lo mal que sirven razones y derechos, si un contrario poder se lesiona en el triunfo de las buenas causas: ¡nada menos que el poder de un gran diario!

Y dolíale, además, de una manera ácidamente oscura, el miedo a que existiese de veras un compromiso entre Aurora y el doctor «buen mozo» del inverecundo reportaje, pareciéndole imposible que sin un sólido aspecto de consistencia se lanzaran a la publicidad tales infundios.

Luchando en lo angosto de sus dudas y aprensiones, Jaime Solinde, el recatado y comedido, logró todavía esconder su impulso frenético para buscar a la gente de *El Ocaso*.

Pero en la redacción le dijeron, torpemente, que sobre las supuestas erratas informativas de aquella tarde ya se había tratado con el señor Casal, única persona a quien se debían allí consideraciones; el único también autorizado para solicitar alguna reparación.

Entonces estallaba la ira del muchacho en un ciego torbellino de golpes y de insultos. Su ataque fué tan rápido y violento que los agredidos periodistas casi no se pudieron defender, y, desde luego, imaginaron habérselas con un demente o con un borracho en pleno delirio alcohólico. Cuando se le redujo ya estaba arrepentido de su arrebato, caído en una fatiga tenebrosa que aún le hacía pasar como enfermo irresponsable.

Alguien le reconoció allí.—Es hijo de Solinde el magistrado — se susurraba con sorpresa y desconcierto.

Subió la policía, se tomaron las primeras declaraciones, y Jaime salió, conducido por los guardias, entre cristales rotos, tinteros dados vuelta y hombres lastimados.

El estropicio dejó sin corbata al agresor, con la camisa en túrdigas y sin botones en el chaleco.

Poco después llegaba Moraleja al sitio del percance, muy cargado, igualmente, de sublevaciones y preguntas. Pero no estaban los ánimos para más impertinencias: la confusión y el enojo eran incapaces de recibir a las visitas.

Gracias a que don Severo pudo obtener muchos datos por cierto empleadillo del Instituto Nacional de Previsión, mezclado gratuitamente con los redactores del periódico y amigo del

infeliz Rodríguez. Aquel individuo, curioso y parlanchín, le contó los antecedentes y ocurrencias que de la nefanda crónica sabía.

A don Severo se le despertaron instintos criminales. Pensó ir a su casa y matar a su mujer, sólo a ella, porque, sin premeditarlo, alejaba un poco a Candidita en la repugnante conspiración contra Aurora. Quería hincar las uñas sanguinarias en la madre cruel, verla morir, bajo los más feroces suplicios, en un hospital, en la cárcel, en la horca... Evocaba, sañudo, todas las debilidades y miserias de doña Purificación, olvidando las suyas, y con el pensamiento en escorzo sobre lo vivido, execraba las turbias murmuraciones de la esposa, sus frases ruines que se extendían como sapos bullentes, su manera insana de rezar y de sentir; y, sobre todo, su aborrecimiento infame a la hija mayor, la señera y campeadora, fruto de un robo que al mismo don Severo le hizo la mala pécora, en siniestra coyunda con Miguel de España.

Porque hubo latrocinio prenatal en aquella anticipada simiente, un secuestro ultrahumano de la egregia flor destinada a otro padre... ¡Y se la quitaron para abandonarla y perderla!... Eso no podía ser; no sería. Estaba él allí asistido del antiguo derecho invencible; alerta y hazañoso al calor fundente de su esperanza...

Moraleja, que andaba en estas cavilaciones, agrio y presto hacia la calle de la Cruz, torció el rumbo como quien busca, de pronto, un desenlace al camino extraviado, para dirigirse a la Comisaría donde Jaime Solinde estaba detenido. Había resuelto encargarle, sin perder un minuto, su demanda de divorcio, aun dentro de las re-

calcitrantes leyes españolas. Y no pudo hablar con el abogado, que sufría incomunicación preventiva.

Eran las once. Volvió a casa de Aurora cuando cerraban el portal. Le dijeron que la enferma seguía lo mismo y que arriba quedaba el doctor.

Y paseando, como por la tarde, le aguardó, tercamente, hasta la una.

Ahora no transita gente por aquí. Se podría tomar al solitario rondador por un amante celoso, un espía, un maniático.

Va y viene con lentitud por el crucero de la calle; encuentra muy blancos los muros de las casas, muy lleno de blancura también el volumen de su corazón. No se explica estas rarezas y comprende que es inútil su deseo extraño de gritar.

Lucen entreabiertos, débilmente iluminados, los balcones que el paseante mira.

—Aquel de «ella»—se dice—está oscurecido por una pantalla azul. Conozco bien esa tenue claridad de oro filtrado, la penumbra celeste que no he visto más que allí.

Y don Severo recuerda, con apretada melancolía, que Aurora dijo, al vestir su cuarto de azul:

—El color del Amor.

—No—le discutía Julia, supersticiosa—, es el color del Dolor.

—Pongamos—dedujo la muchacha sonriente—el color de la Vida.

Entonces el padrastro se permitió añadir:

—Y el de los cielos...

Padece y goza Moraleja con las imaginaciones que le unen a la criatura «en litigio», y se persuade, cada vez más, de que es suya, por una especie de antoria voluntariosa que él se explica mágicamente.

Así el mito eficaz de la hija recuperada, se le yergue en vivo surtidor de emociones, al influjo de este aire veraniego que engorda en el espacio a la Luna.

Es la noche abrigada y limpia. En su cumbre tienen las estrellas bailadoras una calma sedante, como si estuvieran cansadas. Todo invita a un lánguido reposo.

El padre inquieto no se rinde. La sensibilidad, antes endurecida en su alma, se licua y surte con arroyos de fe que le mantienen en una cándida excitación nupcial, como el vuelo fértil de algunos animales. Es el suyo un estado primigenio de creación durante el cual hunde sus potencias inocentes, derretidas sobre las entrañas de una codicia absurda: la de reproducirse en aquel único y selecto brote humano que adora.

Y la paternidad anhelante de este hombre se trasluce en una mísera dolencia a un tiempo bárbara y pueril, como el deseo frondoso de un niño que a todo trance quiere poseer.

¡Qué alto ve hoy Moraleja el balcón de Aurora en el sosiego de la noche, con su pálida lucecilla de nube astral! Lo busca, embriagadamente, y por detrás de las cortinas azules se representa a la joven caída en su lecho febril, cerrados los ojos admirables, desvaído el tono de ámbar de la piel, acaso fija el ascua del pensamiento en

una meditación muy triste... Ella, la exaltadora de libertades justas y nobles, se consume inerte, sometida a la difamación y al ludibrio por su propia madre... ¡Estando él allí, tan cerca, lleno de osadías desaforadas y proyectos sublimes!...

Rechina un cerrojo; se abre el portal de enfrente, y a escape se junta don Severo con el amigo doctor, preguntando por Aurora.

—Queda muy postrada; sus nervios exquisitos se resisten a la dura prueba de este día vertiginoso, estúpido... Pero confío en que no se prolongue su mal. Es sana y fuerte; no hay cuidado, a mi parecer.

—Y valerosa como ninguna—añade el padrastro, honda y caldeada la voz—. Hay que ver lo que significa su propósito de liberar a las mujeres aquí, por sistemas legales, en un medio estrecho y mezquino, rutinario.

—Sí; la rebelión contra el ambiente enrarecido y común, es un síntoma de ejemplaridad... Lo que sucede es que, para no arrepentirse de haberla ejercitado, se necesita un tesón formidable, una voluntad que no todos poseemos.

—Ella sí.

—¿Cree usted?

—Lo presagio. Tiene el secreto de las excepciones.

—Que es un mal.

—No, señor; es una aristocracia: el don glorioso de añadir con aceite divino muchas lámparas terrenales.

—De la manera que usted dice, lo excepcional es sólo una jerarquía. Yo le veo muchos peligros en el caso de Aurora; por su rara situación

de alejamiento con la familia, por la casta suprema de sus condiciones. Había de serle muy angustioso el arrancarse desde un orden social tan recio y detenido como el español y aislar después su vida, sin salir de España. Ni creo que lo intente... Supongo que su discurso, extraordinario, se quedará en literatura, sin más consecuencias desgraciadas... ¡y no son pocas!

Habla el médico sentidamente, como quien alude a muchas cosas evitables en relación con la última jornada de su amiga, y pensando que don Severo ignora la parte más sensible.

Este, que escucha meditabundo, atravesado de penas y rencor en medio de tantas complicaciones, acaba por decir que «lo sabe todo»: el abuso informativo de *El Ocaso;* de dónde proceden sus denuncias tortuosas, y el sitio donde fué a parar Jaime Solinde luego de su acometida contra el periódico.

Nuevo disgusto, y de buen calibre, para el doctor esta última noticia. Desasosegado, casi hostil, prorrumpe:

—¿Lo ve usted?... Un escándalo encima de otro. Intromisiones, violencias, ganas de llamar la atención; ¿qué tendrá que ver Jaime en este asunto?

—Hombre, a mí me ha parecido muy bien lo que ha hecho.

—Pues a mí no—replica el mozo, dulcificándose—. Porque redunda en perjuicio de *su hija de usted* cuanto se recargue el episodio universitario de ayer.

Lo que de la chica se le atribuye en propiedad, enternece al padrastro, que transige.

—Tiene usted razón.

—Y usted debe aconsejar a Aurora que reserve su talento, que disimule sus aspiraciones, que guarde la superioridad de su carácter...

—¿Para quién?

Guillermo duda, vacila, y responde:

—Para los que no hemos de confundir, nunca, sus meritorios anhelos con ese «espíritu dominante» o instinto de actuación social, que determina un comienzo de neurosis, un estado patológico muy frecuente...

Moraleja torna a interrumpir:

—Eso me suena a lo que ustedes llaman «vulgarización científica».

—Es pura amistad.

—Puede ser...

—Usted está viendo que el pecado de la excepción, aun santamente cometido por una mujer, no lo perdonan aquí ni siquiera las madres y las hermanas.

—Por vulgares empedernidas—aduce don Severo, con el humor bronco.

—Son las que abundan.

—Le diré a usted; mi hija Cándida—distingue el padre muy enfático—habrá incurrido en alguna indiscreción bajo el interrogatorio hábil de Rodríguez: es ingenua y se la envuelve con facilidad. Pero quien ha excitado pasiones, celos y discordias entre las dos hermanas es mi terrible mujer.

—Encuentro natural que usted defienda a su hija, como una obligación cristiana que, sin duda, no se le impone respecto a la señora...

—A mí se me impone el deber de lo que siento, no de lo que me mandan sentir.

—¿Y los preceptos religiosos?—explora Ca-

sal, profundizando curiosamente en la conciencia de su amigo.

—¡Bah!... La religión que nos hace infelices... es incompleta.

—¡Don Severo!...

—No me haga usted caso—balbuce el hombre reprendido por aquel tono inflamado y grave—. No comprendo nada de lo que me sucede; sólo sé que en Aurora empieza una vida nueva para mí. Ambiciono esa vida... Y si es censurable desear por apetito, no lo es desear por ilusión... Creo que lo dice un poeta...

Habían llegado a casa de Guillermo, en la calle de Alcalá, y el joven al despedirse de su amigo no supo si debía consolarle; así de repente le vió caer en un hoyo de amargura.

—Se expresa usted de una manera tan diferente a la de antes...—soslaya compasivo.

—Es verdad... Yo soy el primero que me desconozco; pero me juzgo hoy mejor que ayer. Creo que la hipocresía, la práctica de simulaciones y apariencias, me ha servido para contrastar virtudes y perfidias, para adentrarme en el más tenebroso ejercicio de las traiciones... ¡Acaso sea imprescindible poseer el Mal para conseguir el Bien!...

—¿Lo ha conseguido? — inquiere Guillermo estupefacto.

—Aún no; todavía está lejos... Voy acercándome a él y se me escapa... Ando poco a poco, deseando correr, dándome tropezones...

—Y ¿desde cuándo?

—Ya lo sabe usted: desde que llegó *mi hija*, en cuanto la vi, al día siguiente era yo otro, con distinto criterio, cambiado el corazón, nueva la

existencia que para mí se articula en una imagen corporal y tiene luz, carne adentro, como Aurora.

Pronuncia don Severo el nombre amado con una inquieta elevación de plegaria, y se queda mudo, en éxtasis bajo la influencia de las sílabas luminosas que adquieren en su pensamiento un dramático sentido.

Hace un rato que está el doctor con la mano quieta en la llave de su portal.

—Hasta mañana—se despide entonces, sin más treguas. Y desaparece, contagiado por la exaltación enfermiza de su amigo, predispuesto a la tristeza y al insomnio.

—¿Qué clase de hombre es éste?—se interroga—y ¿adónde le lleva la encorvada ruta que emprende fuera de límites biológicos y sociales, a solas con los espíritus de un ensueño?

XII

LA PANTALLA AZUL

TRA vez calle arriba, resonantes las dos de la mañana con eco estilizado en los relojes públicos, Moraleja percibe los más sigilosos ruidos de la noche, que llegan enteros y sorprendentes, sin quebrarse en las aristas del tráfico civil.

Sus mismos pasos le envuelven en un son de extrañeza al repetirse sobre las losas urbanas, y el silencio, húmedo de luna, le cae encima como un sudor que insensiblemente le penetra de frío.

Pero aun le quedan antojos para asomarse a cierta esquina, desde cuyo lugar columbra el reflejo inmóvil de la pantalla azul. Un instante

lo mira con ansias de ladrón. Y en el rostro apergaminado se le contraen las arrugas en extraviada sonrisa, cuando, al fin, se dirige a su domicilio.

Entretanto, Aurora, desvelada en su modesto gabinete, sufre una crisis de tremenda inquietud.

Se había despertado, venciendo el sopor fatigoso de la calentura, vuelta a sus cavilaciones impacientes. Recordaba de una manera perentoria los gritos de *El Ocaso,* las palabras alarmantes de doña Patricia, la visible consternación de Julia y de Guillermo. Y le era preciso conocer toda la verdad acontecida. ¿Cómo enterarse pronto, ahora mismo, de lo que se le oculta?

Alza los párpados y desde su oprimida zozobra se hunde con benignidad en la afluencia de penumbra azul que tiñe la habitación. Es dulce allí el diseño de las cosas, atenuadas y suaves, curativas en su pálida mansedumbre, sin un perfil estridente, sin una mancha aguda, todo el cuarto diluído en la anilina del farol. ¿Para qué espumar las verdades, acaso terribles, con averiguaciones peligrosas?

Sería mejor cerrar los ojos, dormir; perder el hilo del mal recuerdo para despertar con salud y esperanza frente a un día menos ingrato.

Pero Aurora no se convence de esta necesidad. Al sentarse en la cama se resiente de la muñeca herida y se asusta de su vendaje blanco y tieso. No encuentra el reloj; no sabe qué hora es.

En el dormitorio de Julia, callado y recogido,

también hay luz: una lámpara de alabastro que sirve de perfumador. La puertecilla de escape está abierta. La joven se decide a buscar el periódico, a pesar suyo. Muy despacio llega hasta mirar por el falsete; ve que Julia, vestida, se ha dormido y que el diabólico papel yace de bruces en el suelo. Lo toma con muchas precauciones, se tiende en la cama y lee, de un tirón, agitadísima, el bochornoso escrito de Paco Rodríguez... Aquel retrato de ella lo tenía su madre; aquellas patrañas venenosas, trascienden, sin posible discusión, desde la calle de la Cruz...

Mareada, aturdida, la enferma se acurruca bajo su edredón, sin rechistar, se esconde, y al mismo tiempo se persigue anhelando saber si sueña, si delira o se vuelve loca.

Al revés del marido acusador, ella quisiera recriminar sólo a Cándida, aislando a su madre en la culpa, monstruosa como un sacrilegio. ¡Su madre!... La tuvo por ajena y enemiga, la vió inasequible, y, de pronto, se niega a encontrarla dentro de la excesiva calumnia, en la conjuración deshonrosa, impune y brutal. ¡Su madre!... ¡Cuánto la necesitaba, hoy precisamente, al sentirse cohibida, incrédula, por única vez, ante la propia juventud habitada con tanta holgura hasta el día anterior!...

Aurora, dudando de sí misma, piensa que acaso empiece a existir como una mujer desde estas pruebas inesperadas; sin duda su orgullo superlativo de vivirse y recrearse en la Vida, era sólo una candorosa niñez, una extática vanidad, que ya se acabó. Y hoy da comienzo a otras jornadas más intensas y difíciles, más reales.

Acaso principie aquí su verdadera pubertad,

la enconada lucha contra toda suerte de enemigos, descubiertos y ocultos; contra pasiones y escollos de muchas clases; eso que se llama hacer «vida de relación», y que, por lo visto, consiste en integrarse a la masa común, con el mayor secreto; nada de sobresalir ni de aparecer. Estamos en la época de las multitudes, de las pluralidades y los vulgos, y ese reciente mujerío que se desplaza a la conquista de sus derechos, no deja de sentir el antiguo placer del rebaño; dentro de su bullicio y sus modernas posturas; con mínimas excepciones, dolorosas, que no conviene imitar...

La muchacha ha caído en una especie de sueño premonitorio y ve a unas pocas mujeres debatirse fuera del redil, empeñadas en saltar lejos de su sombra, hasta donde el Sol *sale para todos.* Algunos hombres les ayudan generosamente, los más cultos, los más buenos; pero la mayoría de sus compañeras las persiguen con inmediatos augurios pavorosos y eternas amenazas, en nombre de una moral reptante y oscura, o de un criterio ancestral, irreductible. Y las pobrecitas excepciones salen de la contienda trastornadas y heridas, con sangrientos vendajes en las manos, el honor en litigio, y la brava historia de sus anhelos convertida en folletín de los papeles públicos...

En su penoso estado de trance, Aurora de España se contempla al través de aquellas mujeres sacrificadas, víctimas heroicas de su personalidad. Y fluctúa entre revelarse con ellas y subir sus deseos sobre todos los atavismos humanos, o anihilarse y desaparecer en la muchedumbre ramplona, signo de los tiempos actua-

les, irreverentes mayorías congestionadas de pequeños individualismos, cada uno con presunciones de especialidad...

Le atosigan a la enferma la ropa y la calentura; se ha encogido entre las sábanas, vidente y sensitiva, como en un remanso de miedo, y le falta la respiración. Procura erguirse y reanimarse con instintivo impulso. En la animada oscuridad de sus ojos, abiertos, vuelven a relucir las imágenes conocidas: el armarito de luna, la mesa de trabajo, los taburetes elegantes, cuadros y tapices en los muros, libros, muchos libros en una hilera de estanterías y, aquí, en el soporte de la lámpara, que sirve de costurero, unos guantes largos de gamuza. ¿De quién son?

—No son míos—se dice la muchacha contestándose interiormente. Estira su brazo libre, los atrae hacia sí, y continúa: —Son de Guillermo.

Un vivo rubor, extraño, la sofoca, no sabe por qué. Le parece que sus manos vacías se llenan de algún tesoro: ignora cuál. Sonríe, aspira con deleite un buche del aire puro que entra por el balcón, y coloca los guantes debajo de su almohada con mucho esmero.

Pero no dura aquel relativo goce de la enferma, que torna a recelar del porvenir. ¿Qué debe hacer? ¿Esforzar el tono ascendente de su espíritu y seguir la dirección emprendida hasta donde la lleve su fortuna, o aceptar las evidencias convencionales de lo mediocre y rendirse a un amor doméstico y rutinario antes de engrandecerle y luchar por él?

El nombre de Guillermo se queda prendido a estas vacilaciones como personificación del esposo que surte detrás de ellas. Bien sabe

Aurora que el médico la quiere de amor, aunque no se lo exprese con palabras aturdidas, como Jaime. Es decir: la quería ayer. Hoy, si ha leído las deshonribles conjeturas que a voces la ofenden, ¿será capaz de vengarla y de quererla?

—Y si no, ¿qué importa?—se arguye la muchacha—. Yo no me enamoro de él... todavía.

Un suspiro elocuente rompe el tácito soliloquio que la desvela, insumisa y febril. En la ardiente constelación de sus recuerdos, bullen y se desmesuran el rostro de su madre y de su hermana, el encanto bondadoso de Julia Rey, el porte gentil de Guillermo Casal, y, más lejanos y confusos, los gestos y ademanes de mucha gente conocida; gritos, pregones, alborotos: ninguna memoria de Jaime y don Severo.

Entra la noche empinada y radiante por la abertura de las vidrieras, con un bando de soles y un poco de ese viento fuerte y alto que suele ser vecino de las águilas...

Aurora está dormida. Sueña con el cielo que acaba de admirar, pero no es el mismo. Se ha poblado de tumultos, sones llenos de terror que la mujer lleva en su propia alma. La tensión de las nubes, la siniestra sonrisa del relámpago, sombras afines del misterio y de la muerte, se unen en el celaje onírico de la moza, que desde su alucinación escucha el cantar metálico de unas campanas: es el ángelus en la iglesia de San Luis.

—¡Tengo sed!—implora, con el acento ronco de su duermevela espantable.

—Toma, bebe—le dicen al punto. Y Julia, descontenta, escalofriada, le sirve la poción medicinal y se reprocha:

—Me he dormido como un trompo... ¡qué atrocidad! Soy una fiera para el descanso... Pero hace un ratito que estoy aquí: soñabas...

—Con una tormenta atroz.

—¿Más rayos y truenos querías?—prorrumpe la andaluza, que sorprende agachado en la alfombra al periódico injuriador. Pone encima de él, con saña, sus menudas zapatillas, y observa si Aurora da señales de haberlo leído.

No se acuerda bien la muchacha de nada concreto. Ha despertado con la punzante seguridad de que es infeliz y la crispatura de esta idea le duele en el corazón.

—¿Rayos y truenos?—repite maquinalmente.

—En el cielo no, hijita; aquí, en este pícaro mundo es donde los hay.

El papel, triturado por las lindas babuchas, cruje y se revuelve.

—¡Ah, sí, tiene usted razón!... Ya me acuerdo... He visto la crónica de Paco Rodríguez. Usted me engañaba por caridad; gracias: ¡qué buena es usted!

—Y tengo la culpa de que te hayas enterado, ¡por dormilona y descuidada!

—Si lo había de saber, cuanto antes mejor.

Se miran a los ojos en larga pregunta, silenciosa.

—Lo que usted sospecha yo también lo supongo... y me horroriza—balbuce la joven—. ¿Se ha enterado Guillermo?—sus pupilas fluyen alumbradoras como una llama.

Julia se conmueve y le exagera cuantos pormenores sensacionales puedan servirle de lenitivo en su tribulación, añadiendo promesas de venturas y desagravios. Su palabra, minuciosa

y dúctil, repercute sedativa en el estupor lancinante de la enferma, que acaba por sentir más flojos los nervios y más tirantes los ánimos.

—No te conviene hablar—le dice la señora consultando el termómetro que le había puesto—. Treinta y nueve—registra—. Es menester que te tranquilices mucho y duermas con sosiego para que te baje la temperatura y *tu doctor* te encuentre repuesta.

Aurora sonríe a la frase cariñosamente subrayada y, obediente, cierra los ojos esperando el sueño reparador.

En cambio Julia Rey trata de no dormirse, acusándose de imprevisora, temiendo seriamente por la salud de su amiga, quizás perjudicada con la lectura aborrecible de aquella noche.

Habrá que tener sumo cuidado con esta niña fogosa y resuelta, que, por añadidura, es un ser tierno y quebradizo, de puro sensible; muy capaz de todos los sentimientos y de todas las alegrías... Alta pone la flecha de sus propósitos: ¿tendrá valor para mantenerlos?

La duda natural de las inteligencias curiosas pica en la dama y la confunde. Sabe que su protegida sería temible estando enamorada porque anhelaría levantar su amor a un grado de exquisitez invulnerable, trabajándolo como una artista, mereciéndolo como una santa. —Eso no se usa; «está fuera de la realidad»—se advierte la señora, a sabiendas de que repite una tontería—. Pero es muy bonito, precioso, único... ¡y casi imposible!...

El pensamiento se le encrespa lleno y ancho

como un torrente, evocando las ocasiones en que hubiese querido hacer de su vida una cosa muy bella y original: —¡Locura... locura!...—se dice melancólicamente—. Aurora desconoce, aún, ese egoísmo del esfuerzo que tiende a existir más que a progresar; pero las lecciones de la experiencia le obligarán, de un modo insensible, a cobijarse en él, resignada y aburrida como yo...

El sano pesimismo de Julia no carece de lógica, y ante los desengaños primeros de su amiga, la dama se aflige lamentando otros muchos que la esperan, sufriendo por la maravillosa diversión de aquel espíritu colmado de fortaleza y de ansiedad...

Ya se acentúa el temprano amanecer; las lejanías se arropan en una niebla clara; se pierden en el cielo las huellas de los astros. Y Julia, fascinada junto al balcón, asiste al orto de esta lumbre, misteriosa como todo nacimiento, que llega a Madrid con su día inmutable.

XIII

RITMO DE GALOPE

Había tomado Julia Rey muchas resoluciones durante su velada cerca de Aurora, sobre todo en la amanecida resplandeciente. Diríase que el primer sol, rubio y ardoroso, que le hizo entornar cortinas y persianas, la favoreció con luces especiales.

Venía ella estudiando al médico galán con mucho interés, y le notaba una mezcla indefinible de hielo y de pasión con respecto a su amiga, como si algo en ella le detuviese y algo más le enamorase.

De la última conversación que sostuvieron por la noche, sacaba la señora en consecuencia que a Guillermo Casal le retraía la descollante

plenitud de la muchacha, en todos sus aspectos. Temía, sin duda, un destino borrascoso compartiéndolo con aquella mujer de tanto lujo anímico y naturaleza tan soberana, y al mismo tiempo sentíase enardecido por la excelsa novedad de la criatura.

Parecía indudable que el joven doctor, virtualmente prendado de la niña, vacilaría en casarse con ella. Julia, que es muy lince, casi le oye pensar con miedo en la castiza frase: *¡Es mucha mujer!...* Y se propone que aquella imaginada boda no se quede por el exceso de buenas cualidades que la doctorcita descubre. No; hay que disimulárselas y hacer constar que, por lo humanamente completa, hasta tiene defectos. Mal se ve la censora para encontrarlos porque profesa grande admiración a su protegida; pero al fin deduce que es un poco maniática, en ocasiones. Por ejemplo: con su padre político, a quien debe muchas deferencias y mercedes, se conduce como arisca y huidora; le ha tomado repugnancia, lo cual no deja de ser una ingratitud... Además tiene la chica un exagerado deseo de *poder*, aunque bien entendido y noble muy azaroso. ¡Será preciso cortarle las alas!...

Julia suspira, profundamente triste, al decidir la poda de aquel vuelo que tantas veces ha sido suyo. ¡Pobre niña!—lamenta volviendo a padecer el propio descontento.

Pero la vida se impone: hay que vivir a trueque de no progresar. Y la dama, por instinto de conservación, coincide con las moderadas teorías del médico, que para esposa quiere una mujer «sin pretensiones», aunque le seduzca lo desconocido y exótico...

Decide Julia transigir con doña Patricia, que frecuenta la casa de Guillermo y puede convertirse en enemigo de Aurora. Y amistar a ésta con su familia siquiera exteriormente; hace mal efecto aquella desunión, en perjuicio de la muchacha.

Entre planes y resquemores, ve la señora medrar el día y la voz de los mecanismos ruidosos que sube de la calle como una marejada equinoccial hasta ensordecer cada movimiento domiciliario y producir la sensación de que están mudas las habitaciones.

Así los periódicos mañaneros entran callandito en el gabinete de la sevillana, insistiendo en el asunto que a ella le preocupa... «El abogado Jaime Solinde fué detenido anoche, y más tarde puesto en libertad, bajo fianza, por las agresiones y desmanes que cometió en las oficinas de *El Ocaso* con motivo...», etc., etc.

La explicación terminaba con alusiones a la «bella señorita» promovedora de los consabidos disturbios en la Universidad. No se decía el nombre: la prensa glosaba el epílogo de aquel suceso sin cebarse demasiado en la «mujer fatal», gratuitamente señalada como protagonista de la trifulca...

Se despertaba Aurora cuando llegó el doctor con un flamante diario en el bolsillo. Contra lo que Julia temía, no demuestra Guillermo un disgusto mayor; antes se le juzgaría estimulado por la pública rivalidad que Jaime le ocasiona.

Está la enferma aliviada después del apacible sueño; la herida de la mano se le sonrosa en período de cicatriz, y a las afables preguntas sobre su estado general, insinúa:

—Me duele algo en el pecho.

—Vamos a ver—dice el doctor retirándole suavemente el embozo y el pyjama. Descubre la carne dorada y firme como una tierra candente; aplica el estetoscopio, escucha, y mira sin querer. Mira, devorador, encendido por el barro maduro y escultural, apenas ardoroso y brillante, como si el calor del verano joven le empezase a invadir.

A los labios de la muchacha acude un nítido temblor y el médico supone que besar aquella boca sería lo mismo que caer en lo insondable. Le amedrenta y le seduce la esplendidez absoluta de su amiga. Cierra los ojos como para escuchar mejor, y al cabo diagnostica trémulamente:

—Nada, nada; está muy bien.

Hace que la enferma cambie de postura y repite la auscultación. Le había parecido oír un ligero soplo cardíaco después del «gran silencio»; pero no comprueba el estremecimiento *catario*, ni el desdoble de los tonos, que son normales y seguros.

—Nada; está muy bien—insiste—. Necesita quietud, mucho reposo; no leer ni estudiar. Y mañana salir un rato en coche.

En aquel instante alguien toca en la puerta.

—La señorita Julia que haga el favor...

Aprovecha Aurora estos minutos de soledad para devolver a Guillermo sus guantes.

—Los dejó usted aquí...

—Pero no debajo de esa almohada—responde él, sorprendido, deslumbrado.

—Es que los guardé para que no se extraviasen... ¡Anda todo tan revuelto por ahí, desde ayer!...

El muchacho inclina su elevada estatura sobre el lecho, muy bajito, para recoger la prenda y exclamar, súbitamente:

—¡Niña de mi alma!...

No dice más. Ella recibe la elocuente exclamación como frase descansadora mucho tiempo aguardada y oprimida, que de pronto vuela y se columpia entre ambos. Y tanto palidece que la piel se le enfría, desangrada, lo mismo que si su cálido matiz habitual estuviese tocado por el pincel de la tragedia. Entonces el médico añade con indómita pasión:

—Confía en mí. Yo te curaré y seremos muy felices: ¡ya verás!

Desde su silencio oye Aurora correr estas palabras como un río largo y dulce que la refresca y alivia. Sus ojos, serios, grávidos de preguntas, son los únicos que responden.

El tácito pretendiente, convertido en novio con esta prontitud inesperada y sencilla, adquiere la insinuación altanera, vigorosa, de un hombre agobiado por difícil secreto que se encuentra de improviso libre de su carga.

Y como la expresión de Aurora es tan macerada y profunda, él quiere aligerar, también, la pesadumbre que la muchacha enseña en sus facciones, teñidas de sentimiento.

—¡No pienses en nada!—le suplica, sin acordarse de que pensar es una divina acción inherente a los escogidos.

Vuelve Julia Rey y, a primera vista, distingue un cambio de semblantes y actitudes, más cristalino en Aurora que en Guillermo.

—¿Hay algo de particular?—indaga solícita.

El doctor, que sigue con el estetoscopio en la

mano, alude, con algún azoramiento, para dar a su respuesta mayor solidez:

—Quizá tenga Aurora en el corazón, alternativamente, un ritmo de galope, sin importancia. Que no se asuste por eso; puede obedecer a un poco de neurastenia, a un residuo emocional; desde luego es una alteración frecuente, benigna...

—¿Y la temperatura?

—Casi bien.

—Pues tiene usted otra enferma en la casa.

—¿Sí?

—Doña Patricia ha pasado mala noche y me llamaron para decirme que desea verle.

Un «hasta luego» vibrante y pausado del doctor, unido a su mirada amorosamente descubierta, dan fin a la consulta, sin que Aurora inicie más que un movimiento: el que cabe en una sonrisa.

Crecen allá abajo las horas entre el estampido constante de los vehículos, cuando sube Moraleja acribillado de rumores y pretende saludar a su hijastra.

—Debes recibirle — opina Julia—; ¡ha venido tantas veces a preguntar por ti!

—Es que se queda mucho tiempo y me cansa— discute Aurora, que no ha querido levantarse y continúa caída, con el rostro demudado como si convaleciese de una larga dolencia.

—No; es que te disgusta, simplemente, y me da pena que lo conozca.

La muchacha intenta acoger las indicaciones de su amiga y complacerse en sus mimos.

—Podíamos hacer un convenio—supone—; usted que es tan buena y compasiva, le recibe en

su cuarto, le da conversación, y él, antes de marcharse, entra aquí un ratito, ¿quiere usted?... ¿es mucho pedir?

Julia sonríe, observadora, perspicaz, intrigada por ciertas novedades que percibe y olfatea.

—Sí, mujer—accede—; pero luego, en compensación, tú, a solas, me explicarás lo que significa, en lenguaje corriente y llano, eso del *ritmo de galope;* que, la verdad, me tiene en ascuas desde que se fué hoy nuestro doctor.

—Se lo explicaré... según yo lo entiendo—promete Aurora con afán que madura en el calor inusitado de sus palabras.

—Convenido. Y prepárate a escuchar si te aburres. Dejaré abierta la puertecilla, que acaso te interese algo de lo que oigas...

XIV

LA ZURCIDORA

Poco después charlaban amistosamente la dama y el caballero: él, muy agradecido a la benévola intervención de aquella señora tan guapa, andaluza como la inolvidable Sagrario; ella, procurando llevar su fino palique a exploraciones que le convienen. Le urge averiguar muchas cosas y poner los puntos sobre ciertos problemas íntimamente relacionados con su protegida. Buena es la ocasión porque saben que la interesada escucha, y cuanto digan ha de tener una resonante transparencia.

—No me gusta que Aurora se quede así, desfamiliarizada, solita como un hongo—expone

Julia—; no, señor; hay que arreglar este asunto.

—¿Qué?—y don Severo da un salto en la butaca—. ¿Arreglarlo?... ¿Cómo?... ¡Es imposible!

—¡Vaya! Otras empresas habrá mayores.

—¿Después de la última hazaña? Pero... ¿usted sabe?...

—Sí, hombre, sí.

—¿Entonces?

—Debemos aparentar ignorancia. Al cabo todo puede quedarse en conjeturas. Imagine usted que el gran Rodríguez ha pedido el retrato de Aurora con un fin laudatorio y que únicamente para eso se le ha dado Cándida; sin hacer ninguna torpe indicación ni sugerir una sola de las perversas noticias que se publicaron anoche...

Aquí la voz suave de la dama se endurece, tirante, y acorta Moraleja la suya, alterado, medroso.

—¡Chist!... ¡Por Dios!... Se va a enterar.

Y con la mirada empuja la puertecilla de escape.

—Está ya enteradísima.

—¿De todo?

—En absoluto.

—¡Qué horror!—Hay un fuerte sacudimiento en el hombre; se le agranda el cuévano de los ojos, y balbuce:—¡Pobre criatura!... Este no es un caso de perdón y olvido. No; ¡imposible, imposible!

La tranquilidad relativa de Julia contrasta con aquella desbordante cólera.

—De perdón, sí—responde la dama, que ha tomado una tela de su cesto de costura—, porque somos cristianos. De olvido... ya es más difícil.

Pero si esas señoras variasen de actitud, yo supongo, confío en que Aurora, por el bien parecer, aceptaría las paces, acaso la intimidad con ellas...

—No, no—interrumpe don Severo—. Yo las conozco; sé que no pueden variar; ¡si hasta renuncian al disimulo de lo innoble!—ahora no insiste en disculpar a Cándida, antes vitupera y acusa pluralmente—. ¡Si están orgullosas de su vulgaridad!... ¡si tienen el impudor de lo grotesco!...

—¡Vamos, no exagere! Usted mismo es un plausible testimonio de lo que puede mudar una persona. Y de prisa: doy fe de ello. Le trato a usted hace pocos meses y cada día le veo transformarse.

—Es que únicamente los muertos resucitan—pronuncia Moraleja conmovido y grave.

—¿Tan difunto estaba usted?

—Como que asistimos a mi resurrección.

Julia Rey atisba un punto cómico en la solemnidad con que se expresa el individuo ayer abocetado y confuso, hoy pródigo de un alma que va echando por delante. Frunce él su hosco entrecejo de misántropo y recuerda, con acendrada exactitud, en la cual todo es enigma brujo y estremecedor:

—Me parece que he vivido siempre de noche, mirando las cosas dormidas...

—¿Y ha despertado usted?

—Sí; cuando llegó la hija ausente—murmura el padre en una reverencia. Se nota que arrodilla su pensamiento ante la joven con humilde genuflexión de la carne hacia el espíritu.

En el próximo gabinete se rebulle, nerviosa,

la mujer saludada así, como una recién nacida. Y Julia también se inquieta, con algo de susto. No había oído nunca hablar a don Severo en tal forma de obstinación y arrojo. Quiso dirigirle el discurso por más consciente vía y le susurró:

—Hay que atenerse a las verdades, y si son amargas procurar que no repugnen demasiado.

Tuvo Moraleja una contestación pronta y audaz:

—Sí; la rutina de conformarse cada uno con su suerte.

—Y con sus hijos.

—Nuestros, si no caemos en la imperdonable flaqueza de ligarnos a mujeres inferiores, y de impedir, con semejante debilidad, que se hereden el talento congénito y otras virtudes progresivas de la Especie.

Julia observa con desconfianza a su amigo, como a un ente anómalo de índole peligrosa. ¿Es que presume de criatura inmaculada? Le ve insignificante y opaco, y se maravilla de que salga al encuentro de la sospecha, con aire lúcido.

—No hablo por mí; soy nadie. Apenas inicio la fantástica travesía que existe desde el gusano hasta el hombre, o más bien hasta el superhombre, cuyo destino es colaborar en la obra de Dios... Sin embargo, se me ha de conceder la posibilidad de que en una larva sueñe una mariposa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que yo, mísero embrión de perfecciones, soy capaz de tener un anhelo grandioso.

—No cabe duda—admite la señora, descon-

certada—. Pero nos apartamos de la conversación.

—¡Ah!, sí; íbamos en que la paternidad, solamente física, tiene escaso mérito; porque vale mucho más el espíritu que la sangre.

—Conformes; y darán buen fruto esas alianzas siempre que el hijo adoptado abunde en idénticas teorías que el papá.

—Eso es.

—Pues no íbamos en «eso»; íbamos en lo de herencias y matrimonios, tirando a la pobre Eugenesia, tan manoseada y convertida ahora en cabeza de turco; sino que usted se escurre con facilidad por los caminos de su chifladura. Seamos claros; entre disquisiciones y circunloquios a lo que usted va es a repetir que se siente padre de Aurora.

—Yo...

Julia se pone en guardia contra el verbo raudaloso y un tanto superrealista de Moraleja.

—Escuche— le dice—; no tengo tiempo de meterme en honduras y necesito el apoyo de usted para que Aurora viva otra vez con su madre.

—No hay tal madre suya.

—Déjese de comentarios filosóficos: la ha parido y es tan hija de ella como la otra.

—La otra es su retrato, con la acentuación de los estigmas comunes a la mesnada cocinera; y la quiere con egolatría, como a su propia imagen, el segundo tomo de su edición animal... A «ésta» no la sabe conocer porque la envidia, la teme, la odia...

—¡Luego dirán ustedes de los andaluces!... ¡Vaya un modo de fantasear los señores de Valladolid!—desliza Julia, conteniendo a su inter-

locutor, con apariencia de broma, para no darle mucha importancia—. Mire: usted es muy exaltado y pesimista; un nuevo rebelde, como pudiera ser un nuevo rico, y le viene holgado el uniforme de arrogancias al por mayor. Atiéndame un poco. Yo regreso ya de largos viajes imprudentes a las cosas extremas y soñadas, a los países ilusorios; y me he vuelto conservadora, acomodaticia. Estoy, cuando es menester, por las composturas y hasta por los remiendos.

—En este caso, acomodarse significaría descender, y el que tiene, como Aurora, arrestos para subir a las mayores alturas, sería imperdonable que se humillara tanto.

—Es que la mejor prueba de una valentía a veces no consiste en la rebelión, sino en la conformidad.

Algo, semejante a un suspiro, llega sensiblemente desde la habitación contigua: acaso el pulso de un alma que se constriñe y apura. Don Severo, captador, zahorí, une con este alerta psíquico la sublevación de su carácter, y prosigue:

—Mediando injurias como las que padecemos aquí, no hay acomodación que valga.

—Se inventa—arguye Julia irreductible. Y se aplica a su labor como si en cada puntada fuese cosiendo el parentesco roto que pretende unir—. Yo no he reñido con doña Pura; iré a verla, le hablaré al corazón...

—No lo tiene.

—Calle usted y permítame acabar. Le hablaré a la conciencia...

—Tampoco...

—¡Hombre de Dios!... No me interrumpa: algo ha de tener.

—Sí; grasa, bolsillo, aspiraciones al hartazgo material...

Es Julia quien suspira en este momento, buscando aire a su elocuencia y a su argumentación; porque reconoce que la del contrincante es fiel. «Si un loco persiste en su locura, está en camino de hacerse un sabio», recuerda. Y concluye en voz alta:

—Pues hay que hablar con esa mujer; yo tengo que ausentarme de Madrid y es necesario que Aurora quede bien autorizada y atendida: precisamente por lo que de ella se ha dicho.

Moraleja no se convence. Discute, repite sus condenaciones.

—Vamos a perder las amistades—hostiga la señora. Y él se quiere resignar para asirse a este lazo de unión con la muchacha.

—No se marchará usted en seguida—teme.

—Si Aurora sigue bien, debo estar en Burgos a fines de la semana próxima. Usted sabe que mi hermana, única, me espera hace tiempo, con poca salud; y he prometido ir.

El padrastro medita, esforzándose en resolver, inseguros los ojos, batiente la mandíbula inferior, que se le adelanta como un rasgo enérgico. Y la dama, viéndole deseoso de transigir, dice, en un medio tono confidencial:

—La estancia de la niña con su madre pudiera ser breve... hasta que se case, por ejemplo.

—¿Con quién?

—¡Qué sé yo!... Con cualquiera de sus pretendientes actuales.

—¿Guillermo Casal?

—Tal vez.

—Es muy poco hombre para ella.

—Antes le gustaba a usted mucho.

—Y me gusta; pero no la merece. Estos días le oigo en la intimidad y me va pareciendo «uno de tantos». No creo que se porta muy bien en ese feo asunto del periódico.

Julia traga saliva, cose, enreda el hilo.

—A veces—colige—a las murmuraciones se les ataca mejor con el desprecio que con la réplica.

—Las dos cosas juntas son más eficaces, pero se ejercitan así cuando al egoísmo se impone el corazón. Ya ve usted como Solinde corrió a defender el nombre de su amiga a puñetazos, a cara descubierta, sin prejuicios ni escapatorias.

—¡Chist!... Ella no lo sabe—advierte a escucho la dama.

—Pues lo debía saber.

—Tiempo habrá. No compliquemos aún la situación. Bastante siento que lo diga hoy la prensa; que no se terminen las habladurías y las suposiciones con este motivo. Y todo ello nos fuerza a decidir que ustedes se unan en paz y gracia de Dios, siquiera aparentes, en beneficio de la chica.

—¿Yo también?

—¡Claro está!

—¡Ay Julia!... Es indudable que los días malos engendran malos pensamientos... Usted sufre y se obstina en olvidar que mi mujer ignora los gestos dignos; que en ella se aniquila todo buen propósito... si alguno le pasara por la mente.

Dispuesta a zurcir los caminos de Aurora, de un modo provisional, claudica la dama:—Busquemos entonces al *vil interés*. Doña Pura se

queja de que usted les ha señalado una pensión insuficiente. Ofrézcale más; el doble, el triple.—Y viendo a su amigo irresoluto, añade Julia incitadora:—Tendrá usted el goce de comprarle a *su hija* una ficción de hogar.

—A *mi hija*, sí—acepta el maniático vencido en el hábil soborno—. Por ella hasta me atrevería a reunirme con «esa mujer».

La expresión se le desmesura a don Severo mediante su repentina capacidad de heroísmo. Y se pone de pie con la frente llena de ansias, violento el oleaje en el agua de las pupilas.—Sí—repite—, lo intentaremos ya que usted lo juzga necesario. Pensaré la mejor manera de conseguirlo con la garantía de que Aurora sea bien tratada: por dinero no se ha de quedar, por mi sumisión tampoco... No obstante, dudo...

—Yo daré los primeros pasos—advierte Julia—; descanse en mí y no se preocupe hasta que yo le avise.

—Perfectamente.

—Venga a saludar a la niña.

La gentil sevillana, antecediendo a Moraleja por el falsete, lleva un ademán que solicita el beneplácito de Aurora; la cual envuelve su disgusto obligada por el tácito ruego de Julia y también por los ojos transidos de lágrimas que se le echan encima.

—¿Cómo estás?—acucia el dueño de aquella pobre mirada, jubilosa y anhelante. Le suena el acento ronco y húmedo; la ternura y el llanto apenas dan sitio a las palabras corteses que pretendían salir muy naturales.

No supo Aurora en qué parcelas interiores del sentimiento halló, de pronto, una amable

11

tolerancia para mitigar su antipatía hacia el padrastro. Respondióle con dulzura, hasta con un poco de emoción, y sintió él, divinamente, el roce de aquel ánima esquiva, un instante inclinada a reducirse y confiarse.

Iba don Severo a decir sus esperanzas, surgentes como una oración que se desborda, cuando Julia le detuvo encarrilándole con afabilidad a una discreta despedida.

Y se marchó el visitante recogiendo su optimismo en un latinajo oportuno: *ad augusta per angusta.*

Bajaba la escalera trémulo y sentencioso, muy alegre.

—Conque, vamos a ver... ¿qué era eso del «ritmo de galope»?; dime, niña; estoy muerta de curiosidad—reclama Julia Rey, sentándose junto a Aurora después que se marchó don Severo.

—Antes explíqueme usted qué es lo que trama con ese buen señor—condiciona la joven, entre alarmada y resentida por lo que ha oído y no comprende: ¿un pacto con su madre?, ¿un regreso a casa de Moraleja?... Y sin consultárselo... ¿Por qué?

—Porque, figúrate que tuvieras novio—admite la señora con ágil artificio—; parecería mal que te quedaras sola con él.

—¡Sola con él!—repite Aurora. Tiene en los ojos ese azoramiento de las aves de altanería que bajan de repente sobre la tierra en un vuelo agachado, con la humilde angustia de los seres heridos—. Hace mucho tiempo que vivo sola—musita.

—Pero, en esta ocasión...

—¿Usted ya sabe?...

—Supongo.

—¿Qué?

Es tan afilada la ansiedad de las interrogaciones, que a Julia le lastiman como algo extrañamente doloroso: llevan consigo el sobresalto donde concluye una niñez libre y dinámica, hieren con las primeras voces del Amor que clava la punta de su grito en el cielo.

—¿Qué?—insiste Aurora, sin norte en la madrugada, todavía oscura, de su nueva conciencia.

—Me parece que Guillermo Casal es tu novio.

—¡Ay Julia!—implora la muchacha abrazando a su amiga.

—Dime, ¿lo es?

—Creo que sí.

—¿Y le quieres mucho?... ¿galopa muy de prisa tu corazón?

—A escape. Me duele y me causa miedo.

Julia siente, abismada y triste, el raudo golpe de aquel pecho que se inclina sobre ella. Está escuchando, una vez más, el acento de Dios, resonante desde el primer ritmo de la Vida...

XV

GLOBOS CAUTIVOS

La esposa de Moraleja recibe a Julia Rey con grandes exclamaciones de sentimiento y escándalo por lo que había ruidosamente acontecido.

—¡Es lo peor, que las cosas se divulguen, que se cuenten en públicol—lamentaba con las manos en la cabeza.

—No, señora: lo peor es hacer el mal, decirlo es lo de menos—repuso la sevillana, en firme tono. Y como no le convenía reñir, soslayó evasiva, sonriente:—Cuando se dice y no se hace... entonces prospera la calumnia, como ahora. Pero la echaremos encima del valiente Rodríguez... Y cada cual con lo suyo ante la propia conciencia.

—¡Ay!, mire; hemos sufrido con ese joven un desengaño horroroso... Por cierto que... verá..., oiga usted..., debo decirle...

Doña Pura se acalora, confunde las palabras, las pierde, las mastica. Y aunque Julia se divierte con aquel azoramiento atragantado y torpe, va en auxilio de la fallida explicación.

—No se ocupe de ese incidente despreciable: hablemos de otro asunto.

Y la garrida sevillana emprende su tarea de convencimiento cerca de la madre, apelando a todos los resortes de su gesto numeroso y su palabra refulgente. Clavadas las pupilas en el enemigo, como dos anclas que buscan seguro apoyo, la conquistadora intenta erguir los ánimos de doña Pura a una cima de luz, fuera del caos habitual donde la dama se recluye.

—¡Es imposible que le falte un poco de miel a su corazón!—piensa Julia, explorando el terreno, en alto el nombre del primer esposo, que por iniciador y malogrado pudiera ser el preferido.

Doña Pura, reblandecida, lacrimosa, hace pie en medio de su naufragio; se repone y saca a relucir los manidos tópicos de una vacía conversación, esos cansados argumentos que se repiten mucho y no convencen a nadie. Toma su melodramática actitud desde muy lejos; se repantiga bien en el sofá y comienza, con ávidos suspiros:

—Las mujeres honradas somos como los pueblos felices: carecemos de historia...

¿Adónde irá a parar? Conserva cierto prurito de cultura y erudición, como un recuerdo pálido de Miguel de España, a quien supone que debe mucha sabiduría, y dice mil necedades, prendi-

das con alfileres en una memoria donde no luce el sentido preclaro de la inteligencia. Procura solevar el tozuelo que asoma prominente bajo el moño, por el escote de la bata; los brazos, cortos y carnudos, no dan de sí para que las manos se crucen sobre el abdomen; y ella prende con una el dedo anular de la otra, a fin de que no se le escapen las dos, porque en esta postura hierática se encuentra muy favorecida.

—Pues sí—mantiene, salpicando de lugares comunes y de frases nuevas una charla divagante que juzga de sumo interés—. Yo desconozco ese «bello impudor», actual, que conduce a los peores extravíos en las modas, en la educación y hasta en la Ciencia; porque, «hoy en día», son vergonzosas la mayor parte de las enseñanzas, empezando por el feminismo anticatólico y librepensador, condenado por nuestra Santa Madre la Iglesia.

—Pero, señora, el justo anhelo de libertad científica y civil, a que usted alude, nunca ha sido incompatible con las creencias religiosas más arraigadas, para los hombres ni para las mujeres, que somos una sola humanidad.

—¿Que no?... Todas esas lecciones sobre temas sexuales «que ustedes usan» están prohibidas por revolucionarias, por indecentes y peligrosas...

Julia Rey se da cuenta de haber topado con el eterno litigio histórico venido a su mínima expresión en el duro caletre de doña Pura. Es ella inhábil para comprender el espíritu sublime del Evangelio, y cuanto no suponga absolutismo o reacción, cosas que tampoco entiende, lo califica de pecado mortal, reservándose muchas

indulgencias particulares, a título de administradora y «abeja del Señor». Y la sevillana desiste de discutir acerca de los ideales cristianos con la mujer que nada sabe de aquel divino sueño.

—Bien—concede, adiestrándose en sonreir—, pongamos que tiene usted razón: Aurora no ha padecido ninguna caída teologal, que yo sepa; es profundamente cristiana, y vengo a hablarle a usted de esta hija...

Una niebla de llanto y de susto entolda la mirada de doña Purificación.

—Sin embargo—gime—, las apariencias son de caer en toda clase de abismos; actúa como anticlerical porque no obedece los mandatos sacerdotales ni se aparta de las «malas costumbres».

—¡Jesús!—protesta la andaluza sin poderse contener.

—Lo que usted oye. Es «partidaria del naturalismo»; su «orientación» no puede ser más «tendenciosa».

—¡Válgame Dios!

—Yo no digo que «caiga», aunque ejecuta un verdadero *raid* infernal.

—¿Y a qué le llama usted caer?—inquiere Julia, tentada a la risa en medio de aquellos desatinos.

—A perderse, a condenarse en este mundo y en el otro, como las «hembras de pecado».

—¿Y a qué le llama usted pecar?

—¡A ofender a Dios!—ahinca la madre rotundamente.

—Sí, pero ¿cómo?... ¿Tiene usted capacidad para definirlo y sentenciarlo?—prorrumpe Julia

que olvida por un momento su generosa comprensión de las limitaciones ajenas, y ciñe a la impecable en una vigilancia redonda y total.

Al contacto ardiente de aquellos ojos la dama de Valladolid se disgusta y agita, suelta las manos para alisarse la garba del cabello y remueve en el bolsillo unas llaves: el atributo de su realeza doméstica, las famosas llaves testimonio de que se ha tasado el carbón a la cocina y el pan a la sirvienta... Aquel sonido de hierro, para andar por casa, anima el orgullo de la buena administradora, y muy en su colmo de suficiencia y autoridad, responde atrevidamente:

—Sé al dedillo los mandamientos de la Ley de Dios, aunque no voy a confesarme con usted... «Por lo demás», no soy una mujer ociosa; milito en la Pía Unión de Damas Nacionales, que tiene «en su seno» asambleístas de mucho rango y personalidades muy sobresalientes. Ahora mismo «una de las nuestras» ha pronunciado un discurso en la Alcaldía de Barcelona pidiendo que se retiren de la Plaza de Cataluña ciertas estatuas indecorosas; porque hay padres de familia que no consienten a sus hijos transitar por allí. Esto es «hacer patria», socorrer y dirigir al pueblo; y no fundar esos *Clubs* nocivos y sospechosos, excomulgados, censurables, o establecer concursos atléticos como en la era del paganismo, y amotinar a la gente en cátedras y vías públicas, valiéndose de «doctrinas capciosas»...—Doña Pura se excita al enumerar acusaciones contra las mujeres incógnitas para ella, escasas frente al ejército suyo, arrastradizo y glotón. Y le tiembla el panículo adiposo con blando vaivén de gelatina, como un

enorme flan que trepidara debajo de un vestido. El acento de la señora participa de estas ondulaciones abdominales, al proseguir, en un trémolo campanudo:—«En lo tocante» a devoción práctica, estoy haciendo los siete domingos de San José, los trece martes de San Antonio, los viernes del Corazón de Jesús, los jueves eucarísticos y los sábados de la Virgen del Pilar. Pertenezco a la Adoración del Santo Sepulcro, a la Orden de la Modestia bendita, a las Esclavas del Señor, a...

Otra vez se detiene la devota para resollar, mientras Julia exprime sus dotes agudos de penetración, convenciéndose de que entre Aurora y su madre existe más diferencia que entre el pájaro y la rana. Son distintas sus especies, sus caminos contradictorios: no se encontrarán nunca.

—¡Afortunadamente!—se dice la observadora con alientos de casta superior. Un hondo alivio la consuela y la desvía de sus preocupaciones sobre el misterio humano de nacer. Puesto que nada hay de común entre la hija y la madre que la inducen a esta ingrata consulta, bien puede considerar a la de Moraleja como a un ente desconocido. Y la oye casi divertida, le sorprende aún más acusado aquel temblorcillo material, con aspecto sísmico, por lo que doña Pura tiene de pequeño globo terráqueo. En su devaneante oratoria ni siquiera a flor de razón se convenían los discursos entre sí, y una urdimbre de suposiciones, sin pruebas, dejaba a Aurora oscuramente ofendida en el soliloquio de su madre.

Asiste Julia al espectáculo sin hallar frases ni casi pensamientos, como si otra persona mirase

desde ella; hasta que sacude su atonía buscándole un último registro a la monserga de doña Pura: la cuestión crematística.

Dió en el blanco: por allí debía comenzar. La interesada se encandila; el seísmo que la conmueve toma proporciones de terremoto. No ha mentado a su marido; evita el hacerlo con una suerte de rubor incalificable, mitad aparente desdén y otro tanto de iracundia verdadera. Y el nombre odioso, unido a una implícita gracia de dinero, mediante el trato con Aurora, acabaron de producirle furia y rencor.

Pero se acoge a esta salida, única en su encierro de trampas y conflictos. Ha terminado sus ahorros, tiene deudas y necesidades excesivas a la pensión que recibe; ya le falta el crédito: se ve en apuros urgentes.

Y afronta el dilema, cargando la responsabilidad de todas las rencillas familiares sobre el esposo; con muchos adjetivos deprimentes y muchos encomiásticos, puestos al revés de como fuera justo, mientras algo de lucha subterránea se percibe en la mole que solloza:

—No hay sacrificio, claudicación ni medio que asusten a una madre como yo. Por salvar a mi pobre hija me resigno a perder de mi derecho y hasta de mi dignidad. Porque usted no sabe cuánto ha cambiado «ese hombre», cómo nos trata y nos hace sufrir... Pero, tampoco se imagina usted lo que es una madre, ¡una madre!...

A fuerza de ser mujer no siente Julia esa vocación rabiosa de maternidad que se cuaja sólo en las vísceras carnales. Y se deja convencer de su desconocimiento muy fácilmente.

—Sí; yo ignoro todo eso que usted quiere decir...

También es verdad que renuncia a las componendas entre su amiga y esta gente; ya no es partidaria de ningún zurcido, ni el más primoroso, en aquel parentesco inconcebible. Y tocan a rebato las campanas de su fe en Moraleja.

—¡Vaya un tío!—deduce en *cañí* macareno, para terminar en buen castellano—: ¡es todo un hombre!

Atiza aún la plática miserable con intención sagaz, por conocer aspectos de aquella zona turbia, corrompido ambiente de las de Moraleja.

El salón presuntuoso y francamente sucio, entorna los balcones para disimular su incuria, y la luz deslumbrante del mediodía sólo llega por un resquicio a las señoras.

—No me interesa la cantidad que Severo designe—afirma doña Pura—. Tratándose del mejor acomodo de mi hija, de su buen paradero y cambio de conducta, nada me suponen «equis pesetas». En este caso...

Una *portière*, bastante cargadita de polvo, se levanta repentinamente, y Cándida Moraleja hace su entrada en el escenario con el andar onduloso que la distingue, muy llena de retoques y de lujo. Saluda, con empaque displicente, y habla, descubriendo en sus indiscretas alusiones que estuvo escuchando lo que se dijo allí.

La niña, que presume de sabihonda, como su mamá, consiente en el regreso de su hermana, con aire de protección, y repite la maternal frase de «equis pesetas» en un tono de ajuste despectivo, tan patente de cálculo y de intriga, que la andaluza da un respingo, muy suyo, y sesga a

las dos mujeres con su mirada burlona, saboreando el mal placer de una crueldad.

—Vaya, que ustedes se alivien; y hasta nunca—dice echando a correr por el pasillo—. Se acabó la farsa... .

El vestido colorado de la joven, su figura, vistosa y un tanto circular, le prestan cierta similitud con esos globos punzó que los bazares de Madrid regalan a los niños todos los jueves, y que llenan la ciudad de vuelos rojos, infantiles.

Así Cándida oscila junto a su madre persiguiendo a Julia por el largo corredor, y la fugitiva lleva la imagen de aquellos dos globos cautivos flotando en la sombra de la casa.

Ya está en el río luminoso de la calle. Ha dado un salto brusco hasta allí desde la oscuridad.

—¡Ave María Purísima!—exclama santiguándose, como quien ahuyenta un fiero peligro.

Ríe, habla sola, bebe el aire y la luz con embriaguez y un vértigo de anchura la conduce a discurrir y andar alegremente bajo el Sol.

JORNADA TERCERA

XVI

ALAS

Las profecías de don Severo se cumplen. No es posible una alianza entre su casa oficial y Aurora; aquel hospedaje se acredita de excesivamente ruin y oscuro, en todos sentidos, para la hija predilecta.

He aquí como el éxito de sus augurios le descorazona; ya se iba resignando a la idea de equivocarse, de ganar a su mujer con el incentivo de las pesetas y abrir de nuevo el hogar a la dulce criatura solitaria, con garantías de un disfrute espacioso.

La misma interesada había consentido en aceptar aquella solución que a Guillermo le parecía muy bien.

—Es lo más decente para ti—le dijo el novio—. En mi familia pesan mucho los prejuicios sociales, y no le gustaría que yo tuviera relaciones, seriamente, con una mujer emancipada, libre y sin freno.

—¿Sin freno?—objetó Aurora sorprendida—. Me bastan los de mi condición y no tengo la culpa de que mi madre no me quiera.

—Tú, a mis ojos, eres indiscutible, pero los demás se creen autorizados para juzgarte con un rigor malévolo que podíamos evitar.

Apoyaba Julia estos escrúpulos del sensato doctor, y la muchacha supo acudir al procedimiento maravilloso de la conformidad, creadora de razones y de estímulos inesperados. Innovó intereses, forjó quimeras y todas sus facultades de asimilación se pusieron al servicio de la voluntad acomodaticia para admitir el pacto roto, que Julia intentaba zurcir.

Es que el amor la vencía en una encrucijada estrecha del camino. Aprovechando la coyuntura de su enfermedad, se le desencadenó, de improviso, aquel sentimiento como un ábrego impetuoso que la hiciese caer de rodillas, sujeta y feliz. Lo que antes era la antorcha velada de un afecto, redunda en violenta pasión, bajo la complicidad de la fiebre, del verano y la juventud.

Por eso al volver Julia con el fracaso de su visita la recibe Aurora decepcionada y el propio Moraleja se desanima.

Estaba allí esperando una contestación humilde, un claro de paz hasta que Aurora se casara. El quedaría en su pensión, transigente y atento a cuanto los novios precisaran de sus

mediaciones, y una vez realizada la boda continuaría solo, cercano a la pareja, sin estorbar; próximo a *su hija* como satélite de un astro cuya lumbre era su única razón de vivir.

El noviazgo ya es público. Guillermo Casal no ha tenido inconveniente en hacer ostentación de su ventura. Y el padrastro, igual que la amiga bienhechora, conocen, por espontánea confidencia del médico, sus propósitos matrimoniales.

No está Moraleja tan complacido como Julia Rey, pero le cohibe el entusiasmo de Aurora y guarda sus inquietudes. Aquél no es el hombre que ella merece. ¿Cuál? Ninguno. No existe. Y será preciso dar a éste una validez relativa, puesto que la muchacha le acepta.

Se extraña mucho Julia ante la contrariedad de sus amigos al referirles el desahucio borrascoso en que ha sumido a doña Purificación:

—¡Pero si ustedes no querían reconciliarse con esas señoras..., si les asqueaba el remiendo que pretendía yo hacer entre ustedes!...

Moraleja admite:—Sí, sí, repugnante...—Y baja los humos para conceder:—Sólo que... si es precisa una transacción, eventualmente...

—Guillermo que tiene ese afán—expresa la novia. Y Julia, mirándola, en atisbo curioso, responde:

—¡Ay, chiquilla, cómo *estamos!* Te entregas con armas y bagajes; capitulas lo mismito que una romántica *Melibea* en pleno siglo quince; igual que nuestra *Carmen* de todos los tiempos...

—No tanto.

—Sí, niña; tanto y más. En una semana que llevas de amoríos, ya no razonas como antes;

no piensas con la holgura de tu gran criterio independiente y robusto; no te mueves con tu antigua libertad.

—Es—confiesa la muchacha, vibrante—que me duele, de tan pesado, el corazón.

Y ella, que sentía en su raciocinio siempre la atormentada impaciencia del vuelo, es verdad que se detiene, a menudo, grávida y sumisa, con el agobio de su pasión.

Moraleja la ve confiarse dentro de su rica sencillez, abrumada por la conciencia de un nuevo destino, y se apercibe, sale en su ayuda, ponderando:

—Está muy bien que Guillermo diga su sentir, aunque no seamos de su opinión; y que tú, *hija mía*, hables con la blanca transparencia de tu carácter... No me gusta eso de que viva cada uno en el fondo de su mar, sobriamente; las verdades muy calladas se hacen venenosas.

Ella sólo replica una frase llena de poder que al sonar produce anchos círculos en su mismo pensamiento.

—He dado mi palabra de esposa—anuncia solemne, con varios sones en la voz, que huye como si buscara espacio a una infinita responsabilidad. Y aunque está inmóvil por la quietud física, su espíritu se acelera, veloz, sediento de caminos, devorando fabulosas distancias. Acaso intente llegar a los pristinos manantiales del Señor, porque es divina y enorme su carrera.

Los amigos de Aurora, suspensos, casi alarmados por aquella emoción terrible, no aciertan a ver más que una cara palpitante, rasos los ojos y resplandecientes de negrura.

—Yo no te aconsejaría—dice al fin don Se-

vero con timidez—que te dejaras llevar de tu propia grandeza en este amor.

—¿Por qué?

—Porque nunca podrás vivir en paridad con un hombre; tu pareja no ha nacido; no hay quien te corresponda.

—¡Choque usted esa mano!—grita la sevillana con júbilo, tendiendo la suya, contenta de romper el maleficio de una sorda tristeza que les iba reduciendo la conversación—. Y le perdono su inconstancia, la fragilidad de sus juicios y determinaciones por este arranque genial que acaba usted de tener.

—¿Frágil yo?

—Aguarde que rubrique su magnífica sentencia; después aclararemos este punto... Pues sí, mocita—continúa volviéndose de lleno a la novia—; no hay en la Tierra un hombre digno de ti, y harás muy mal en creer lo contrario. Conque atiende los consejos de este señor y déjate querer; pero no quieras mucho, no te abandones con exceso. Mira que ni siquiera es de moda; está en crisis el corazón, es cursi enamorarse y se celebra el centenario del Romanticismo con una *nueva sensibilidad* metafórica, que en muchos casos es barata y divertida, sin exigir más esfuerzo que el del chárleston o el fútbol.

—Eso está al alcance de todos y lo fácil siempre ha sido moderno. Yo estimo lo difícil. El Amor que merece tal nombre es una fuerza viva que no puede cruzarse de brazos en el alma que lo siente: lo dice San Agustín.

—Deja en paz a los Santos Padres, como ellos debieron dejarnos a nosotras, con quienes se han portado de un modo inicuo.

—Aténgase usted, entonces, a los grandes poetas. Uno ha dicho que el Amor es la concentración del Universo en un solo ser y la dilatación de este solo ser hasta Dios.

—¡Vaya con los poetas! Ya sabes tú que Platón los arrojó de su república y que no siempre son recomendables... Supongo que citas a un ilustre francés del siglo pasado, uno precisamente de los que hoy provocan la *reacción* contra el enamoramiento, contra la antigualla maligna de querer.

La muchacha sonríe, más bella que nunca en el aliño de su reciente vida amorosa.—Yo—declara—le tuve miedo al Amor como a un paraje oscuro y tormentoso; estoy en él a pesar mío; una potencia más fuerte que mi voluntad me lo impone, absoluto, dominante, de la única manera que lo puedo sentir.

—Pero en el mundo hay más...

—Pues a todas las cosas del mundo iré con él; lo llevaré adelante como un fin que justifique mis denuedos en la lucha diaria, mis propósitos de vencer al mal y conseguir muchos bienes para otras criaturas.

—Es que sería un crimen encerrarte en la estrechez de una sola pasión.

—Y tan arriesgado como hacer un pretil a orillas de la Mar—dice la enamorada, responsable, transida de patética incertidumbre. Su acento, que lleva un hondo significado, brota como un pulso, en proyección inmensa y lejana; diríase que fluye con él una esencia de océanos silenciosos.

Julia, asombrada y medrosa ante aquel redoblado espíritu, insiste en aliviarle el yugo.—Tú,

por lo diversa y distinta—ensalza—debes respirar en lo unánime.

—Y en lo inmortal. ¿No me ha llamado usted heroína?

—Porque lo eres—susurra la dama avaluando con interna zozobra los riesgos del heroísmo.

—¿No me anima usted a casarme?

—Condicionalmente. Sin tanto *ritmo de galope:* sin ese entregamiento, fuera de tono, que te desarma y anula...

—¿Contra quién?

—¡Pobre nena!... Contra ti misma.

—¿No me repiten ustedes que soy una excepción?

—Por eso—discurre Moraleja—hay que temer al culto excepcional..., inmerecido, que tú derroches...

Y titubea al insistir en lo que acerbamente le preocupa, atónito, sugestionado por la valía de esta mujer que reconoce sus deberes más estrictos y los admite sin hurto ni evasión. La oye defender su cariño con toda la elocuencia expositiva del sentimiento y alaba los dones ingeniosos de Julia Rey, capaces de combatir la integridad de un corazón demasiado puro y valiente.

Cerca de las almas sutiles, don Severo ignora su desamparo moral y participa de las virtudes ajenas, creyéndose exaltado al nivel de las gentes más refinadas.

El talento de estas dos mujeres le subyuga, y paladea como un exquisito convite el gozo de asistir a un torneo en el cual su niña adorada,

la moderna doctora, apóstol de las libertades femeninas, sostiene el valor de los afectos indestructibles, no sólo con la bella teoría argumental, sino con el ejemplo, aventurado y caminante, de su propia fe.

En la inteligencia apasionada de Aurora el libre albedrío y la potencialidad del Amor tienen una misma altura insuperable, una especie de ambición cósmica: ansia de más luz y de mejores alas.

Y el padrastro, que sube en la ascensión de la moza a toda clase de ensueños, se dice con piedad y deleite:—No logrará satisfacer sus codicias porque los apetitos se hartan, pero los ideales nunca...

Aun está la novia algo débil y guarda su vendaje en la muñeca. Es su ánimo el que sobrepuja a la fatiga material; y no se rinde en la réplica sabrosa; no quiere dejar sin refutación alegato ninguno de sus acompañantes.

—Si me equivoco—arguye a don Severo -es cuenta de la suerte. Al seguir a un hombre que me ha dado pruebas de lealtad, yo debo concederle toda mi confianza, sin dudas ni reservas. Pretendo hacer de nuestra unión un lazo, único y resistente, que nos levante y califique... No se rían; no olvido que el querer así no se usa; que asistimos a un ocaso del Ideal y que las tierras del Poniente saben poco del verdadero Amor, una cosa de la que se escriben hoy mil burlas escépticas, y se habla como de un sentido remoto y deshecho.

—¿Y tú aspiras a rehabilitarlo?—averigua Julia, incrédula.

—Todavía más. Aspiro a conseguir la reden-

ción del Matrimonio, tan desprestigiado, con uno, moderno en todas sus fases exteriores, y antiguo por la solidez eterna de las almas. ¿No me ha llamado usted heroica?—persiste la muchacha con esa punta de ironía, tan común a los seres originales...

Don Severo teme abusar de las buenas acogidas de Aurora, y se levanta al verla hundirse, con aspecto cansado, en el mullido rincón de su lecho, que también sirve de sofá.

Siempre en estas ocasiones de despedida quisiera el padrastro abrazar a la muchacha, atraerla sobre él, hasta el centro corpóreo de su corazón; y siempre inicia un ademán que se contrae y detiene por la repulsa tácita de ella: un gesto helado, una ráfaga de sombra en los ojos.

Siente Moraleja crecer el negro flujo de su melancolía porque vuelve a la realidad inexorable que le consume.

Y ya se marcha, cabizbajo, descreído y torpe, cuando le dice Julia con aire de broma:

—¡Quia!... No sale usted de aquí sin darme una explicación de sus veleidades. ¿Conque sostuve con usted una campaña en pro de la señora y señorita de Moraleja, y resulta que a usted le entristece mi poca habilidad para conquistarlas?

—¿A mí?... Por Aurora; por lo que usted y Guillermo consideran beneficioso...

—Pues, si es de sabio cambiar de parecer, somos unos linces usted y yo por nuestra mudanza... a la inversa.

—¡Oh!, yo no he cambiado radicalmente más que una vez; me he convertido en un hombre

nuevo ya sabe usted cuándo... Otras variaciones menudas son aparentes, sin resonancia; cuestión de conveniencia, y no mía: conste.

A don Severo se le altera el semblante, de suyo amargurado, deslucido de pronto en máscara terrosa. Está de mal humor; y Julia emplea todo su bizarro donaire en complacerle, con una mezcla de admiración y caridad indefinibles.

—Declaro—pregona—que se quedaba usted corto en sus juicios. Y descartada la posibilidad de que Aurora viva con su madre ni un solo día, bajo ningún pretexto, se acabaron mis contemplaciones para hablar del asunto.

—Sí; las considero inútiles—apunta Moraleja reanimado.

—*Aquello* no son mujeres, en ninguna clase del mujerío admisible.

—¿Astutas, eh?—pica el murmurador, ganoso de su desquite en la sátira favorita.

—Ni eso; carecen de aptitudes. Son unos entes ridículos que ni siquiera inspiran compasión.

—¿Qué le dijeron a usted?

—Nada. La mamá habló con un fariseísmo estúpido, queriendo hacer de la vida una arbitraria interpretación religiosa.

—A su antojo.

—Y modificándole al tratar de las pesetas, que sonaban allí, aunque en hipótesis, como un ensalmo evangélico. Hasta las tinieblas infernales se iluminaron al conjuro de la *pasta* en las retahilas de doña Pura.

—¿Lo ve usted?

—Sí, señor. Porque lo he visto lo creo. La hija es más incomprensible que la madre. Ni aun

se alimenta del sectarismo ciego, esa terca disputa entre la religión cristiana y las fórmulas corrompidas de sus creencias inalterables.

—Falta de educación...

—Hay un ingenio del espíritu y de la naturaleza que no necesita ser cultivado; una flor de bondad que vive y crece sólo con que le dé el aire de la dulzura humana.

—Es cierto—gruñe la voz masculina torvamente.

—Pues Cándida sólo conoce el egoísmo de sustraer su persona a esa bondad, con hipocresía horrenda. Al menos la madre ofrece su idolátrica adoración a la hija.

—Sistema de idolatrarse con disimulo; devociones impuras; falsa virtud—amontona don Severo, fruncida la mirada, intolerante, nervioso.

Esta indignación disminuye la de Julia, que se refiere a su visita como a un cuento fantástico en el cual son las de Moraleja dos seres teóricos, dos imaginaciones abstrusas, inciviles, descomunales.

—¿Y no harán daño?—teme el hombre aprensivo.

—Toda maldad es fértil; pero no conceptúo de mucho alcance la de estas pobres señoras. La comparo con los arrecifes de las playas, cuchillos que sólo pueden herir a bajo nivel, cuando la marea desciende... Y nosotros no caemos en esas profundidades.

Se explica la andaluza con gracejo y altivez. Su crítica, exenta de misericordia, más bien parece una humorada, una diversión que no atañe a gentes vivas, sino a individuos quiméricos. Así le relampaguean las imágenes y las burlas,

según memora los episodios de la entrevista que no está muy cierta de haber realizado.

—¿De verdad existen aquellas mujeres?

Y responde Moraleja con una sonrisa lastimosa:

—De verdad: *credo quia absurdum.*

El castizo latín pone muy seria a Julia, que afirma:

—Aunque pertenezcan al género humano, lo cual es muy dudoso, con Aurora de España nada tienen que ver: sus caminos son divergentes, sus perspectivas antagónicas, sus anhelos irreconciliables...

La muchacha, que ha oído su nombre, vuelve de la nube de un aislamiento y suplica:

—Hablen de otra cosa, ¡por Dios!

En el santuario de su conciencia hay un vestigio de respeto familiar que la obliga a permanecer reconcentrada y distante cuando se trata de aquel triste negocio.

—Tienes razón—prorrumpe Julia—; para ti se acaba también esta comedia. Para usted, no; ¡mucho cuidado!—le dice al amigo—. En su casa no se advierten ni asomos de gobierno espiritual y es muy fácil que Candidita le dé un disgusto de esos que llaman deshonribles por ahí; como si la honra dependiese de un solo pecado... y ajeno.

Palidece Moraleja más todavía. Los músculos de su cara sufren una contracción. Se ha despedido otra vez cuando Aurora le para con un movimiento brusco. Iba a decirle algo que se le olvida de pronto. Y le deja marchar escondiendo bajo la red ondulante de sus pestañas una angustia infantil.

XVII

AMOR

APENAS se quedan solas, Julia enaltece a don Severo.

—Me interesa este hombre cada día más. Es muy listo, fuerte y sensible: todo un carácter.

—Da lástima de él—murmura Aurora pensativa.

—Tú que mides la tragedia de su casa, mejor que yo, eres injusta al rehuir sus predilecciones, esa portentosa beatitud con que se considera resucitado por ti y te consagra su vida.

—No me acostumbro a mirarle como a persona normal. Suele decir él, estudiándose con su incurable egolatría, que «todo pensador es un enfermo» y está cerca de lo último.

—¡Vaya, que le tomas por loco!

—Loco de remate, no; poseído de una idea fija...

—Que te repugna.

—Más bien me estorba y molesta.

—¡Él que sólo trata de apadrinarte, ilusamente, que por ti se acomoda a sacrificios y contradicciones sin cuento...!

—Pero, si no he de querer a mi madre ni a mi hermana; si usted reconoce que eso es imposible, ¿me voy a resarcir de mi soledad con el cariño de este buen señor? Hay en mí un rechazo irreductible que me obliga a desviar tan pobre consuelo. No consigo vencer la resistencia que me aparta de ese homenaje; y a veces no logro ni agradecerlo y estimarlo.

—¡Cómo ha de ser!—comprende Julia, que observa la honda alteración de su amiga, las gotas de frialdad que le han caído sobre la cálida luz de los ojos—. Hablemos de tus amores. ¿Temes que a Guillermo le desagrade mucho el fracaso total de esta mañana?

—No; que le sorprenda. ¡Como usted era, con él, tan partidaria de ese arreglo!

—¡Valiente despropósito se nos había ocurrido! Cualquiera otra medida es preferible: que yo me quede aquí todo el verano; que te vengas conmigo a Burgos...

—Usted se va donde su hermana en seguida: bastante se ha detenido por mí. Ya estoy buena y debo reanudar mi vida corriente. Había resuelto pasar en Madrid estas largas vacaciones para aislarme recogida en el estudio. Y no sé lo que ahora me impediría cumplir mi resolución. ¿Que tengo novio? Él no será un obstáculo para

que yo trabaje, sino un estímulo, una audacia valiosa en mis empeños... ¿o es que desconfía usted de mí?

—¡Jamás!—niega prontamente Julia.

—Entonces, ¿de él?

—Tampoco; así, en absoluto, no desconfío; pero...

—¿Qué?

—No me inspira tanta seguridad como tú: ni mucho menos.

—Usted me inclinaba a aceptarle, se dolía de mi situación errabunda y difícil dentro de las asperezas españolas.

—Es verdad. Y hasta llegó a parecerme Guillermo un buen partido. Fué la noche en que te velé. Estabas enferma y desamparada, solita conmigo ¡que valgo tan poco!... Me enternecía tu juventud valerosa y perseguida, tu orfandad doblemente lamentable, tu hermosura, tu desgracia de haber nacido mujer. Y me dejé llevar de la necia rutina; como antes, como siempre, creí que un marido bueno sería tu salvación. Cuando pasaron aquellas horas y te hallé enamorada, rendida con todo el poderío de tu riqueza moral... he vacilado. Hoy tengo miedo: se me figura que ese hombre es muy poco para ti.

—Ya sé que hay quien le juzga despectivamente, como «uno de tantos»—recuerda la muchacha susceptible.

—Sí; desde aquí lo has oído, cuando aun no erais novios. Moraleja me lo advertía aquella tarde... preliminar. Es buen observador y le debes agradecer sus cuidados.

—Pero ni él ni usted han tenido en cuenta lo que significa la actitud de Guillermo en el ins-

tante crítico de verme ultrajada con testimonios... de mi propia madre.

—Ha hecho lo que debía.

—Fíjese en que él es orgulloso, tal vez preocupado, y yo casi una extranjera, sin crédito, con malas recomendaciones de la familia; y me hace una rotunda solicitud de boda precisamente en esta ocasión. ¿Nada extraordinario notan ustedes en su proceder? ¿No me da una prueba insuperable de confianza y de cariño? ¿No ha ganado bien la certeza sin límites con que me pongo a quererle?

El abrasado acento, la clara interrogación de las pupilas, descubren el desnudo virgen de un alma llena del trágico hechizo.

No sabe Julia cómo decir que sus temores se intensifican y aumentan delante de una decisión tan radical. Y Aurora le pide, agrandados y profundos los ojos:

—Dígame algo optimista y tranquilizador; necesito creer en mi fe, entregarme con atrevimiento a mi nueva fortuna.

—¡Si todo lo dices tú!—sonríe la dama bondadosa, sobrecogida por la vehemencia de la joven—. Tú que habitualmente hablas poco y ahora no me das tiempo a discutir.

—A ver; conteste: ya la escucho—balbuce Aurora, agachándose, voraz, sobre la mirada trigueña de Julia—. Dígame: ¿qué?

—¡Ay niña, pobre de ti! Eres un torbellino, un vendaval; te desconozco... Lo que te dijera no lo aprovecharías. ¡Vamos: cuéntame tú!

—No, señora. Me hacen falta sus consejos, sus aprobaciones, el calor de su auxilio...

—Lo que te sobra a ti es calor... ¡Si estás

hecha un volcán!—y, afablemente, la sevillana toma entre las suyas las manos que tiemblan y la solicitan; atrae hacia sí el rostro anhelante que interroga—. Yo te buscaba un respeto seguro en nuestra sociedad; un apoyo consciente en la vida; un brazo firme que abriera el camino a tus ideales, con relativa esperanza...

—Eso, ¿a cambio de qué?

—De tu adhesión leal, de un afecto apacible que te dejara ser esposa tranquila sin ligarte a un hombre con el sufrimiento de la dádiva absoluta.

—No convienen a mis ambiciones las medidas escasas—excluye Aurora, irguiéndose con la crespa hinchazón de un río.

—¿Y te embarcas en lo incondicional, creyente, definitiva?...

—Sólo así debo emprender este enorme viaje: la fuerza que yo preciso, el impulso que llevo, no me permiten otra cosa.

—Nunca te recomendaría yo la veleidad de esos amorcillos que viven y mueren en los ojos; y siempre censuro la coquetería de admitir algo de cada pretendiente y dar a todos la mirada entera. Pero, entre esas frivolidades y el caudal que tú derrochas, está el peligro de una desilusión mayúscula.

—¿De modo que usted preferiría un término medio; un buen cariño sin arrebatos ni deleites, de los que se debilitan y degradan por la costumbre y son rescoldo sin haber sido hoguera?

—Los que más duran...

—Y para nada sirven.

—¿Qué sabes tú?

—Hoy lo sé—ríe la muchacha con el trastorno de su alegría curiosa.

—Pues ya me estás dando una lección.

—Si usted lo desea...

—Te lo exijo. Anda: explícate.

—Verá usted. Yo siento, ahora, que el Amor aviva la luz inteligente: que oprime y a la vez aligera los sentidos; porque los atiranta y los unta de ardor, templándolos para el esfuerzo de vivir con dignidad...

—Muy bien dicho.

—Y yo quiero que me acompañe en mis andanzas toda esa iluminación resplandeciente.

—Sí; porque irás lejos, por lugares altos, donde no hallarás combustible...

Aurora no se cura del tono zumbón que la incita, y agrega:

—Si es inevitable, como dicen ustedes los experimentados, que se consuman las fogatas, la mía, colosal, ha de convertirse en un hermoso trashoguero.

—Para la estufa inverniza, ¿no?

—Para la vejez: como seguro hospitalario de unas jornadas que hayan conseguido muchas cosechas al resplandor de mi fuego rojo.

—Y con una temperatura más... primaveral, menos amorosa, ¿no podrías recoger buenas mieses de trabajo y de goce?

Una señal negativa revuelve los cabellos que ondulan, como una llama negra sobre la frente de la novia.—Querer menos—discurre—es no querer nada, porque el Amor no retrocede nunca. Y me es indispensable todo su brío. Figúrese que debo rivalizar, intensamente, en la carrera jurídica; hacer oposiciones; ganar plaza; intervenir en la formación de leyes bienhechoras, sosteniendo una campaña hábil y tenaz para obte-

ner decretos sabios y piadosos que nos alivien...

—¿Por ejemplo?—requiere Julia distrayéndose de las bromas, alcanzada por el rezumo espiritual de su amiga, que unge cada frase de un raro perfume, y contesta:

—Por ejemplo: derrocar la pena de muerte.

—¡Sí!

—Usted imagine, despacio, la tortura de un proceso; la vista de la causa; la sentencia feroz; el reo en capilla; los hermanos de la Paz y Caridad; el verdugo; la horca...

—¡Espantoso!

—Es necesario que las mujeres de España solicitemos la condenación de esta bárbara ley; en nombre de Dios: *el quinto, no matar.*

—Pero no olvides lo que a eso responden los derechistas: «¡Que empiecen los criminales!»...

—Una sacrílega perogrullada. ¡Como si la justicia que los hombres cristianos constituyen en instrumento legal, se pudiese medir por la altura de los asesinos!... A bien que *nosotras* no somos de los extremos sociales, sino del corazón del mundo.

—Por lo tanto, esclavas suyas doblemente—rumia la señora grave, pesimista.

—No; ¡se acabaron las esclavitudes!—dice la joven, que siente como una dolencia las punzadas de la libertad.

—¿Y el Amor?

Desfallece Aurora un instante; calla, tal vez escuchando los ecos del propio dudar, perdida en su ancha franqueza.

—El Amor—susurra, cálidamente—es la Vida. Y cuanto más se ama y se sufre por él se vive mucho más... hasta el punto de no morir.

Las palabras suben desde el fondo de la mujer, encarnizadas y divinas al mismo tiempo, disueltas en un soplo magnífico de humanidad.

—¿Cuándo lo has aprendido?—explora Julia, que no se cansa de admirar lo que vale el osado ímpetu de una juventud como aquélla.

—No lo aprendí nunca; lo supe antes de nacer... pero se me había olvidado—responde la muchacha con fogoso dramatismo. Luego permanece silenciosa, como asombrada por la novedad de los días rasgados de pronto en su existencia.

—Sigue, sigue—procura la dama.

—Pues... al dejarme sola el abuelo empecé yo a recordar lo mucho que tenía que hacer. Y quise cumplir mi obligación; lo quise con toda el alma. A fuerza de querer, sin acertar a dirigirme, he trabajado atrozmente.

—¿Hasta que el doctor Casal te pidió relaciones?

—No; hasta que caí enferma, desalada, herida dos veces... ya sabe usted cómo... Entonces me hizo Guillermo su declaración reparadora, y yo supe acordarme de que había nacido para quererle.

—¿No lo sospechabas?

—Lo temía. A menudo estuve loca de ansiedades, con ganas de poner en un hombre íntegras las potencias de mis sentimientos y desde él irradiarlas a todos mis deberes humanos... No me atreví. Hallaba prematura la satisfacción que pudiera ser egoísmo... vanidad...

—Ahora te convenciste de lo contrario, así, de sopetón—deduce Julia, que, intrigada, fiscaliza en el ánimo de la moza.

Ella conviene:—Así fué... sin duda una corazonada.—Y se inicia una sombra en la claridad de su entendimiento.

—Porque otros, Jaime Solinde entre muchos, te había hecho una petición semejante...

El nombre del abogado cae en la plática súbitamente. Aurora vuelve a sacudir la llamarada oscura de sus bucles.

—Sí—replica—, era una tarde... iba yo hacia casa, muy triste...

Se detiene; algo próximo y ligero le produce una cándida turbación. Deseaba concretar alguna cosa de vivo interés y le era imposible, por más que se cernía su memoria pronta y alada. ¿Qué sería aquello, perdido, olvidado y, no obstante, urgente, casi tangible?

—¡No me acuerdo bien de lo que iba a decir!—lamenta con estremecida vibración.

—Don Severo—aclara Julia—te ha contado que Solinde se comprometió por ti la noche del alboroto periodístico.

—Es verdad... Y se lo agradecí mucho, aunque su valentía dice Guillermo que me ha perjudicado.

—En cuestiones tan delicadas no sabe uno qué opinar—suspira la señora—. El caso es que Solinde pregunta mucho por ti.

—Y no viene.

—¿Para qué, si se ha enterado de que tienes novio?

—Es un amigo... Nunca sobran las buenas amistades.

Se había relajado un poco la intimidad en la

conversación. Las últimas palabras fueron dichas sin gusto, como para suplir el vacío de unos renglones en blanco.

Aurora siente a su amiga distante, acaso reservada, cuando la busca más cerca de sí. Y una cariñosa timidez enmudece a la joven, que, al fin, se decide a preguntar:

—¿Qué tiene usted conmigo?

—Nada, nada, hija mía.

La negación es dulce y tierna. Julia enlaza el talle de Aurora y se miran, los ojos en los ojos.—¿Te queda algo que decirme?—insinúa la dama.

—¡Oh, mucho, muchísimo!

—Pues yo te oigo: adelante... Si me ves preocupada es justamente por la transcendencia de lo que me dices, por la inquietud de separarme de ti.

Hay una gracia maternal en el movimiento acogedor de la andaluza, y Aurora reclina su cabeza, apasionada, en el hombro suave que se le ofrece.

Las dos han pensado con amargura en aquel abuelo Juan que tan peregrinamente velaría hoy por la muchacha. Ella oculta la infinita desolación de su abandono, se sobrepone a la nostalgia del pasado y cuenta:

—Verá usted. Mis proyectos son formidables; le van a parecer un desatino, pero tengo que intentarlos.—Se alza, entorna la voz, le arden unos puntos inflamados en las pupilas y continúa:—No sólo hay que abolir la pena de muerte y la trata de blancas, sino el servicio militar obligatorio.

—¡Qué disparate!... ¡deliras!

—Más difícil parecía volar ¡y volamos!

—El militarismo es una carrera noble, una profesión ilustre.

—No lo discuto—cede la conspiradora, enigmática, hostil, con un ceño muy dudoso—. Pero dejará de serlo cuando se firme la Paz universal.

—¡Nunca! Tú sueñas...

Aurora se excita:—¿Cómo que nunca? En cuanto las mujeres digamos que sí, todas, en la redondez inmensa del globo. ¿Ha pensado usted en nuestro número incalculable?... Millones y millones de criaturas exigiendo la Paz, defendidas por el Amor...

—Sí que sería hermoso, estupendo; sólo que, ¿cuándo unes tú esa fabulosa milicia y la diriges a vencer?

—Yo no... Yo quiero intentar, aquí, una liga española de mujeres con voto y conciencia de su misión. No aspiro a más... ni a menos. Si lo consiguiera, con el empuje de muchas voluntades, y en las demás naciones se hiciese otro tanto, ¡desarmaríamos al mundo!

Una aureola de fiebre y de pasión circunda a la enamorada; flamean sus grandes ojos y se detiene en el discurso, arrepentida de haber dicho demasiado, como quien descubre algún secreto proceloso, merced a un estado confidencial, inevitable.

La oye Julia cautivada, inquieta por la magnitud de aquel excelso delirio.—No pretendes «casi nada»—calcula, disimulando sus incertidumbres—, pero, en el mejor de los casos, antes que lo consigas, me figuro que habrá una guerra fenomenal entre las mujeres y los militares.

—Se equivoca usted. Los ejércitos de hombres

han de disolverse por inútiles, y cada uno de sus individuos será feliz al dejar las armas que mantuvo sólo por un atavismo ancestral. Después, las generaciones venideras juzgarán increíble que haya existido una ciencia humana de matarse los pueblos, refinadamente, unos a otros; hermanos, algunos, entre sí...

Suave y temible, la moza se dispone a una lucha gigantesca, y el semblante de sus pensamientos se exterioriza en estas palabras:

—Alentar mi propósito ya es un trabajo ímprobo: ¡hacer de que las mujeres, hasta los últimos tramos nacionales, piensen en la crueldad de sus problemas y se determinen a emprender su resolución!...

—Aquí bien sabes tú—consigna Julia—que esos problemas se reducen a uno: pescar novio... factible. Enseguidita a casarse y a criar hijos para el Cielo.

—Y en primer lugar para la guerra. Los hijos de nuestras entrañas, de nuestra sangre, los debemos dar con esa insensatez que se llama «orgullo espartano» para que los martiricen y los destrocen con toda suerte de industrias macabras.

—¡Por Dios, mujer! ¡Qué cosas se te ocurren!... Cualquiera que te oiga...

Julia escudriña levemente la habitación, pone cuidado, y repara:—¡Si llega a estar por ahí doña Patricia!

—No importa. Hay que hablar del asunto a todas las mujeres, viejas y niñas.

—Pero no brujas.

—También, si la brujería nos vale—admite Aurora, lanzándose a una aceptación general de prosélitos.

Y la arcilla de su carne morena produce una ensalzadora virtud; es como un arte milagroso devuelto a Dios en tierra viviente, cuanto la muchacha presume:

—Porque tengo amores míos, para mí, estoy segura de lo que se puede hacer con el Amor...

—Se le alegra la sonrisa con una lumbre matinal; se le humedece la mirada. En su fantasía la imagen religiosa del universo da de sí un patriotismo español sin horizonte, ejemplar y cristiano por excelencia.

Iba Julia a decirle:—¿Sabe tu doctor las atrocidades que intentas y las autoriza?

Pero no se atreve; la ve dueña de un vigor intacto, reciamente constituída en mujer y en compañera del hombre. Y está mirándola con aspecto lastimoso y admirativo.

Ella se anticipa a la silenciosa pregunta:—Guillermo quiere ayudarme con todo su poder.

—¿Y es mucho?

—Muchísimo... Tan grande como su querer.

—¡Ah!... ¿Sí?

Aurora percibe siempre la incredulidad de su amiga, y protesta:

—Usted que se casó enamorada, que ha sido viuda muy joven, sin hastío ni desengaños, ¿no concede privilegios al Amor?

Y la trianera se altivece, ufana, melancólica:—¡Ah, niña!... ¡Si vengo del campo donde madura el fuego de los vinos!... ¿Qué te crees tú?...

Se engríe la muchacha. Siente que el contacto de su fe ha derretido los recuerdos de Julia, y que en ella la contradicción es sólo un ardid para no declararse vencida.

—Yo creo en usted—profesa—y usted en mí;

en lo que voy a cimentar prodigando mi alma, haciendo del Amor el sentido esencial de mi vida.

—¡Creo! — repite Julia casi maquinalmente, arrastrada por aquel deliquio entrañable que suscita algo de clamor al susurrar:

—Venceré porque las ideas que tienen en el mundo más raíz son las que se conciben en estados emocionales...

Y un hálito de invicta esperanza sacude el corazón de la novia, tembloroso como un rosal.

XVIII

INSTINTO

Se reune mucho don Severo en el Café del Norte con el abogado Solinde. Sin darse cita, ambos demostraban la intención de coincidir en el mismo sitio y ocupar juntos una mesa cerca de la ventana, al anochecer, desde un día que se vieron allí por casualidad.

Y no se agotaba su conversación sobre el único tema: el noviazgo de Aurora. Más hablador el viejo que el mozo, eran admirables los recursos de aquél para añadir comentarios y razones contra el casamiento futuro. Porque si ponía buena cara al pretendiente de *su hija*, aparentando una conformidad que nadie le pidiera, un despecho triste le empujaba, adusto y sombrío, a la murmuración.

Y el abogado se presta a escuchar como si no tuviera prisa en aquellos ratos bulliciosos del crepúsculo, justamente cuando Aurora y su doctor cruzaban delante del Café, dirigidos a un paseo habitual, muy alegres y entusiasmados.

En la primera ocasión de aquel desfile observó Moraleja a su amigo cuidadosamente y le vió palidecer, desviar la mirada, huir de los ojos felices y reidores que no le presentían.

Creyó Jaime que le golpeaba en las sienes un extraño dolor, bebió un sorbo de cerveza y dijo, aludiendo a la novia:

—¡Qué guapa está!

Imaginóse que había pasado mucho tiempo sin verla, y no obstante le duraba la impresión de sentirla muy próxima, como después del suceso universitario. Tenía la idea singular de conservarla cerca de sí, aunque estaba seguro de que se iba con el otro, sueltos los pasos y el corazón.

—No es Casal su pareja equivalente—murmuraba el padrastro—. Cada día me gusta menos y me molesta más fingirle aprobación...

Ya estaba enhebrado el palique favorito. Y ni un detalle del proceso amoroso ignoró el abogado, merced a las ventajas oratorias de don Severo, que llegó a tutear a su confidente en insensible largueza de coloquios y disertaciones filosóficas.

Jaime se limitaba a oír las más de las veces; y, sin aquel sordo intento de averiguar, sin la paciencia de hacerle al amigo una monótona tertulia, hubiérase pensado que ningún sentimiento profundo le inclinaba hacia Aurora. Con-

siguió que Moraleja desistiese de entablar su divorcio y le aconsejaba sólo medidas de conciliación en sus relaciones familiares, incluso en las que atañían a Casal.

—Acuérdese usted de lo eternamente imperfecto—solía decirle—y aguántese con nuestro doctor. Su *propia hija*, admirable, nos daría algún motivo de censura...

—¡Ninguno!—Se esponjaba don Severo, vanidoso hasta más no caber dentro de la gratuita propiedad, sin acordarse, ni remotamente, de su niña verdadera.

Y espiaba desconcertado a Solinde, no sabiendo compaginar su trato calmoso y dócil con aquel otro semblante enérgico y reñidor, que demuestra de vez en cuando. Hasta su tipo se oponía a la mansedumbre habitual del joven. Alto, sanguíneo, labios gruesos, mirada ebria desde el nácar oscuro de los ojos: más bien parecía un gozador impulsivo y sensual, que un carácter apacible y reservado según lo aparenta diariamente.

En este largo anochecer Aurora y su novio no han cruzado por aquí.

Don Severo se impacienta más que Jaime; ambos fuman y charlan delante de unas copas vacías, distraídos de lo que se dicen, y muy atentos a la circulación pública.

—¿Habrán pasado? — sospecha el viejo sin nombrar a nadie. Y el mozo responde, terminantemente:

—No.

—Algunos días suben por el bulevar. Lo im-

prescindible para «ella» es ir a Rosales, ver de lejos los caminos que rayan el campo, presentir los montes, respirar el aire puro.

El tono de la observación es ponderativo. Jaime sonríe; apenas sabe disimular que está muy nervioso y la inquietud le forma unas tenues arrugas en torno de los párpados.

—Casi siempre—rectifica—bajan a tomar *el seis* en la Puerta del Sol.

—Verdad...

Aburridos, molestos con el fracaso pueril de no sorprender a Aurora desde su atalaya, se despiden con distinto rumbo...

Esta multitud, estridente de vitalidad al fin de la jornada calurosa, le recuerda a don Severo algo íntimo y desagradable, una cuestión suya, reciente, que de pronto no define.

La hora vespertina aun tiene claras lumbres de ocaso. Hace viento; empujado por él cunde el celaje como un inmenso río azul.

Ignora Moraleja si son los colores violentos de los vestidos, o el gozo chillón de la riada que le conduce, lo que súbitamente le hace pensar en la advertencia de Julia Rey.—Cuidado—le ha dicho—; es muy fácil que Candidita le dé un disgusto...

¡Aquí está! Era esto lo que le venía hurgando en la memoria sin acabar de salir a flote.

En pocos minutos llega don Severo a su casa. El portal, hondo, alumbrado por la problemática luz de la escalera, resonó con los pasos veloces del intrépido inquilino. Y antes de emprender la subida, un ¡ay! horrorizado, un revuelo de faldas, un jadeo de personas le detuvo. Es que allí, en la penumbra, su hija, la virtuosa

Cándida, se divierte con un militar, y al reconocer a su padre lanza aquel grito indómito que la descubre.

La escena dura un instante; el soldado sale corriendo, nada belicoso; la señorita queda en poder del ángel exterminador, que tal parece aquel hombre, desatinado por las libertades mansas de la tórtola.

No era muy lírico el arrullo. El actual novio de Cándida sabe que el tacto es la suma perfección del conocimiento, y, fiel a la práctica de tal sabiduría, consigue dulces favores en la tiniebla del portal, aprovechándose de una mujer golosa y pródiga instintivamente.

Cuando el papá la lleva casi en vilo, por un brazo, remanece la portera empinándose desde el sótano para hacer un gesto de burla y mascullar unas palabras socarronas...

Tercero izquierda. Los peldaños de ladrillo rojo, desiguales, apenas se distinguen.

—¿La criada?

—No la tenemos—balbuce Candidita llorosa, mostrando un llavín.

—¿Y tu madre?

—Ha salido.

—¿A qué?

—A... negocios: tiene comisiones en algunas compras y ventas...

—¿No os alcanza lo que os doy para vivir en paz?

La chica no responde y «se deja caer» en un sillón del gabinete mientras el padre se agita con semblante colérico y prorrumpe:

—¡Tanto lujo para consentir que te trate de cualquier manera un *quinto!*

Se yergue entonces con bravura la muchacha:

—¡Te advierto, papá, que es de cuota!

Ha secado su efímero lloro y sonríe triunfante, juvenil, mejorado su aspecto de muñeca de cartón, grande y basta, de esas conocidas con el remoquete de *peponas*.

Y el hombre la mira bajo el nuevo asombro de hallarle la cara viva y fresca, como nunca.

Es que la impávida Candidita ha sentido una sabrosa inquietud primaveral, concreta en el amorzuelo de un estudiante soldado. La calculadora niña estalla en voces del instinto como la tierra en flores pascuales: el *genio de la Especie*, según ahora se dice por los deseos carnales, surte en la materia opaca de la moza y da chispas como cualquier pedernal herido por un eslabón.

Fué una tarde reciente de mayo. Cuando la devota joven salía de la iglesia, después de cantar a la Virgen, un militarcillo, temporero y coquetón, le dijo piropos y se le puso al lado resuelto a conquistarla. Y antes de asomarse las estrellas al cielo ya era Candidita novia de aquel desconocido que la enamoró sin alterarle las facciones del alma. El acompañamiento por la calle a todas horas; las citas en la noche del portal; el baile, licencioso, en las dos verbenas de la temporada, hubiesen dado motivo a estos jóvenes para suscribir el clásico discurso de «por qué el Amor busca los solaces de la realidad, el contacto íntimo y gustoso con ella»...

No tiene Cándida ocasión de adornarle al papá la historia furtiva y ardiente de aquel episodio. Suena el timbre y don Severo se apresura a decir:

—Yo abriré.

Como un bólido sobreviene doña Purificación, ruidosa, disparatada, crepitante, y sus ojos, redondeados por la sorpresa, palidecen de susto al encontrar los del marido. No consigue reducir a palabras su zozobra y sustituye las ideas, equivocándose como en una alucinación.

Así lo que habla el matrimonio adquiere un dramático realismo, con agudos toques grotescos. La señora, que espera sacar partido de la visita, disculpa los deslices del pimpollo achacándolos a su misma inocencia y quitándoles importancia.

—Pero eso no volverá a suceder—promete con relativa humildad.

Hay un centro de angustia en su voz y en el caldo frío de su mirada. Por evadirse de algo tenebroso que le atormenta, alude a Julia Rey llamándola con desdeño «pensionista».

El marido la confunde:

—Tú sí que vives en *habitación alquilada* —acentúa implacable—repitiendo lo que oyes, usando frases de los demás, ateniéndote a las sobras, a los desperdicios, a las barreduras...

Y se dice el «filósofo», interiormente, que aquella mujer no es una criatura de libre destino espiritual, sino el producto de una evolución mecánica, sometida a los rígidos plazos del tiempo.

En alguna parte ha leído esa teoría varonil referente a la hembra humana, o sea el animal superior doméstico... Recuerda otro comentario científico que constituye a la servidora del hombre en infinitamente apta para los estímulos sensitivos y emocionales propios de la materni-

dad. A este nuevo criterio fisiológico no responde la mamá de Candidita más que de una manera rudimentaria y oscura.

En resumen, el «pensador» no sabe a qué fauna pertenece su esposa. Él vive también de prestado, sobre la opinión ajena, influído por dudas y divagaciones extrañas, más o menos discutibles. Con la agravante de que lo reconoce, y hasta padece una miaja de rubor por sus exigencias y repulsas.

—Cuanto me abochorna aquí—recapacita—lo merezco. Ningún hombre de fuste se rinde, como yo, a una mujer falta de excelsitud.

De esta manera, con el sofisma de unas acusaciones desinteresadas, vuelve al interés de su elogio. Pero un sentimiento igualitario y confuso, una rara dulzura brota de su crueldad. Se le oprime la conciencia al poner en su hija la reiterada contemplación, llena de rencores invencibles. Piensa en Aurora de España como en un signo astral, y se consume cavilando que nunca podrá hendir a una mujer, infundirle un soplo de sus codicias, para lograr una criatura así, que enseñe la carne eterna de su alma sobre el espesor de la materia transitoria.

Y por más que lo pretende no consigue el señor analítico identificarse con estas otras mujeres de muchas cosas gruesas y ninguna fina.

Entretanto, doña Purificación endilga supuestos y lamentaciones al amparo de las «santas virtudes del hogar», los «frutos de bendición» y otras frases cotidianas por el estilo; imagina que el silencio de su esposo es un síntoma aquiescente y que va a obtener un buen aumento de duros mensuales. Alcanzadísima por las deu-

das, ya sus embrollos contra los acreedores no surten efecto, y se ve amenazada de embargos, perseguida, con facturas y demandas. Se ha metido a chamarilera y está a punto de caer en petardista, por la falsedad de socios y embaucadores y la cerrazón del entendimiento.

Anda Moraleja muy distante de prestar atención a su consorte, sin ánimos para aleccionarla en nuevos propósitos. Él camina hacia un mundo naciente, y en primer lugar se dirige a la puerta. Le detiene Candidita obedeciendo a los guiños de su madre.

—No te vayas—le dice lagotera, mimosa, colgándosele del cuello—. No nos abandones... ¡Te necesitamos, papá!

Suelta él de un tirón el blando nudo; compasivo, quiere responder unas palabras tranquilizadoras, unas recomendaciones morales; besa a la chica, le da consejos: a pesar suyo se le enfría la blandura de la voz. La idea de quedarse allí, en prisiones, le produce una ráfaga de espanto.

Huye por el pasillo; el golpe sordo que resuena detrás de él, ha cerrado la casa, ha separado, al pobre definidor, de aquellas que él denuncia como seres canijos, almas de rastro seco en la Vida.

El emancipado nota la frente ligera y clara, con un ruido de aire en el cerebro. Sus manos, negativas, nadan ansiosamente en el vacío, comprobando que existe un espacio, hueco y liberador, entre su persona y el tabique de su antigua vivienda.

Ya está en la calle. El aliento de la gran ciudad le alcanza, de pronto, como un envión de

sangre juvenil. Allá arriba la noche, millonaria de luceros, aquieta las nubes y rezuma la esencia fuerte del verano.

Moraleja brinca igual que un niño. Al sentirse feliz, evoca, distraídamente, una máxima de Job: *Lanza tu tristeza y alégrate.*

—Sí, hay que lanzar las vacilaciones lejos del «muro que hace sombra»—resume, bíblico y dichoso—. Hay que embriagarse con el olor de la esperanza.

XIX

NEGRURA

TIENDE Candidita a su madre con altivo desdén... Está mirando una telaraña de color de ceniza que flota en el lamparín sucio del gabinete, ante un cromo del Corazón de Jesús. Y diríase que se complace en tan distinguido fleco.

Todavía Moraleja no habrá llegado al portal. Aun repercute su fuga en la atmósfera de la casa, y la explosión del intento, cómico, que allí se hizo para retenerle.

Pero ha cambiado en absoluto el talante de la hija, que se balancea en una mecedora, impasible el rostro, dentro de la expresión que ella tiene por insondable y profunda y que sólo es tenebraria...

—Pues sí—explica la mamá, contando sus trajines con álgido sinsabor—; figúrate que, apenas anochecido, lleguéme a lo que tú sabes. No me gusta que a pleno día me vea la gente por los barrios de poco más o menos, en faenas tan impropias de mí. Llevaba, con mucho cuidado, el collar de la Princesa, donde la corredora de la calle de Pardiñas, que ha prometido venderle y darme buena comisión. Conque, al bajar, veo salir de uno de los pisos a doña Celeste, muy de escondite y de mantilla, levantando casi a cuestas a Refugio... ¡Ay, Dios mío, qué horror!... Me quedé helada. Iba la chica mortal, quejándose y cayéndose; la madre, violenta, ceñuda, no me quiso ni conocer, y, ¡pásmate!, en la puerta, que se cerró con mucho sigilo, había un letrero: *Comadrona;* delante del portal, un taxi... Aunque doña Celeste me rechazaba con el gesto y el disimulo, yo, «que lo comprendí todo» y me escandalicé, les tuve compasión. Hoy por ti y mañana por mí—pensé—; nadie vive en el mundo por su habilidad. Y le ayudé a sostener la hija, que antes de subir al coche se me abrazó llorando. Estaba desfallecida, temblorosa... ¡pobre criatura!... Nada me atreví a preguntar; y se fueron calladas... tremendas... ¡Ay, Jesús, qué miedo!... Dios nos libre de semejantes desdichas.

No sabe doña Pura, con certeza, a qué oprobio se refiere, pero sí que hay un drama horrible en la situación de Refugio, y una amenaza, un aviso para sus compañeras de escaramuzas peligrosas.

Y de aquella mujer a quien don Severo supone en escala evolutiva hacia el ser racional, transcienden, presos, los latidos de una congoja

oscura, un remoto dolor de hembra, encaminado a remediarse con la única solución que ella comprende: el Matrimonio. En la aridez esteparia de su espíritu aquel sacramento emerge como el solo dios capaz de las femeninas redenciones.

Hoy doña Pura, cansada «luchadora» detrás de una bendición solvente para todas las apetencias de la hija, no se permite el lujo de acusar a su marido, que, al cabo, es un legítimo responsable, el medio legal que le ha servido a ella para el fin biológico de la Especie.

Como si no existieran *bestias enlazadas con redes divinas*, la señora persiste en creer que tiene el lazo matrimonial una excelsa virtud para suprimir las máculas de los casados, sin que ellos procuren merecer ni justificar el santo beneficio.

La «cuantitativa feminidad»—clínicamente supuesta—de esta casada, no se agota con los años en lo que al instinto de la progenie corresponde, y que viene a ser la preocupación más delicada de doña Pura, el sentimiento que, hasta cierto punto, la humaniza; y de fijo el que más la enternece.

El único, también, que la ciencia moderna atribuye al sexo débil, como específico y transitorio, aunque decantado, si se quiere así, por los tamices de la civilización. En la esposa de Moraleja es casi un estímulo cavernario, un acicate que la inclina a todas las contumacias ruines: quizá porque no ha subido nunca el ánimo a la frente pina de las torres.

Y una ola de fanatismo religioso, del menor quilate, una racha somera de fervores católicos, se une a la maternal propensión de la señora,

con fuerte empuje, hoy que estuvo en contacto con la tragedia sexual en uno de sus aspectos más inquietantes y sombríos.

—¿Tú adivinas — pregunta, cautelosa — qué habrá pasado... *allí?*

Cándida, que presta una atención brusca a este último relato de su madre, responde:

—¡Claro que lo adivino! Doña Celeste ha tomado sus medidas para que «lo de Refugio»... no continúe.

—¿Entonces?... ¿Quiere decir?...

—Ha hecho bien—añade la muchacha sin titubear, cínicamente.

De fría espectadora se ha convertido en agria polemista; rompe el tedio de su carácter con reconcentrada furia y su lengua hiere a tajos, como un cuchillo, hincándose en lo más hediondo, ciegamente, y en lo más sublime.

Doña Pura la oye estupefacta.

—¡Niña, niña!... ¿Cuándo has aprendido tú esas cosas? ¿De dónde has sacado semejantes errores y atrevimientos?

—De mi cabeza — respinga la moza, muy ufana.

—Pero tú... tú... ¡No permitirá la Virgen Santísima que te veas en el trance de Refugio!

—No sé...

—¡Cándida!

La chica se encoge de hombros, con torva catadura; las exclamaciones de la madre suenan invadidas de susto. Y perora, impreca, riñe largo rato. Su voz, que pretende soliviantarse aguda como un clarín, se reduce a un lamento. Hasta que la hija, cansándose del triste plañido, advierte:

—«Por ahora» nada tengo que ver con el caso de Refugio Marín. En adelante no respondo de lo que suceda... Papá me prohibe las relaciones con ese muchacho que me gusta: no tengo dinero para gastar coche y lucir lo que valgo. Y ni lo uno, ni lo otro; ni el Amor ni el Interés... ¿Voy a estarme así toda la vida?... ¡Te digo que no! Me iré con el que me apetezca o con el que me pague.

A la señora se le hunde la mirada llena de brumas y de pánico, a riesgo de perder el poco entido de que dispone. Y Cándida, vagamente nquieta con la perspectiva de un soponcio, no queriendo contradecirse ni sabiendo qué hacer, acaba por echarse a llorar.

En aquel llanto sangra todo el veneno de su corazón. Y es inútil que doña Pura, ya más tranquila, fuera del gran miedo, libre, a su parecer, de la deshonra, trate de apaciguar a la joven con promesas felices. Ella encontrará muchos caminos para vencer a la fortuna: Porque nada hay tan omnipotente como el amor de una madre.

—¿Y mi hermana?—alega Candidita con lógica brutal—¿no es también hija tuya?

Un bronco silencio envuelve a la señora, que no sin trabajo sale de la negrura de su mutismo para responder. De su hija mayor que dé cuenta don Juan de España. A ella se la quitaron, contra su voluntad; es una herida incurable que lleva consigo; un sufrimiento aliado al presente y al porvenir; un temblor continuo de lo que pueda suceder...

—Sin embargo—añade—me ocupo, en lo posible, de su suerte. De no estar aquí, con nos-

otras, porque no han querido ni ella ni los que contribuyen a sus locuras, hubiera deseado verla en una casa formal, convento o pensión católica, que las hay muy buenas en Madrid: una se anuncia, a menudo, en la Plaza del Angel...

—A mí ¿qué me importa eso?

—¡Hija, ten caridad!

—¿De quiénes?... ¿De los privilegiados? ¿De los usurpadores, que «se quedan» con todo?... ¡Hay que ver!... Talento, hermosura, novios pesetas... hasta el nombre le ayuda a subir. Porque *ésa* sube: ¡no me lo negarás! ¿Y quieres que me apiade de su destino?... Lástima de Refugio y del pelagatos de Rodríguez, que no deja de ser un infeliz. Pero ¿de Aurora de España? ¡Vamos, sería el colmo!... ¡Una intelectual, una doctora, una vampira, que secuestra a los pretendientes y hasta a «los padres» de las demás, sólo con mirarlos!... Y estoy viendo que te conquista a ti.

—Mujer, ¡por Dios!

—¡Así mismo! Entonces camparé sola, porque lo que es con ella no vuelvo a transigir.

Arrecia Candidita en su lloro. Un ácido aborrecimiento por su hermana la corroe y deslíe su habitual insipidez, transformándola en rabiosa exageración.

Consternada la madre ante aquel arrebato iracundo, no se atreve a emplear caricias, ni tiernas demostraciones, para contener tanto furor; porque la muchacha es dura en tales casos y se encastilla en una aspereza tosca muy cerril.

Doña Purificación decide, pues, aguardar que amaine la borrasca, y la niña se desahoga burdamente:

—Haré mi realísima voluntad. Yo no me quedo sin «saber lo que es canela»; sin *divertirme* y sin tener auto.

—¿Las dos cosas?

—Las dos...

A distancia de la hija, como si temiera acercarse, la dócil mamá consigue extender uno de aquellos discursos, de su exclusiva inspiración, mezclado de máximas domésticas y vaciedades públicas, inimitables.

Poco a poco, según la chica se iba cansando de gemir, habló de sus dudas sobre algunos deberes que pudiera tener con Aurora; por si el no cumplirlos fuese a llamar sobre la única hija adorada el peso de cualquier infortunio, ya que Dios pide cuentas muy estrictas a las madres.

Procura que no se le atierne la voz, que no se le escape uno de los suspiros lacrimosos que la caracterizan y que enojan mucho a Cándida.

Está en penumbras la habitación. Una sola bombilla eléctrica luce desvaídamente, al socaire de unos horribles colgajos de papel: habilidad de la presente señorita, que hace otras labores de adorno, tan definitivas como aquélla.

Por el balcón, abierto, sube el ruido ardoroso de la calle, y de la remota faja azul que se columbra desde el gabinete, cuelga un silencio estrellado.

A las de Moraleja no les preocupan las cosas inauditas; sólo perciben las que suenan mucho. Su paladar no registra el sabor divino de los luceros, y si levantan los ojos a la urna celestial, es, únicamente, para «ponerlos en blanco».

Así ahora, cuando doña Pura se refiere, muy lánguida, a su hija mayor, diciendo:

—Me consuela saber que en esa fonda donde está, vive una dama de excelentes costumbres, doña Patricia López, mujer de inmenso capital y buena educación. Por cierto que la renovera a quien vi esta tarde le va a llevar las joyas de la Canigut.

Escasea ya la niña sus lágrimas y doña Purificación se permite otras consideraciones sentimentales, con citas de santos y recuento de las promesas que les debe, si se portan como es debido; favor por favor, el toma y daca de los rateros; ayunos, abstinencias, misas y rosarios si Cándida encuentra un buen partido, si el esposo disidente añade la pensión mensual, si la señora consigue poner en claro sus especulaciones arriesgadas.

Esto último lo reserva sin que su hija se entere. Porque se ha metido en lances tramposos y está a pique de verse complicada en un proceso por falsificación de gemas. Este laberinto, de donde no acierta a salir, la obliga a soltar dinero en vez de ganarlo. Acude a la usura, y recibe lo indispensable para seguir malviviendo a fuerza de ilícitos pagarés, de artimañas y embustes carcelarios.

Temeraria, como todo ignorante, doña Pura finge y se enreda cada vez más con el único aliciente de que su niña luzca y *saque* marido. Pero los quehaceres extradomésticos que la llevaron fuera de su casa en estos días de tramoya y cimbel, han sido perniciosos. Tiene que volver a empezar su clásica «lucha» cerca de la niña, como antes, siempre al lado suyo. ¡Qué

temeridad habérsela confiado a doña Celeste!

—¿Sabías tú «eso» de Refugio?—piensa en alta voz, intrincándose en dudas y atriciones.

—Lo sospechaba—gruñe la moza soslayando el asunto para volver a otro que le interesa más—. ¿Valen mucho las alhajas de doña Hilda?

—Muchísimo.

—¿Y por qué las vende?

—Para comprar las que ahora se usan. Aquéllas tienen un mérito de antigüedad que se paga muy bien; pero no sirven para llevarlas.

Suspira la joven; se revuelve en la mecedora, dándose viento con un abanico, y pregunta:

—¿Cómo son?

La mamá hace una encomiástica reseña a su modo, y, ante los egoísmos de Cándida, rebrillan camándulas y trencellines, ajorcas y brocamantos, sartales de coral, gargantillas de perlas, traeres de mil graciosos estilos y combinaciones.

Los ojos alcoholados de la moza se dilatan. Aparecen en ellos unas pintas de fosforescencia como los noctílucos excitados en las olas del Mar. Fieros son los oleajes en el apetito de Cándida, que inmoderadamente desea todo lo que significa molicie y gula, vida pingüe, acaparada sin merecimiento ninguno; la felicidad gratis, *porque sí.*

—Lo bueno, lo caro, debía de ser mío—susurra, clavada en su imaginación la envidia como antes se pinchaban los moños con uno de aquellos espliques antiguos de la Canigut.

—Y lo será—promete la madre, que encuentra muy justos los sublevados anhelos de su hija.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—Desde que tengo quince años dices lo mismo.

—Acabas de cumplir veinte.

—¡Ya ves!

—Nada. Eres una niña. Y te vas a casar a escape.

—Pero ¿con quién?

—Con un hombre digno de ti. «Arrastrarás» coche; tendrás joyas como una princesa; cuanto imagines ha de ser «un pálido reflejo de la realidad»; casa propia en Madrid, hoteles para el veraneo...

—¡Sí... sí!...

—He sabido que existen cargos más resonantes que los de Comisario Regio y Senador Vitalicio.

—Tú habías nombrado más.

—Hay otros que entonces no conocía. Te los voy a decir: Caballerizo y Montero Mayor... ¿Te gusta?

—Es elegante.

—Gentilhombre de Casa y Boca.

—¡Le prefiero!

—Yo también—se relame doña Pura, convencida de que se esconde algo muy sustancioso y nutritivo en la prosapia de aquel yerno futuro.

—El caso es que no se cumplen tus profecías; que yo no alterno en la sociedad donde abundan esos señores; que tu renta no alcanza ni para que nos sirva una fregatriz...

—Porque hemos hecho muchos gastos con tu ropa. Estabas desnuda y lo más urgente era equiparte. Ya tienes de todo y en cuanto yo arregle unos asuntillos que ahora me dan que-

hacer, nos iremos a Biarritz una temporadita; o a San Juan de Luz.

—Sería mejor a Santander.

—Como tú quieras. En todas partes causarás sensación; volverás comprometida y tu boda será un gran acontecimiento... Al año «tendremos» un niño—balbuce conmocionada la pródiga cronista de tan suntuoso porvenir.

La muchacha sonríe con aire de hogareño pudor. ¿Un niño? Está indecisa. Al cabo acepta, encantada, melindrosa.

—Sí, bueno; un niño militar.

—¿Y si hay guerra?

—¡Qué ha de haber!... Me encantan los uniformes.

Permanece Cándida embebida en un capricho que fluctúa entre el cuota de sus escarceos amatorios y un soldado chiquitín, un nene vestido de carnaval. Tal vez un muñeco de cartón, lógico fruto para la muñeca de trapos y serrín.

XX

MALICIA

ÍSPERA de ausencias. Mañana temprano sale doña Patricia López con rumbo al vecino monte azul donde pasará los dos meses de fuerte calor madrileño. Se lleva a Margarita para que la acompañe y la cuide.

Está la dama endeble y achacosa, y, según conjetura doña Micaela, aquel desmayo la domina desde que olfateó la sangre humana en un pañuelo y después en unas vendas, agazapándose a oler y casi a gustar con un paladeo goloso y un chasquido de lengua lleno de fruición: era cuando Aurora se acostaba febril y se extendía por la casa un vértigo de perplejidades, un escucho de aventura y novedad.

Obsesionada la patrona con lo que malamente supo de su huéspeda, intuída por la propia sugestión, descubre en la señora verdaderos horrores. Unas veces le encuentra en la mirada el reflejo de un personaje diabólico; otras le percibe en la sonrisa una máscara infernal; luego nota que la voz se le abre con un sonido de espanto y de rotura; sorprende en lo que dice algo siniestro como el rumor de una fuente ponzoñosa.

Y está deseando perderla de vista; ya no la puede sufrir por ninguna clase de interés. Sólo como escrúpulo de conciencia oculta sus terribles observaciones y rechaza la tentación de negarle la hija, de obligarla a partir definitivamente, cuanto primero.

También mañana sale Julia Rey de Madrid en el expreso de la noche. Aurora se queda porque su novio ha decidido quedarse y para la enamorada es un irresistible imán la suerte del amado.

Los dos abrigan el proyecto de trabajar mucho en estos meses; de arraigarse bien sobre la dirección que les conduce a su boda en el otoño. Y hasta esa fecha se despide Julia, ya madrina oficial del anunciado suceso.

Algo excluído Moraleja de estos planes, por delicada timidez suya y por ciertos desvíos del doctor Casal, permanece a orillas del noviazgo, en continuo acecho de lo que Aurora quiera permitirle. Y engulle su pena con insondable ternura, comiéndose el corazón para no clavar el ápice de su gemido en los demás corazones. Desde la esperanza inconcreta, alucinatoria, se hunde en el desencanto con una prontitud enfermiza, y únicamente Jaime Solinde tiene el privi-

legio de equilibrarle un poco las ilusiones y las incertidumbres.

Porque a don Severo le comunica su amigo una singular fuerza en el largo curso de las conversaciones, un valor que le repara y estremece cuando el muchacho niega las probabilidades del casamiento aquel, motivo de tanta inquietud.

—Ese hombre sólo es «la piedra menuda» en que Aurora ha tropezado, a punto de caer.

—¡Pero si ha caído!

—¡Quia!... No, señor.

Y entonces las palabras le hinchan a Jaime las venas del cuello; le brilla en los ojos un resplandor de borrachera; su voz acusa el aguerrido afán de no equivocarse.

Esta actitud de franca rebelión contra Guillermo, se hizo ostensible últimamente. De pronto, un día el abogado habló de su rival con destapada furia.

—Le he conocido a costa de una experiencia muy difícil; le vengo estudiando con desinteresada imparcialidad y sé a qué atenerme. No hace mucho prometía los dones insumisos de la Ciencia; pero se convierte en un mal importador de cuanto dice ese famoso médico vienés que produce, entre sus colegas menores, estragos lamentables; a veces en un tono de mediocridad bastante ridículo.

—Sí; avaricias de la nivelación: el inútil propósito de suplantar a los verdaderos creadores —repuso Moraleja inclinado siempre a combatir la vanidad del prójimo.

—Hay un sabio en España que ha dicho en esa cuestión sexual muchas novedades, desde la altura de su prestigio; es un maestro célebre en

el mundo, a pesar de su juventud. Pues, se le ha desencadenado una tormenta de comentaristas anodinos, charlatanes y mixtificadores, que constituyen una plaga espantosa. No se atienen a la Medicina; su zona experimental invade la novela, el ensayo, el drama, el sueño. Y en una publicación seudocientífica, lo mismo que en el Cine y en el Club, se entera uno de la red invisible de sentimientos y de instintos que nos influyen en la Vida, lóbregamente, para interrumpir las relaciones entre la Líbido y la Eugenesia, dos señoras, hoy del dominio público, que hasta en las escuelas de primera enseñanza tienen detractores y partidarios.

—Eso es—clamó don Severo—por insistir en las subordinaciones individuales y someterse a las turbas, con menoscabo de la singularidad. Hay que temer la invasión de las masas, el delirio de las medianías, esa cultura general, tan pueril, que intenta con su estruendo ahogar las voces de una positiva selección.—Ostentoso, al conjuro de su chifladura, Moraleja prosigue:—Estamos en la época de los aficionados: cualquier bicho viviente escribe, pinta, canta, esculpe. Cada uno lo sabe todo, y, a veces... nadie sabe nada. Siglo éste de colectividad, de multitud, propenso a las alabanzas de los muchos, que incluyen a los mismos alabanciosos; hoy se involucran los valores, se...

Jaime, que había recogido una ocurrencia feliz del orador, detuvo la perorata:

—Uno de esos *aficionados* que usted dice es Guillermo Casal.

—¡Pero, hombre!... ¿Ni siquiera resulta un buen médico?

—Lo iba a ser y se ha pasado de rosca. A la Ciencia esquiva, insobornable, prefiere la especiosa divulgación, la exterioridad campanuda que sólo se consigue con atrevimiento y desfachatez. Así malogra su carrera en el sentido fundamental y religioso de la misma; pero acelera su popularidad y tal vez resuelve sus ideales... domésticos.

Se quedó Solinde muy alegre luego de acabar estas palabras que retrataron la figura moral del doctor, y subrayó, en seguida, airosamente juvenil:—Ese no es el tipo de Aurora.

—¡De ninguna manera!—asintió don Severo rotundo. Y, a sovoz, escondido, abismático:—La quieres tú, ¿verdad?

—¡Sí!

—¿De amores?

—¡Sí!

Fué un estallido inevitable dentro de la sostenida confidencia. Y después, cada día, en el encuentro de los dos hombres, un tema de anchurosa comunicación.

Esta tarde recibe doña Patricia a sus íntimos y les obsequia con un té, para despedirse.

El piso de doña Micaela, moderno y hasta elegante en su pulcritud, no se presta mal para una fiestecita amistosa. Y el ancho gabinete de la *Tesorera*, comunicado con un pequeño salón común, brinda su hospitalidad a buen número de personas, damas y caballeros distinguidos, entre los cuales despunta nada menos que una princesa: la de Canigut. También están invitadas Aurora y Julia.

Asisten allí dos niñas insustanciales y gentiles de la «buena sociedad», vestidas, una de blanco y otra de azul, con los retales de modas que encubren y desnudan. Las acompaña su tío, un señor maduro y apuesto, don Marcial de Orozco, y las escoltan dos jóvenes *vanguardistas*—según ellos dicen—muy impertinentes y arbitrarios. Hay señoras mayores, y una muy visible, de aspecto solemne y antigua vestimenta: la llaman doña Gertrudis. Se ha quitado el sombrero y luce una cabeza intonsa, complicada y teñida. La cara, desagradable, no carece de adobos.

De toda esta gente admite los saludos la de Canigut con una condescendencia encantadora. Es una mujer linda, insinuante, de edad indefinible y costoso vestido. Anda con ella otra señora del mismo porte, menos bonita. Y juntas se las ha visto en «todo Madrid», incluso en el reparto de limosnas organizado por la *Pía Unión de Damas Nacionales* y en el propio domicilio oficial de esta encumbrada asociación, donde se despepitan las burguesas por codearse con las aristócratas, a riesgo de servilismos y equivocaciones.

Es muy posible que el cartel nobiliario de la Princesa se reduzca a una improvisación, cabriola de arribista internacional que sólo deslumbra a los inexpertos en los grandes trucos mundanos.

Las sobrinas de Orozco han encontrado a la Canigut muchas veces en la «sala rusa» de la calle de Alcalá, y ahora la miran con íntima devoción. En cambio doña Gertrudis la condena, aunque no la conoce. Infalible para juzgar

a las personas, arruga el ceño, clava los impertinentes en la sentenciada y diagnostica:—¡Es de cuidado!

Por aquí rebulle doña Patricia de un lado para otro, muy contenta de presentar con toda suerte de adjetivos y pormenores a la señorita España, gloriándose en su exhibición, no sin cierto retintín.

—Nuestra ínclita doctora, cuya «odisea» va a terminar en casamiento... La mujer de hoy... La viajera de medio mundo...—Y explica mil detalles de la apoteosis reciente, como de las consecuencias que trajo...

Aurora, cohibida, ensalzada por las admiraciones del concurso, triunfa luego de aquella indiscreción recogiéndose en su propia gracia, al margen de lo extraño y desconocido. Su belleza, su distinción, únicas, la aíslan, como siempre, y al mismo tiempo la difunden, sembrada en un encanto general.

Ya «los intelectuales» se le aproximan, vanidosos, a título de compañeros.

—¿Conque escritora, eh?—le dice uno.

—Todavía no—aplaza con modestia.

Y le ponen sitio, extraviados en el orbe oscuro de aquellos ojos que reservan muchas cosas profundas. Hablan osadamente, quitándose la vez, con pintoresco arrebato. Citan a Góngora, sin perder un minuto; discuten sobre el hipérbaton y la metáfora; miden la Poesía por kilómetros y hasta por metros; la pesan por kilos; y aunque no les quede ni un adarme del divino licor, les queda, al parecer, un regusto al fermento de todas las culturas, de todas las modernas excitaciones. Nada ignoran en ningún

hemisferio, ni más allá; son ultramundistas; conciben las mentales exquisiteces que sólo se revelan a los sabios ilustres: han perdido la facilidad de maravillarse y aguardan que Aurora se rinda a su talento floreciente.

Ella sabe muy bien en qué barro impuro se moldean las frases crudas y baldías, los tonos ácidos y corrosivos, los acentos impotentes, las palabras sin luz. Y apenas responde con un gracioso mohín a las estridencias de sus nuevos amigos, suavemente divertida con los mutuos elogios que se regalan a flor de labio: «el festejo a los abundantes», como hubiera dicho Moraleja.

Pero los «jóvenes maestros» no están conformes con el aire displicente de la señorita España, y, para vengarse de su indiferencia, generalizan la conversación tomando a broma el mujerismo: la ginecocracia, como ellos amplían.

Se les unen, a escape, unas cuantas señoras, y salen a flote, en zumba, con pretextos de diversión, no pocas lindezas que los varones de todos los tiempos han espetado, gratuitamente, a sus madres y hermanas.

San Gregorio, San Francisco Javier, San Agustín, San Bernardo, San Buenaventura, San Juan Crisóstomo y otros muchos venerables señores de la antigüedad, se adelantan en este cortejo de galanterías: *Órgano de Lucifer: acrecentadoras del pecado: la más peligrosa de las bestias feroces...*

Parece que los clásicos «madrigales» no son desconocidos para todas las invitadas, pues doña Gertrudis refresca la memoria del glosador, añadiendo:—*Es más difícil encontrar una mujer buena que un cuervo blanco*, y, *compa-*

rada con la suya, toda malicia es mínima. ¿No lo recuerda usted?

—Sí, señora—responde el aludido—. Son palabras, también, de los Santos Padres.

La de Canigut atiende burlona, y las niñas de Orozco defienden, hipócritas, los colores de sus vestidos, blanco y azul, con sonrisa ignorante y deslavada.

—¡Bah!—protesta Julia Rey, ardiendo en llamas de rebeldía—. Hemos tenido muchos defensores entre esos mismos Padres; la Iglesia Católica es nuestro báculo, sin contar que las «Madres Santas», y siempre las hubo, han estado mudas por los siglos de los siglos. Y ahora, precisamente un día de éstos, van a poner cátedra y a decir muchas cosas interesantes.

—¿De veras?—satiriza uno de los pollos gongorinos.

—Ya lo está usted viendo.

Interviene doña Gertrudis con frase desabrida y mirada inquisitorial.

—Muchos hombres insignes de hoy opinan como los de ayer.

Y Julia niega al punto:

—Si en realidad son hombres irá esa opinión contra las mujeres indeseables, pasadas y presentes, que abundan. Ya ve usted, sólo en la Corte sobran sesenta mil.

—Sobran..., sobran... ¡Dirá usted *sobramos!*

—No por cierto. Yo no sobro nunca.

—¡Muy bien dicho, muy bien! —aplaude Orozco.

Y uno de los poetas kilométricos persiste con desdén, serio y engolado.

—Aparte las citas, más o menos benévolas,

del Santoral, reina en el ambiente una discusión biológica sobre la mujer; que, según dictamen de un preclaro doctor, está definida como un ser intermedio entre el niño y el hombre.

—Será necesario que también dictaminen las doctoras—afirma Julia, con un aplomo que desconcierta al vate.

Y se irrita, agresivo contra la impavidez alegre de la señorita España, cuyos ojos, traslúcidos y enigmáticos, le perturban. Sabe que tiene novio, y una insana curiosidad le induce a departir con ella sobre el Amor, el científico sin duda, como función orgánica instintiva. Supone, exacerbado, que será muy sabroso el «grito de la Especie» en esta muchacha ultramoderna, arisca y dulce a la par. Y estruja su imaginación con textos recientes de Hermann Kayserling y otros autores preocupados del feminismo, creyendo que Aurora se incite a la polémica.

La doctorcita no incurre en semejante tentación. Comprueba, entretenida, el parasitismo literario del doncel y espera a Guillermo, que ha prometido venir a última hora.

Hilda de Canigut fuma y se aburre.

En un extremo de las habitaciones se murmura de lo lindo, mientras doña Gertrudis toma notas con lápiz en menudos papeles.—Ya caigo, ya caigo—va diciendo. Y, de pronto, se dirige a Aurora:

—He conocido a su hermana, que vale mucho; le oí cantar las Flores de mayo en San Ginés; una chica ideal, la verdadera *virgen prudente:* ¡así, así debían ser todas las jóvenes!... También

conozco a su mamá de usted, señora de grandes virtudes. ¿No vive usted con ellas?

—Vivo sola.

—¡Qué lástima!

—Sí...

Julia Rey se mezcla en este nuevo grupo con habilidad, y la dama de los apuntes le dice, arrogante, como quien se goza en una cruel amenaza:

—Me documento porque soy periodista.

—Enhorabuena, y por muchos años.

—Se agradece. Mañana sale en *mi* periódico una crónica *mía* acerca de San Pascual, abogado del fogón.

—¿Dedicada a las cocineras?

—No, señora.

—¿A los maquinistas?

—¡A las mujeres!

—¡Ah, vamos, comprendido! A las que sólo sirven para tiznarse.

La gitanería y el retozo de Julia sacan de quicio a doña Gertrudis, que algo quiere decir muy adverso y transcendental.

—Es usted disolvente como *Nora*—masculla, al fin. Y se queda gustando el efecto de aquel insulto erudito y psicológico.

Pero no puede la sevillana contener la risa, y su diáfana diversión aumenta el berrinche de aquella persona absurda, que concluye por arrinconarse desesperada. Es el animal híbrido y malicioso, con presunciones de sabiduría, la humana oveja renil enemiga mortal de la Mujer.

Nada más oportuno que la merienda ofrecida en este momento.

La niña blanca y la niña azul ayudan, muy provocadoras y diligentes, a servir helados y licores, pastas, cigarrillos y té.

Habló aparte la Princesa, un largo rato, con doña Patricia, y esconde mal su fuerte desazón por algo imprevisto que sucede y exige un experto disimulo.

Parece que hay otras inquietudes sinuosas al través de charlas, golosinas y frivolidades; un malestar repentino y sordo que se traduce en tácitas averiguaciones, en ademanes paralizados y flojas sonrisas.

Pero este aire de oscura peripecia corre entre unos pocos invitados y sólo alcanza a los demás de un modo sutil, incomprensible.

Una atmósfera caldeada contribuye a este raro desasosiego. Alguien despliega las entornadas batientes de cada balcón y el viento se acuesta en los cristales, estantío, pesado. Se pone el cielo gordo y plomizo: el día se extingue en una nata de penumbra tormentosa.

Don Marcial de Orozco, muy cortés, une gestos y palabras con reserva y precisión para advertir a Julia de lo ineducados que están los jóvenes del día.

—Se atreven a todo sin reparo ninguno: lo mismo hablan a una señora que a un carabinero. Yo soy del «antiguo régimen» y no me permito esas libertades.

La andaluza, que ha procurado distraerse para engañar su melancolía, se complace en la amabilidad de aquel buen señor.

Y entretanto, Aurora observa el aspecto extrañísimo de doña Patricia, que muerde con voracidad las tartas y los pastelillos y se rego-

dea picando en los bombones y en la copa de jerez. Traga y bebe con ansia canina, y en el rostro gris, demudado, la dentadura punzante da una sensación cadavérica. Nota la muchacha un hueco profundo en aquellos ojos registradores y vivaces otras veces, y juraría que a la dama se le tuerce la boca y se le derrumba el cuerpo.

Sin embargo, no descuida ella sus deberes y entre mordisco y sorbo adula y halaga con especial sapidez a sus convidados, que ya se despiden.

Aurora teme que en la expresión confusa, en el acento pegajoso de doña Patricia, se oculte algún secreto espantable. Y el doctor Casal, que llega entonces, la tranquiliza:

—Todo eso que dices es cansancio, inutilidad, chochez...

XXI

INQUIETUD

TRO día pasado, bien tempranito, dispone doña Patricia su viaje, con el auto a la puerta y una especie de sigilo temeroso.

Aurora, que ha madrugado mucho, percibe las idas y venidas por la casa, y oye cómo le suplica doña Micaela, discretamente:

—¡Señorita!, haga el favor de salir un momento.

—¿Qué?

—Perdone. La sentí levantada y la llamo para que repare en el vejestorio. Fíjese: ¡da miedo! Es como si la Muerte clamase rechazando a una bruja. ¿Adónde va mi Margarita con ella?

Por única vez la patrona exterioriza sus temores así.

—Aguarde: no se disguste—la contiene Aurora, dirigiéndose al comedor porque allí desayuna la viajera, ya con el sombrero calado. Está lívida, parece sorda, embotada, y como si un resto de inteligencia la obligase a sonreir. Se alarma un poco delante de la joven; aunque ella se le aproxima con sosiego y blandura, alcanzada por inexplicable conmiseración. Y acaba la señora por tomarle una mano, la que estuvo herida y conserva su cicatriz. Busca el sitio donde brota la nueva piel, tenue, como el hábito de las flores, y silabea:

—Mar-ca-da...

Con súbito ademán intenta unir el hociquillo a esta línea de color de rosa. ¿Un beso?... ¿Un bocado?

La muchacha rehuye, y la devoradora sigue tragando, imperturbable, como si no hubiese interrumpido su merienda desde ayer. Deglute siempre y sorbe, relamida, con ese apetito dañoso de los moribundos, que se define como *hambre delirante.* De nuevo quiere hablar, resuena su voz, desastrosa, y no se comprende lo que dice. Hasta que, de repente, se alza en pie, corre, a pasito menudo y saltarín, turulata, diciendo adiós con la mano, hacia la escalera.

Ya no hay tiempo de impedir el viaje, que adquiere una traza misteriosa de huída. Margarita Falcón baja detrás de la *Tesorera;* ambas se instalan en el coche, y la partida, inevitable, se diluye en aquel sonido maquinal que dura un minuto: mientras el auto dobla la esquina y desaparece.

Está en el aire el fresco del amanecer y ya se aprieta el sol contra las persianas: las nubes de anoche se dispersaron al salir la Luna.

Desconcertada y triste doña Micaela sufre con la marcha de la hija, que le parece un secuestro.

—Mañana mismo voy por ella—resuelve—; en el Hotel no faltará quien ayude a la señora.

Y no se puede sustraer a la convicción de que en doña Patricia existe una sombra escapada del reino criminal.

Padece Aurora el insomnio de las almas hambrientas. Su tránsito al Amor profundiza cuanto hay en esta mujer de poderío esencial, de torrentes vitales y sensibles arcanos.

En ella luchan hoy el claro despliegue de los sentimientos y la enervación de la sangre, que le produce un cansancio delicioso.

Y no recobra su limpia cara transparente, aquel vivo matiz de serenidad que tuvo desde su campo de anestesia, lejos del hombre, en el mundo inhumano de los libros y las conjeturas: no oye, como antes, el infinito silencio de Dios. Su alma, fuerte y pronta, ha perdido algo de clarividencia con la excitación de todas sus fibras.

Es que para Aurora el Amor es un deseo de confusiones que no está libre de la carne. Ella, que siente el generoso afán de una entrega inmediata a todas las cosas, se ha dado, trémulamente, al secreto absoluto de vivir y querer. Y aunque su carácter diamantino suscite una protesta contra la inseguridad tiránica de lo misterioso, también se conforma, esperando volver a

su buen temple de gallardía y aplicación así que le consienta Guillermo trabajar. Pero él siempre dice:

—Mañana. Es menester que te repongas; acabas de sufrir un traumatismo nervioso muy considerable y debes aprovechar la compañía de Julia como descanso y vacación.

En esta fase trastornadora de su juventud, no sabe la muchacha cómo poner en orden los estímulos y las inteligencias, cómo aprovechar la sazón de sus pensamientos y decidir por qué vías ha de emprender su obra de liberaciones. El plazo a que el novio la somete es un motivo de vacilación porque da lugar a excesivas dudas.

Ahora mismo, de la tarde de ayer, subsiste en Aurora sólo el recuerdo de una fila de medias claras, rellenas por la deleznable arquitectura natural de otras tantas pantorrillas; como se ven a menudo en las ilustraciones actuales de revistas y periódicos. Y sobre este fundamento bailarín, una serie de gestos ordinarios, de charlas insolentes, bromas de mal gusto, irreverencias contra la gramática y la educación. En resumen: tarde perdida, sin la dignidad de una fiesta plausible: horas estériles, que no han de volver.

La muchacha se preocupa de estos fracasos como si el tiempo de los demás fuera todo suyo, para sus planes y soluciones. Por hacer algo, rebelde a la desidia y al calor, arregla sus libros y sus apuntes, las ropas y perfiles del gabinete. Sus manos, deseosas de acariciar, suben con frecuencia a los cabellos revoltosos, a los párpados de lirio, a las sienes henchidas con el pulso de la razón...

Apenas se levanta Julia, cuando le pregunta Aurora si en Madrid habrá demasiadas mujeres de brillo y de pirámide, con traza aventurera como la Canigut.

—No; ésa es un modelo raro. ¿Viste cómo las otras la imitaban? Hay muchas, sí, aspirantes al dominio de la máxima pirueta social; comediantas bisoñas, gentes advenedizas que a todo trance buscan el boato y el Dinero, una cumbre, aunque sea la del crimen. La mayoría de esos vividores, universales, se quedan en el camino. Pocos logran dar el salto... a veces mortal. Y abundan los hombres en el género.

Fatalmente, sin saber por qué, Aurora piensa en su madre, en su hermana, en la célebre *Tesorera*, en la horrible doña Gertrudis, ensalzadora de vírgenes prudentes... Y le punza otro resquemor. La señora viuda de Casal había prometido ir al convite de su amiga.

—Sólo por ti—le dijo Guillermo a la novia.

Pero no fué. ¿Tampoco la quería esta madre? Al disculpar su ausencia ¿no estuvo azarado el doctor?

Para desoir sus cavilaciones la muchacha se refiere al viaje de doña Patricia, cauteloso, parecido a una fuga, y concluye por declarar:

—Me entristecen las españolas como esas que padecimos ayer...

Está Julia notando la impaciencia grave de la moza. Ve que la Melancolía, compañera de la Sensibilidad, le ha puesto debajo de los ojos una sombra azul... Conviene animarla, que no desconfíe de su destino, ya que parece señalado por una decisión inquebrantable.

—El prototipo de las verdaderas españolas

—dice con gracejo—somos tú y yo. Las invitadas de doña Patricia, y muchas más, hasta varios millones, son materia sobrante en el país, según el censo.

—Y si esa masa tan voluminosa influye en el nivel de la clase...

—¡Qué ha de influir! Suena; hace ruido: abulta y estorba. Pero no supone una dirección; no da el tono culminante de nuestra categoría nacional. Es un lastre que nos detiene, eso sí; que nos obliga a caminar con paso de tortuga... Mayor será el triunfo de las vencedoras.

—No siempre ha sido usted tan optimista.

—Pues hay que serlo; hay que oponerse a «la exaltación de los inferiores», a «la rasitud y la vulgaridad», como diría tu padrastro. Y empiezo por requebrarme. Yo, a mis años, estoy bien como española moderna, avanzada... hasta cierto punto, consciente de un pasado que sirva de nutrición y aliento, nunca de inmovilidad y de frío.

—¡Usted sí que nos puede ayudar!—admite Aurora en seguida, al recaudo de aquella frase enérgica.

—No será a ti.

—¡Más que a nadie!

—Si acaso, porque has nacido demasiado pronto. Por la novedad del genio y del corazón, hasta por el nombre altamente significativo, eres una criatura madrugadora, un anuncio... que mete miedo.

—No me asuste—sonríe la muchacha—. Yo quiero ejercer mi apostolado lo mismo que otra obrera de las justas libertades, sin causar prevenciones.—Y añade conmovida:—*Con la fuerza*

anegada en dulzura y el Poder convertido en Amor...

A las ocho sale el tren. Media hora antes acude Guillermo a buscar a la viajera para acompañarla con Aurora y atender a cuanto necesite.

Todavía arde ponentino el Sol. El andén lleno de gentes y de bultos, el trajín ferroviario, el olor peculiar de los coches, recuerdan a la novia otros muchos viajes, especialmente su llegada a Madrid por esta misma estación, en presencia de su familia... Detrás del grupo evocado, en el reverso, aparecen dos hombres.

Aurora suspira, vuelve a un lado su tersa mirada infantil, y encuentra a Jaime con don Severo. También ellos quieren despedir a Julia, que les recibe muy amable, en tanto que la muchacha se repone de la sorpresa y Casal excluye toda relación con ambos señores. El hecho de ir juntos basta para que él niegue a Moraleja el simple testimonio de una amistad ya renegada.

—¿A qué fingir?—le dice a Aurora, a media voz—. Son mis enemigos.

—No lo creas.

—Se unen contra mí: estoy seguro.

Ella, que reacciona al más suave latido de su alrededor, les saluda con perceptible frialdad, ateniéndose a la actitud de Guillermo. Y, de reojo, ve que tiene su padrastro el semblante más envejecido, enervada la expresión, en el fondo de las pupilas un destello adusto.

No se atreve a reparar tanto en Solinde, que

habla con Julia, lleno, al parecer, de una alegre excitación, ileso y tranquilo ante la intolerancia del rival. Por lo que en éste hay de injusto para los dos visitantes quisiera la muchacha resarcirles con agrado y placentería; pero el novio está allí alerta, aprehensivo. Aurora confía en él; y le tira más fuerte el hilo de la esperanza que el calabrote de la gratitud.

Así aguarda entre pasmos y silencios, inquieta, sospechosa de que algún vínculo extraño y perenne se afirma entre ella y aquel otro hombre de ojos de azabache y brusca elegancia.

Él sí que la mira, sin impertinencia, con holgura y naturalidad, aprisionándole todos los movimientos, las inflexiones delicadas de la voz, la sonrisa tirante y huraña en que ella se escuda para cubrir sus inquietudes. Cuando salga el tren y Julia ya no se preste al escamoteo de aquella difícil situación, ¿qué harán?

Desde una ventanilla mide la viajera el irreparable trastorno de sus amigos, y se estremece al dejar a la muchacha entre dos hombres que la desean y se odian; sin más validez que la de un padre allegadizo, en desacuerdo con ella.

Por su parte, Aurora, contrariada, envidia la posibilidad de correr como Julia fuera de Madrid y de aquellas levantadas pasiones que la debilitan y persiguen. La nostalgia de los viajes le produce una intensa evocación de muchos recuerdos: los campos, atónitos bajo el grito de la máquina; el aire ancho, saturado de azul; el trote por los caminos que liberan de la ciudad...

Y unos pasos, anhelantes, junto al exprés en marcha. ¡Adiós, adiós!... Oye la risa de Jaime

rauda y fresca, igual que la del pueblo joven: distingue, aún, el pañolito aleteador de Julia; siente que el novio la toma del brazo y se la lleva como algo suyo, una cosa que le pertenece con seguridad indiscutible.

XXII

SOLEDAD

A su oído había susurrado él:
—No saludes ni te despidas... ¡que se vayan al demonio!

Aurora quedó muda y anduvo, aciagamente, sin volver la cabeza. En su ánimo las encrespadas ilusiones se mantuvieron sostenidas por el ardor de los sentidos.

El novio siguió hablando:

—Tu medio padre es un camandulero, un engañador, maniático y veleta. Estaría bien como ficha patológica en un sanatorio; como persona normal resulta inaguantable.

—Otras veces le defendías.

—Sí, de un modo relativo. Al lado de su mujer todavía se le puede tomar en cuenta... ¡A todo hay quien gane!

Implacablemente la muchacha se encontró sola. Su madre desaparecía por completo hasta en las últimas consideraciones de los que amaban a la hija. Y no le restaba ya ni la sombra hipotética del *medio padre*, aquella devoción contenida, ferviente asomo de un amparo que le arrebataba Guillermo.

Extremó él su enamorada blandura en recompensa a las crueles frases, pero en los ojos de la moza la luz radial sufrió un eclipse.

En vano se decía que Guillermo estaba al lado suyo, para siempre, como un esposo rendido, como un amante fiel; ¿qué mejor compañía?

—Yo supliré con mi solicitud a la familia que no tienes—dijo el doctor, notando el súbito padecimiento de Aurora. Viviré y lucharé para ti... No quisiera que trabajaras; esa idea me humilla. Ya sabes que el trabajo es una obligación del hombre, un castigo original, un doloroso yugo del que está libre la mujer, cerca del buen compañero.

Sintió la muchacha que su amigo la aproximaba más a él, mediante el brazo fuerte y opresor.

Y no respondía. Todo el cúmulo de sus razonamientos, la congestión clamorosa de sus palabras, se cuajaron en el aire caliente, al filo de la noche...

Para dar su paseo de costumbre tomaron un taxi a la puerta de la Estación y por la Bombilla subieron al Parque del Oeste.

Andaban allí por los veriles más penumbrosos, frente al horizonte algarbio. El médico, envaído por la tácita sumisión de la novia, decía:

—Yo aceptaba tus propósitos reivindicadores,

un tanto ingenuos y fantásticos, por no alejarte de mí. He sido egoísta, ¿verdad?

Obtuvo una mirada absorta, apenas una sonrisa distante, oscura y triste. Pero, sin comprenderlas, muy contento, añadió:—Ahora es distinto. Ya eres mía y dispongo de tu porvenir, para tu bien, claro está.—Sonreía con orgullo.—Te cumpliré todas mis promesas de cariño; serás la diosa de mi trabajo y de mi profesión... ¿Qué más quieres?

No concebía otro privilegio tan insigne como el de inspiradora suya y en clase de alto favor, digno de la mujer excepcional; sin excluir para ella las consabidas labores *propias de su sexo*, y los servicios rigorosos a la Especie, dentro de una secundaria situación extrapsíquica, tal que si el Espíritu no mandara, en último término, y nunca pudiera vencer las leyes fisiológicas, así como burla un avión las leyes de la gravedad.

Los augurios complacientes de Guillermo, sus panoramas dichosos, con rumbo al hogar clásico, eran, en la perspectiva suasoria, una mezcla de los modernos paraísos artificiales y del bíblico *Te daré*. Como Satanás tentó a Jesús mostrándole «los reinos del mundo y la gloria de ellos» para dárselos, si postrándose le adoraba, lo mismo este novio, científico y viril, prometía bienes innumerables a cambio de una terrible adoración.

Pero entonces Aurora no supo responder como Cristo al demonio: «Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás».

Supo, al contrario, que todo le daba allí la sensación de su carne, que únicamente sentía en el cuerpo la inmensidad de un corazón. Y le se-

dujeron las tinieblas que empezaban a subir desde el polvo adurido.

Caminaban ya por la Moncloa adentro, ligeramente, como las demás tardes, hacia un sitio muy retirado y suyo.

Se ablandaba un poco la temperatura, los árboles tenían algo de humeantes faroles; todavía los calibos del Sol dejaban en el cielo un escombro dorado.

La pareja fué a sentarse en el césped que olía a volcán. Se velaron las distancias y reinaba en el bosque una gran quietud llena de Vida...

Cuando Aurora quiso levantarse ya estaba el ambiente empañado de oscuridad. Se hincó primero de rodillas y bajó mucho el rostro para ver mejor en la sombra de la Tierra, tirando de sus pensamientos como si pretendiese arrancarlos de allí. Sólo habló cosas turbias, con la voz inexacta.

Y creyó que desde el aire dormido, el Silencio se inclinaba a escuchar lo que ella no sabía decir; que la miraban desde todos los rincones del mundo, desde todos los hitos de Dios... ¡pobre ceniza apasionada, sujeta a la actividad lúdica del Tiempo, lo mismo que cualquiera rescoldo vegetal!

En sus ojos rielaban la calentura y el llanto, mientras Guillermo la sostenía, feliz, con la certidumbre de guardarla siempre suya, destruída para insurgencias y culminaciones. A él le gustaba mucho su distinción radical, en todo linaje de aspectos, a base de que le sacrificara los más exquisitos. Es decir: las potencias más sublimes, los dones más inteligentes.

En el reciente año de estudios y prácticas, el

doctor Casal había llegado a conclusiones rotundas en materias de amor y de instinto. Y está a punto de resolver el arduo problema de aquel milenario sentimiento, que sólo consiste en unas *gonadas*, en unas secreciones naturales: ¡mezquina procedencia para un alboroto universal de tantos siglos!

Pero la psicoanálisis novísima y otras adquisiciones sabias de sumo interés, no dicen más al joven médico, íntimamente gozoso al deducir que la mujer, la enamorada por excelencia, es una deliciosa criatura instintiva, rudimentaria y servicial, por mucho que se insubordine y levante. Su medio es el hombre, su fin es el hijo. Ya lo dice un preclaro filósofo: *En ella todo es enigma y todo tiene una solución que se llama preñez...* Llevándola a este término, ¿qué más quiere?... Hoy, como antaño, es la misma; no debe soñar en mayores capacidades, y bien puede agradecer que la erijan en solaz y musa de un genio, en honrada espósa de un innovador...

Piensa el cortejante de este modo, sin premeditación ni alevosía, con una lógica ancestral, sancionada por la viciosa costumbre.

Es cierto que disimula buena parte de su mental raciocinio a la dulce muchacha que se le apoya en el brazo y que le oye otros discursos más galantes, suspendido el aliento, tratando de hallar una profunda compañía en aquel hombre y en sus palabras.

Pero una fatalidad lúgubre la aísla, ciega de miedo; una vaharada caliginosa trasciende a su paso como sordo gruñido de la Tierra. Y aunque están allí la Noche y el Amor, se considera la

mujer abandonada en el desierto del mundo atrozmente perdida entre dos soledades...

Detrás de los novios habían salido de la Estación Jaime y don Severo, muy ofendidos por el trato que les daba Aurora. La vieron montar en el coche junto a su acompañante, y se quedaron aprensivos y errabundos, sin saber dónde ir.

El viejo rezongaba:

—Eso parece un rapto. Cualquiera creería que al ausentarse Julia, dispone el señor Casal de la niña a su capricho.

—Sí; ya es demasiado—confesó entre dientes el joven, que ocultaba mal su recelo.

Y se puso a charlar, nervioso, para distraer en su amigo la propia rabia. Fingió alegría en el andén, exaltado por el embeleso que le produce la muchacha, y llegó a reir de veras ante la inútil acritud del rival. En cambio aquí se queda taciturno y difícilmente consigue levantar la conversación.

Pero Moraleja le da mucha lástima, porque tiene ese aire cansado y tétrico de los que viven en la raíz negra de un suplicio, extinguiéndose bajo una pesadumbre mortal. Con la marcha de Julia pierde el único lazo que benignamente le detenía cerca de Aurora. Y diríase que ya nada le restituye a su antigua animación: ni siquiera sus pruritos oratorios y censores.

En este momento sufre bajo la violencia de aquel desplante innecesario con que la hijastra le despide, y de su desaparición audaz, casi provocativa. Se le ennegrece el ritmo áspero de

los gestos; no logra alzar el cáliz de un buen propósito.

Solinde, que le escudriña con atenta mirada, se asusta de su brusco semblante, de aquella expresión tenaz, sollamada con indicios de vesania.

Le ha cobrado el mozo un leal afecto a su amigo. Se inclina hacia él por una serie de circunstancias afines, llenas de recíproca transigencia. Y pretende aliviarle su carga de extenuación y delirio.

Suben ahora, con lentitud, la cuesta de San Vicente.

—Vamos a sentarnos aquí—dice Jaime.

Un banco, sucio de polvo, les acoge. No se preocupan de la incomodidad del sitio, en pleno tráfico a la Estación.

—Le voy a contar a usted una cosa—anuncia el abogado, ofreciendo, también, un cigarrillo a Moraleja—. Sé que *nuestro* doctor Casal prepara un libro muy antipático. En la imprenta donde se tira, cuido yo un boletín profesional y he tenido buena ocasión de leer algunos capítulos de la obra.

—¡Ah!... ¿sí?

—Verá usted. Se titula: *Sensualidad y Sexualidad*.

—¡Dale!

—Es un plagio, a medias, escandaloso y torpe, de otros libros ilustres. El acomete a la «raza erótica de los artistas, a la voluptuosidad insana de los temperamentos líricamente exaltados...» Es médico y no sabe, ni científicamente, a qué altura de sublimación creadora puede ascender el sensualismo en los poetas.

—Y que un gran creador—rumia don Severo—está muy cerca de convertirse en ángel.

—Pues el nuevo sabio dogmatiza sobre el sexo con una especie de odio contra el Amor.

—¿Hasta el amor le estorba?

—Por lo visto. Le reduce a unas glándulas; le concibe sin alas ni linjavera; sin ninguna interpretación espiritual; destruyendo la historia, la poesía y la fábula, para concluir que el matrimonio sólo sirve a la procreación.

—¿Y cuando Aurora lea ese libraco?...

—Romperá su compromiso con Guillermo.

—¡Quizá llegue tarde su lectura!

El mozo no averigua por qué sería temible aquella tardanza. La juventud vivificadora de Jaime padece una crisis de pesimismo según va naciendo la noche. En vano procura maldecir noticias desfavorables de Casal y suponer que tienen la transcendencia más dichosa.

Un presentimiento lóbrego le sacude, una sorda furia que está a punto de estallar en rugidos bestiales. Algo le avisa, misteriosamente, de que ésta pudiera ser una hora de irreparable consumación; de que un ara rústica recibe, acaso, el sacrificio de la amada, en los brazos felices del «otro».

Devora una queja salida de toda su pasión y se yergue.

—¡El aire es fuego!—murmura.

Aquel viento garbino, torvo y gruñidor que entonces mismo causaba espanto en Aurora, llegó hasta Jaime arrastrándose por la secura de la Tierra.

—¿Qué tienes?—le dice don Severo, con la voz queda y desolada.

Él pudo contestar en un loco reproche:—Somos unos cobardes, ¡la hemos dejado sola!...

—¿A quién?... ¿a *Ella?*

—Sí.

—¡Tienes razón!

Se levantaron, con singular cariz de vigías o de cómplices, y anduvieron, febrilmente, sin hablar ni mirarse, unidos más que nunca en su cuita.

ULTIMA JORNADA

XXIII

LA MUJER

UNA resignación callada, imprecisa, sobreviene en Aurora después de aquella noche térmica y memorable. La esperanza supera a su estupor humano y desde la cumbre del espíritu se dice que la manera más definitiva y honda de amar radica en la fe que se consagre al amado. Ha creído plenamente en Guillermo: eso es todo.

En su arcana conciencia tal vez este crédito no prende tan seguro como en la flor juvenil de los labios; es posible que haya otras disculpas de mayor humildad para que la muchacha se conforme con su caída. No se tiene por una diosa; se equivocaron los que fiaban en su in-

vulnerable condición excepcional: es una criatura como tantas.

Siempre tuvo empeño en que, sobre todos los adjetivos abrumadores que la iban atosigando, quedara patente su cualidad sustantiva de mujer: hela aquí. Aurora se reconoce en el espejo de una arcilla miserable, sin olvidar que el olor sensitivo de su piel es, conjuntamente, el perfume de su alma y que sus intenciones no carecen nunca de recato: así se consuela.

Da por única y perdurable su alianza con Guillermo; no comprende la boda sexual sin el hallazgo exclusivo, para todos los ideales de la Vida: no concibe otro Amor que el eterno y monogámico, el que nada tenga que ver con la edad ni con la Muerte. Para esta unión apasionada, dentro de la divina moral, sí que se encuentra con bríos excepcionales y heroicos.

Pero tuvo un pánico horrible después de su aventura: fué un temor niño, un susto pueril. Buscaba, instintivamente, en los periódicos alguna referencia a la banalidad de sus dotes perecederos, imaginando que pudiera hacerse pública lo mismo que sus osadías universitarias. ¿No irían a descubrir y a denigrar, con equívocos sociales, también este secreto de su juventud, como el otro apenas dicho en alta voz?

Temía que se olisqueara de nuevo en su honra y en su sangre, que era su espíritu, y cualquiera doña Patricia le repitiese, con buídos acentos, aquel augurio diabólico: *Mar-ca-da...* Ya sentía sobre sí el hocico glotón de las brujas, a punto de morderla, y el escándalo de las publicaciones diciendo por las calles estas otras andancias de su corazón.

Claro está que se tranquiliza muy pronto respecto a semejantes absurdos y que la reflexión viene en su ayuda. No; a nadie le importaba su insensatez amorosa, ni la refinada agudeza de sus pensamientos, ni la raigambre pura de sus ilusiones. Todo ello pertenecía a un interés privativo, sin que a la sociedad se le diera un ardite en los problemas sentimentales, que no turban su aparente sosiego.

Queda otro juicio temible para Aurora: la investigación interna y lumínica del abuelo Juan. Quizá esté mirándola él desde trasmundos, consternadamente; quizá la riñe con severidad, o, lo que es peor, la desconoce.

Esta duda es el torcedor que más agobia a la enamorada. Acude en el templo al Pan Vivo, con devoción intensa, purga entre lágrimas y vigilias el abandono de aquella noche fatal, hasta que le parece oir cómo el ausente repite con el verbo litúrgico de los santos: *Mi amor es mi peso; él me arrastra dondequiera que voy...*

Después el ánima siempre requerida se va humanizando, y habla, en el recuerdo, por su cuenta, como un hombre altivo y generoso: —Ten, niña mía, la candidez de la paloma y rehusa la prudencia de la serpiente... —Así, poco a poco, la quieta lumbre espiritual de esta evocación se transfunde en un bálsamo.

Don Juan de España era un muerto que había echado raíces. Aurora se volvía hacia él, a menudo, palpitante como la racha en busca de la hoguera, y tornaba luego a la realidad con más fuerte virtud generativa, sintiéndose mejor entre las dolencias humanas. Si en la hora triste lanzó un grito de angustia, propio del ser inteligente,

ya no se arredra ni se esconde, porque no quiere huirse ni perderse en la oscuridad de los irresponsables.

No es tan valiente ni tan activa para alumbrar el íntimo sentido de los hechos dentro del hombre amado. No; en él casi todo lo transmuta y confunde; no supone que sus sueños, sus ansiedades llenas de altruísmo, para nada intervienen en los itinerarios del novio ni modifican su plan de vida en común.

Él tampoco acierta a estimarla. Se cautiva en su variedad, le atrae de ella lo somático y terrero; la juzga, al fin, como a todas las mujeres: una mirada que no ve, les unce, febriles y huidizos, ignorantes el uno del otro.

Y las palabras que Guillermo cree haber pronunciado con oportuna claridad al oído de Aurora, en orden a la vida futura, ella no las percibe sino como un eco lejano de galantería y de mimo: «Que no se afane en ninguna tarea; que ha de ser como una deidad, un lujo y un adorno en la casa de los nuevos amores, como una joya exquisita para el marido»... ¡Bah!... ¿Y las antecedentes promesas de colaboración en mil proyectos caudalosos y fáusticos?

Los balbucientes escuchos, las frases, susurradas apenas, entre halagos y silencios adorables, suelen decir muchas cosas excesivas y raras, siempre dulces, que se oyen indistintas y sólo al cabo de algún tiempo cobran un valor eficaz.

Y en la moza repercuten los sones propicios de aquel arrullo, y prevalecen los ofrecimientos gratos; pero se extravían las últimas advertencias, alarmantes y contradictorias, que su novio

ha querido constituir en ley matrimonial. No obstante, puede suceder que en lo subconsciente ya le germine la primera desilusión, como semilla del ocio; porque vivir es para Aurora responder con un acto a cada uno de sus empeños, y como no recibe de nadie excitaciones ni estímulos, algo comienza a despertar sordamente su desconfianza.

Se ha muerto doña Patricia. Los timbres, los amigos, el telégrafo, cartas, preguntas, en una inmediata revolución: ¿quién la hereda?, ¿de qué ha fallecido?, ¿cuánto ha dejado?

No se le conocen parientes. Y en torno a «la desgracia» se dice que la buena señora habrá legado su dinero para fines piadosos.

Pero éste es un rumor venial, extinguido bajo la nube repentina de abundantes reclamaciones que se convierten en sospechas y hacen intervenir a la curia.

Se abre judicialmente la deslumbradora caja de caudales, en persecución de los mismos y de noticias testamentarias; y allí sólo existen unas cuartillas en blanco y unos recortes de periódicos: igual que en el célebre «timo del entierro».

Cunde el espanto de los acreedores y sorprende su linaje y seriedad, porque son organismos religiosos en primer término: la *Pía Unión de Damas Nacionales*, *El Ropero del Niño Jesús*, las *Madres Cristianas*, las *Hijas Devotas*... Y después una procesión de viudas a quienes doña Patricia administraba el modesto caudal abonándoles un subido interés: personas de quienes, a la inversa, recibía préstamos a ré-

ditos inmorales. Una trama infernal de operaciones clandestinas: depósitos sagrados invertidos en especular sobre joyas y prendas de Arte; pagarés, hipotecas, redes ilícitas de negocios encubiertos de santidad.

Este fué el atalaje bienhechor de la señora; un negro manto delictivo, una siniestra farsa que mantuvo hasta que agotó su tesoro. Se ignoran las causas del agotamiento, porque no es de creer que sólo en ella empleara un capital, si no fastuoso, muy superior a sus gastos personales.

Sobre esta incertidumbre se deslizan versiones cavernosas y se dibujan fantasmas sociales de gran bulto, como ruedas posibles de trituración: la República; la Masonería; el Sionismo; la conspiración soviética... Luego, en voz más chita, alusiones a vicios y sacrilegios nefandos...

La gente pacata y de buena fe, víctima de este robo impune, se excede en comentarios imaginativos, y la casa de doña Micaela, tan decente en su constitución y propósitos, se llena otra vez de alteraciones, de barullos y lástimas.

Insiste la patrona en repetir los detalles del suceso, y cómo se quedó Margarita en Guadarrama porque la señora no le daba quehacer. Nunca se había portado mejor: quietecita en su lecho, un poco momia, sonriente, con buen apetito y aspecto horrible, estuvo así hasta que, de pronto, se le acabó de torcer la boca, guiñó un párpado, se puso verde, tiesa, dura y fría: nada más.

En el Hotel no quisieron guardar el cadáver, y se le condujo al cementerio sin escolta ni velatorio, mientras la muchacha regresaba a Madrid con su espeluznante impresión.

Un médico había certificado la muerte por hemorragia interna. Y los sellos notariales en los muebles y habitaciones que fueron de doña Patricia, constituyen el único responso por su alma.

En el primer revuelo de sorpresas y lamentaciones, se apareció allí doña Celeste, muy afligida y mustia; llegóse, también inquieto, don Marcial, a quien llamaban las chicas de Falcón, por lo amable y fino, «el beato Orozco»; vociferó doña Gertrudis y se supo, a escape, que la Canigut estaba muy comprometida en las maniobras de la vieja audaz. Hasta se dijo que entre las dos habían hecho sustituir los buenos diamantes de un aderezo por otros malos, valiéndose de personas infelices y complicando en la falsificación a mercaderes de poca laya, sospechosos de culpa en caso de litigio.

Aurora asiste, forzosamente, muy despavorida, a la vil desaparición de la *Tesorera*: siempre le tuvo un miedo incomprensible y sintió al lado suyo la necesidad del exorcismo.

Y ante la quiebra de tantos intereses y categorías, la muchacha piensa en su madre con azaroso presentimiento. Sabe que se relaciona con gentuza cualquiera y que se alaba de intervenir en asuntos de la Canigut. Y no se asombra demasiado cuando, una mañana, la oye hablar, sollozante, en el corredor.

De un brinco abre Aurora su puerta.

—¡Ven y calla! ¿Qué ocurre?

La madre «se desploma» en el sofá. Entre pujos, balbuceos y contorsiones, anuncia que la

esperan la ruina y el deshonor. Por alejarse de los tortuosos caminos donde se fraguan sus desaciertos, pone la mentira como un broquel de la incapacidad y no se cansa de referir cosas inverosímiles.

Pero la muchacha completa hábilmente sus informes. Había un collar recibido mediante la firma de doña Pura y entregado a una revendedora que a su vez lo depositó en manos de la *Tesorera*: el collar no parece... Hay un lío de diamantes falsos que exige ciertos desembolsos; deudas cuya moratoria ha concluído; emplazamientos judiciales que se evitarían con dinero...

—¿Cuánto?

—¿Para todo?—resume la madre atemorizada.

—Sí.

—¡Es mucho!

—Dílo... ¿Cuánto?

—Lo menos... ¡cien mil pesetas!—soltó la señora, encogiéndose con ávida timidez.

Vió Aurora que su madre tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas, el porte maltratado, con insinuación de pobreza y desconcierto. Y se apiadó entrañablemente. Su corazón, humilde y feraz como nunca, está ligado o todas las vicisitudes. Y sin alardes, recordando el pudor inherente a los verdaderos favores, repuso:

—Hablaré en seguida a tu marido y procuraré arreglar tu situación. Sólo que, por ti misma, por Cándida, te ruego que no vuelvas a meterte en negocios.

No acierta la señora a responder; ni acaso gradúa toda la importancia del ofrecimiento; se aturde con mil demostraciones de sinceridad y gratitud, y cuenta, inesperadamente, la histo-

ria de Refugio, en aquel trance de cobardía y pecado que ella ha sorprendido. Es como si diera así un testimonio de lo bien que sabe cuidar a su chica:

—Por mucho que yo tenga que sufrir, nunca la dejo «al borde del abismo».—Y la madre ejemplar sacude sus escrúpulos con la advertencia desacreditada.—Esto para *inter nos*, en la mayor reserva...; a nadie más que a ti se lo diría...

Idénticas andanas de ritualismos le sirven para contar el secreto a todas sus amistades.

Ya no la escucha Aurora; suspensa, transida, más bien parece oír el llamamiento sin esperanza de una legión interminable de mujeres tristes: *las pecadoras*. ¡Sólo porque han creído en el hombre y en el Amor!

Y reconstruye el caso de Refugio, sucedido siempre; la cobarde consecuencia de un hermetismo social tan fosco y desordenado, que hace un reglamento a la prostitución de la mujer, y señala con un estigma infamante a la criatura crédula y enamorada, lejos del posible matrimonio; igual que a su fruto, maldito antes de nacer...

Se ha marchado contenta doña Purificación y la hija permanece inmóvil, con un rayo de ansiedad en los ojos extralúcidos, trepidante el pecho, crecidas en el alma las actividades más sensibles y dolorosas.

Su imaginación es una gran antena que percibe todas las resonancias de ese letal sufrimiento impío, soterrado en pobres mujeres como la niña de Marín.

Vive hoy Aurora con ellas en la pavura de la carne, en el tembloroso hálito de la pasión; y

quisiera romper el yugo de la sombra que las esclaviza condenadas por el delito menos censurable en el barro mortal.

De improviso despliega sus tres balcones y entra el Sol, como un ser fuerte y humano, a vaciar en su luz a la mujer, que sigue a oscuras dentro de sí. Y aunque luce transparente el corazón, toda la llama de los cielos no logra atravesárselo de claridad...

XXIV

EL SECRETO

La inesperada visita de Aurora fué para don Severo causa de grande animación. Diligente y resuelta le buscó la muchacha en su oficina y hablóle, aparte, encareciéndole cuánto había de premura y de riesgo en su presente conflicto.

El padrastro decía a todo que sí, como un autómata, seducido por la extrañeza de que se le mostrase la joven expresiva y confidencial, sin el poso de los últimos desdenes. Y trató del percance sólo relacionándolo con ella, por el goce de ventilar, unidos, esta cuestión reservada: ajeno a los miles de duros que se le iban de las manos.

Difícil era evadir con suerte y prontitud el es-

collo trapisondista y poner a salvo la dignidad y la independencia de la madre, fuera de él.

—Lo intentaremos. Quien puede ayudarnos mucho es Solinde—insinúa el padrastro, con un saboreo gustoso de la triple complicidad.

—¡Por Dios!

—¿Qué?

—No conviene que se divulguen ciertos pormenores...

—Un abogado es un confesor: y propongo al más fiel de nuestros amigos.

Aurora, pálida, más inquieta que antes, medita sin contestar.

Es una cosa extraña lo que le sucede con Jaime Solinde. Su nombre le suena siempre con sobresalto, y su recuerdo, que a menudo se oculta para ella, al volver se agita y repercute, ansioso, como si no le bastara el lugar que se le permite. Desde la tarde en que la quiso de amores con el acento ronco y manso de las ardientes plegarias, una tensa irradiación de simpatía le hace creer que sus caracteres son parecidos, sus direcciones iguales.

Y constituye un misterio para la muchacha la actitud de su ánimo cerca de aquel hombre. Le ha negado el saludo, se asusta de encontrarle, no quisiera verle más: ¿por qué?

Don Severo está allí observándola, escudriñador, como si hubiese recobrado, milagrosamente, su vivacidad de lince. Y Aurora desoye las íntimas preguntas de lo ignorado, para conducir la conversación sin tropiezos a los mejores rumbos.

Prefiere que hable Moraleja, que descubra hasta dónde alcanzan sus deseos de salvación

familiar. Y el tácito permiso le sirve a él de chiripa y acicate para clavar las uñas en el prójimo y maldecir de las mujeres «incubadas en los gallineros, desperdiciadoras de la belleza, rutinarias y conformistas como los animales bárbaros».

Se entusiasma de que Aurora le escuche, y se engríe, levantando un nuevo discurso:

—Desengáñate; hay que soltar el lastre atávico de la mujer antigua para que prosperéis las modernas; es necesario deshacer lo caduco, lo misoneísta, para que renazca lo floreciente y joven.

—¿Destruir sin haber construído?—suspira la muchacha—. No; primero, que la juventud sepa querer y vivir ayudando a los que no saben.

—O a los que tienen la habilidad de esconder sus vicios.

—Me refiero a nuestro caso, urgente y triste—balbuce Aurora, malfiándose del viejo que tanto alardea de renovaciones. El insiste:

—Como la esplendidez de doña Patricia, dinero dado a usura, y la mentecatez de doña Purificación, que os arruina a tu hermana y a ti.

—Lo siento por ella.

—¿Y tú?

—Nunca he pensado en los bienes de mi madre.

—Ni yo—excluye el marido, rumboso—. No he pensado—corrige luego sometidamente—desde que he sabido pensar; cuando resucité y aprendí, entre muchas cosas buenas, que Dios nos vende todos sus beneficios a cambio del Trabajo.

—Muy bien—aprueba la moza sonriendo al trabajador iluso. Y añade: —Pues, si Cándida lo

18

admite, yo hago renuncia formal a lo que pudiera repartir algún día con ella.

Admira don Severo el rasgo y se disgusta. ¿Es que Aurora no quiere ser hija de su madre ni para heredarla? ¿Pretende así que ningún parentesco la junte con el apellido de él?

Un oscuro rencor enturbia al hombre frente a la muchacha que rehuye su paternidad hasta el extremo límite.

Ella, por congraciarle, ignorando cuál recurso le predispone a pactar allí lo que sea menester, continúa ofreciendo su herencia, delicadamente.

—Me basta mi patrimonio, y, si le cedo a Cándida esa futura participación, crea usted que no me perjudico.

—Hasta que tu madre caiga en otras tentaciones—masculla don Severo nublado—y quieras tú servirla, también.

—Está muy pesarosa de sus intentos comerciales y me ha prometido un método infalible de administración.

—Sí... sí... ¡Canto de la rana, música del cienol...

—Usted—rebate la joven, persuasiva—debe contribuir a ese buen régimen y velar por mi hermana.

El sustantivo aquel, excepcional en los labios de Aurora, estimula al padre, como una aproximación feliz.

—Tu hermana es mi hija—pronuncia entre dientes, a la manera de quien reconstruye desde el sueño una realidad.

—He oído ponderarla mucho: vale y se lo reconocen; se asegura que es un dechado de vírgenes prudentes.

Don Severo se espabila y prorrumpe, erguido por un ramalazo, casi de ferocidad:

—¡Odio la vil prudencia que nos hace inútiles para toda acción grande; es la astucia de la serpiente, el daño rastrero de la bestia humana!...

Recuerda, Aurora, conmovida, al abuelo Juan.

—Con otro lenguaje—se dice—tuvo el mismo concepto sobre esa virtud... —Y es un poco aterrador el consuelo que experimenta la dulce imprudente, en aquellas dos apreciaciones lejanas y parecidas. El señor, más tranquilo, murmura:

—Tú no comprendes estas cosas, porque no es tu reino de este mundo: vives con la pureza intacta de los astros...

Le quiere ella interrumpir, confusa, gravosa de humillaciones y remordimientos; pero él sigue hablando en forma suave y exquisita, hasta concretar el modo más rápido y discreto de resolver los asuntos familiares. A condición de que Solinde intervenga.

—Está bien.

—Sólo así respondo del éxito: porque las dificultades son muchas, intrincadas, resbaladizas...

—Lo que usted disponga.

—Él irá a verte en mi nombre, después que nos pongamos de acuerdo.

—¿Hoy mismo?

—Sí...

Desde el gabinete particular donde hablaron sale Aurora escoltada por don Severo hasta el ascensor.

Una campana comenta el mediodía; arde julio; apenas hay gente en los bulevares.

La señorita España va pensando que no debe

ocultar a su novio aquella entrevista ni las que sobrevengan por igual motivo. No; le contará, lealmente, su resolución filial, inexcusable.

Andando y padeciendo, anegada en el vampiro de la hora, indiferente a él, sube los ojos con afán de pesquisa a la hondura etérea por ver si logran allí sus adversidades un refugio. Y le parece que nada existe hoy tan vacío y engañoso como ese cielo imánico y azul...

—Un caballero pregunta por usted: aquí está su tarjeta.

—Que pase a la sala... *Jaime Solinde—Abogado*—... Pero, ¡qué tontería ponerme así!—Le espera, son amigos, le conviene hablar con él, y una invencible turbación la preocupa.

Al tenderle la mano, como si no se hubiese interrumpido su cordialidad, una onda ruborosa en las mejillas, un azoro columbino en la mirada, la cohiben inerme, bajo esa dramática vergüenza que en las criaturas muy sensibles equivale a una confesión.

En vano quiere reaccionar contra el sentimiento imperativo que la descubre. Hay un hombre a su lado que la mira, apasionadamente, desde el fondo del alma, y una sorda relación intermental se establece entre ambos, un interrogatorio inaudible que él inicia, y al cual se abre el corazón de Aurora en trágico mutismo.

Durante varios minutos la escena dura, emotiva y rara; trasciende el ánimo de cada ser contiguo al otro, se confunden las pupilas y los alientos. Después Jaime se atribula con algo

brusco y ardiente que le tiembla en la garganta: un sollozo.

Aurora vuelve a tender la mano como si demandase perdón; su amigo la recoge, perdidamente, con un gesto de ternura desgarradora, y la besa despacio, sin romper el silencio.

La pobre enamorada respira mejor y un alivio clemente la conforta. Aquel diálogo, mudo y recóndito, le sirve de penitencia como si por él hubiese conocido el mundo entero su fragilidad: una declaración pública no sería tan imponente para Aurora como el oculto relato que acaba de sostener. Ya nada le interesan otros juicios, puesto que Jaime recibe su secreto con tolerancia generosa. La misma Julia Rey, la inolvidable y respetada, no le inspira temor; cuando la miren aquellos ojos francos y comprensivos, será en trance de boda y la desposada no tendrá en los suyos más que un serio placer, sin nubes.

Este encuentro de hoy es el que eludía con indómita resistencia; y ya está vencido su primer dolor inefable, ya no pesa tanto la culpa en la vida solitaria de Aurora.

Por eso la mujer intenta enhebrar a su plática silente una frase verbal. Y resume: —¡Ya ve usted!

Pero la voz se estrangula dentro del manido corolario, que se hace patético al abatirse, al romperse en añicos de tristeza.

Y es Jaime quien lucha por levantar, aire arriba, esas palabras elocuentes y dobles que todo lo dicen envuelto en la misericordia suprema del amor.

Poco a poco los acentos derivan acordados en una aparente normalidad. Jaime reconoce a

la muchacha menos sirénica y alucinante que otras veces; más encendida y tangible; acaso más próxima a él, que siempre la tuvo muy cercana.—¿Por qué en ella, toda vibración y dinamismo—se pregunta el mozo—, ha de ser más condenable que en mí la obediencia a un mandato de puro abolengo natural?

Y recuerda, exaltadamente, el pánico aviso de aquella noche en que tuvo la sensación, quemante, de una invicta rivalidad que le apartaba de Aurora.

Mientras tanto ella se distrae de la conversación diciéndose que nunca ha sido extraña para este hombre. Quisiera precisar en qué lugares han mirado juntos las cosas, con única mirada, y han reído con la risa de un solo pensamiento.

Por fin entra aquel día una luz en el atormentado espíritu de la muchacha: la amistad de Jaime. Se alumbra el nudo misterioso que la une con él desde que se conocieron. Es un lazo de las diversas clases de amores que nos atraviesan el alma, sombríamente, hasta que la claridad de Dios pone su nitidez en nuestro sílo.

Concluye la visita y el prosaico negocio de doña Pura queda en poder de Jaime Solinde.

Pero en la conciencia del abogado no es tan limpia como en la de Aurora esta ligadura vehemente de un afecto restablecido entre los dos.

XXV

AFIRMACION

SEPTIEMBRE dora sus contornos y comienza a tostar la vegetación urbana de Madrid. Ya cualquiera brisa hace caer el oro musical de los árboles como insigne desperdicio de galanuras y rumores.

Ha pasado la hora caliente de la siesta y continúa don Severo en su butaca, cerrados el balcón y los ojos, reducido a escuchar dentro de sí, con una voluntad de acabamiento que le recluye en inmóvil desesperación. A fuerza de no ver las cosas naturalmente, ha llegado a encontrar los días oscuros y las noches llenas de luz.

Y en esta media tarde es más duro su ensimismamiento, más distinta la posa con que retumba en sus oídos la aldaba de la Muerte.

Porque no quiere vivir. Se dice que los vivos olvidados, como él, están muertos, y aspira al trance final con la esperanza de que le hagan renacer, compadeciendo su memoria de hombre solitario, incomprendido.

—Todos y cada uno estamos solos—trasueña Jaime Solinde, consolando al enfermo en su diaria visita—. Acuérdese usted de «aquella noche», de aquella soledad invencible y salvaje en que nosotros abandonamos a Aurora...

—Si me acuerdo. Por eso mismo; ya que hay tantas calamidades injustas que no debíamos conocer ni podemos resistir, lo mejor es matar la propia indefensión para nacer en el recuerdo, sin responsabilidades ni torturas.

Jaime se resigna a oir este enloquecido murmullo, asomo de una demencia que ensombrece a don Severo y le colma de infecunda tribulación. Y que, según el doctor Casal, tiene muchos retoques amorales.

No ha dejado el paciente de asistir a su oficina, y vive hoy de aquel trabajo, muy llevadero y cómodo, luego de rendir cuentas escrupulosas a su mujer y entregarle hasta el último céntimo de los bienes que administraba por derecho matrimonial.—No se vaya a creer, por ahí, que las exploto—dijo, aludiéndola con su hija, así que Aurora formalizó la renuncia a cuanto de su madre le pudiera corresponder.

A la voluntaria inhibición de don Severo se mezclaban descariños y altiveces en una forma egoísta de «lavarse las manos». Y la suma de estas generosidades no pudo ser más lastimosa, porque doña Purificación Rodríguez se dió una prisa desatinada a vender y comprar intereses,

con tal número de torpezas, que uniendo las manipulaciones de Bolsa y los gastos de viajes y dispendios, acabó en un par de meses con su modesta fortuna.

Había paseado a la niña por todo el litoral cantábrico, estrepitosamente, sin conseguirle un novio «razonable», y volvieron a Madrid fracasadas, pobres, incapaces de una solución útil a tanta ruina.

Entonces doña Pura, con el gesto hazañoso de las grandes crisis económicas, puso en alquiler un gabinete para *caballero solo, extranjero.* La condición de extranjerismo no indicaba un aprecio mayor, sino la posible garantía de ciertos cálculos; ya que un español no es tan viable, por ejemplo como un alemán, para el súbito arribo a un matrimonio conveniente.

Así lo suponía y contaba la viuda de Marín, devolviendo injurias y chismes como venganza de los que su Refugio padeciera.

Y alemán fué el huésped de doña Pura, hombre maduro, crédulo y bonachón, de quien la señora hizo muy pronto un monigote.

Decíase que Candidita no se prestaba mucho al juego de seductora en las primeras escaramuzas de su madre.

A la chica le gustaban los buenos mozos, jovencitos y retozones, y el tudesco no andaba muy bien de años y de figura: desgarbado, insípido, nada barbián, con los cincuenta al caer, gordo y sonriente, daba poca margen a las nupciales aspiraciones de la muchacha. Pero en cambio, según barruntos de la mamá, opondría frágil resistencia al deseado sacramento. De carácter mollar y apacible, solícito al garabato y

anzuelo de las españolas, exóticos para él, mostróse, desde el primer día de su hospedaje, muy atento a las gracias de la señorita Moraleja, a su encanto fresco y repolludo y a las insinuaciones de su incorregible coquetería.

Animada por tan buenos síntomas de captura y domesticación, la dama casamentera inició al punto sus maniobras circundantes y envolventes, con resultados felices.

El alemán picó en el cebo *surrealista* de doña Pura, adobo de un presente injusto y fatal con el pasado henchido de ascendencia suntuosa: personajes célebres, ejecutorias ilustres, millones de duros, fantasías de muchas letras grandes que iban recogiendo, en su lontananza y adumbración, todas aquellas otras mayúsculas correspondientes a los Gentileshombres, Académicos de la Lengua, Comisarios Regios, Caballerizos y demás jerarquías varoniles, norte fabuloso de las actuales pupileras; cuya pupila no vislumbraba, al fin y por milagro, más que a este panzudo señor, fabricante de productos químicos en Colonia, tentado a establecer una fábrica similar en Madrid.

Y muy condolido por la traidora suerte de las interesantes damas que le hospedaron. Las tomó por aristócratas venidas a menos y participó, con admirable inocencia, de los inventados sinsabores que le administraba doña Pura, como tónico aperitivo antes de la encerrona matrimonial.

Entonces Candidita quiso hacerse valer, con algunos conatos rebeldes a la estrategia de su madre. Añoraba el atractivo moceril de otros pretendientes que tuvo, siquiera en la imagina-

ción, y las ventajas amorosas de sus pocos galanes efectivos. Y el alemán perdía mucho terreno en las comparaciones, un tanto gratuitas.

Hasta que desenvainó doña Pura sus frases temibles, desacreditando al Matrimonio, por primera vez, con mudadizos axiomas. Era «la tumba del Amor»; había que admitirlo en calidad de heroico remedio contra la vergüenza de la soltería, y «apencar con él» como único organismo social propenso a decidir todos los problemas de las mujeres.

Nada de invenciones sutiles, de novedades raras ni eximias preocupaciones. Se trataba de la prosa: holgorios, manutención, comodidad, categorías legales «así en la Tierra como en el Cielo»; porque en la buena solución de la vida transitoria había mucho adelantado para conseguir la gloria imperecedera. Y, buscando esta «realidad práctica», el mejor socio para la mujer es el hombre sencillo, manso, paciente... con tal que tenga dinero. Si pasa de los cuarenta es preferible; habrá «corrido la tuna» hasta el hartazgo y sólo pensará en contribuir a la dicha superior de la esposa y los hijuelos...

Hecha un almíbar, la madre obtuvo pronto el éxito de sus predicaciones, utilitarias y biológicas, frente a los remilgos de Cándida, apenas consistentes.

Se desconfiaba ya del casamiento de Aurora, atribuyendo, en seguida, el fracaso probable a las intenciones del novio... Y doña Purificación deslizaba, también, una malévola conjetura, estimulando a su niña.

—¿Ves lo que le sucede a tu hermana por andarse con optimismos y ensueños? Y te parecía

envidiable su situación... ¿lo ves? Se quedará soltera o tendrá que reducirse a lo sensato y vulgar...

El ejemplo de Aurora, y más aún el contraste de poder anonadarla con un triunfo repentino, enardecieron a Cándida para la conquista teutona, que no era así de fácil como se prometía la mamá. Ni le sirvieron a la joven sus tentativas primeras y sus armas comunes, para coincidir con el huésped en la necesidad de una boda inmediata.

Él estaba convencido de que sería curioso intimar con la señorita, amable y oficiosa, que se le instalaba en la habitación con cualquier pretexto, y le adivinaba los gustos con una desenvoltura indudablemente castiza en el país. Para el extranjero tenía aquella solicitud un carácter demostrativo muy español. Y no pasaba de allí su interés amoroso.

Hubo, pues, que inventar los gestos meridionales de una pasión volcánica, y fingir su múltiple rostro: palidez, inapetencia, lágrimas... Y al paño la mamá deshaciéndose en alabanzas de la niña, lamentando que no se hubiese decidido por ninguno de sus innumerables cortejos. Le agradaban los hombres formales, personas de «mucho espíritu» y experiencia, con bastantes años para no cambiar de sentimiento ni de conducta...

Y un día el pobre alemán sintió caer a la robusta moza sobre su pecho con el balbuciente soliloquio de una declaración en toda regla; pero honrada, eso sí. Era el suyo un buen entusiasmo dirigido a la Vicaría, un verdadero arrebato sacramental.

Ya no hubo cuartel para el infeliz señor. Acordóse el casamiento con una prontitud huracanada, que dió lugar a la chismografía del vecindario; de los amigos especialmente. En menos de una quincena se improvisó el equipo con ropa adocenada, de almacén, y estuvo dispuesto el sorprendente enlace.

Por fortuna el desposado era católico y tenía en el bolsillo su documentación personal. Doña Pura trotó, ansiosa, para acelerar las bendiciones, temiendo que se escapara la víctima, y esta tarde, última del mes, se efectúa la ceremonia en la iglesia parroquial de San Luis.

Desde su gabinete de pensionista don Severo ha creído escuchar un gran ruido de cobre.

—¡Las campanas!—se dice, asustado al suponer que se anuncie por todo Madrid una fiesta que a él le hiere como un ultraje—. ¡Esa desgraciada se ha vendido!—murmura—. ¡Ha negociado con «el oro sajón»!... ¿Qué puede haber de mí en esta hija que lleva mi sangre y mi nombre?... ¡Nada!—prorrumpe.

Y el encono de su exclamación le devuelve los bríos cuando llega Jaime Solinde más animado que en la última temporada, divertido, sonriente:

—¡Qué oscuridad!... ¿Estaba usted durmiendo todavía?

—No; meditando.

—Son ya las seis. Vengo de la boda.

El muchacho abre todo el balcón y entra un soplo de aire templado a ventilar el gabinete. Ha cedido el calor veraniego; el plumaje gris de

las nubes entolda hoy la luz que se cae molida, tamizada y melancólica.

—¿Qué ha pasado allí?—pregunta don Severo impaciente.

—Pues lo que tenía que pasar. Yo he actuado de testigo por parte de la novia, según le prometí a usted; he felicitado a los contrayentes, y aquí estoy: salgo ahora mismo de la Iglesia.

—¿Se han tocado las campanas?

—No, señor; no es costumbre. Se ha tocado la marcha nupcial de Mendelssohn, y a sus acordes atravesó la novia el templo hecha un brazo de mar, apoyándose, con muchos melindres, en un Secretario de la Embajada Alemana.

—¿Cómo iba?

—Muy bien. Toda de blanco, llena de faralaes y colgadizos: velos, cola, flores... ¡qué sé yo! No entiendo mucho de indumentaria femenina, pero la encontré guapetona, satisfecha, radiante, saludando al público en cortesías muy chistosas...

—¿De veras?... ¿Es posible?

—¡Hombre, tiene disculpa! Hacía la entrada en su reino, triunfalmente, y se ha sentido reina.

—¡Qué atrocidad! ¡Es increíble hasta dónde llega la insensatez humana!

—Vamos, no exagere usted algún detalle ridículo, sin transcendencia. Su pleito familiar se está redondeando a las mil maravillas. Y era de índole muy delicada. La pobreza total de esas dos señoras tenía que convertirse en algo mucho peor, y ese yerno rico, bondadoso y manejable, viene a fiarlas, evitándole a usted daños y perjuicios.

—Pues yo me siento avergonzado, porque, al fin, Cándida es mi verdadera hija, aunque re-

niegue de sus condiciones esenciales, agravadas por la educación, y la note ajena a mí... No he sido bueno para ella; la he dejado de querer... sin poderlo remediar: ¡por la otra!...

—La hija de su alma.

—Que se me oculta; que sólo me permite la ilusión de sobrevivir en su recuerdo... si lo consigo merecer.

—¡Quién sabe!—insinúa el muchacho alentador.

—Tengo pocas esperanzas.

—Lo que usted tiene es una neurastenia aguda, terrible.

—¡No hay en el mundo un animal tan enfermizo como el hombre!—lamenta don Severo, que apenas se atreve a indagar, cerrado en la aprensión de la boda—. ¿Qué hacía el novio?

—Un triste papel. Estaba acoquinado, perdido... ¡era lo de menos allí!

—Habría muchos invitados...

—Sí; un concurso muy heterogéneo, en su mayoría ordinario y popular. Algunas gentes, relacionadas con las marimorenas de doña Patricia, supongo que asistieron por mala intención. La famosa Canigut ya sabrá usted que ha desaparecido.

—No lo sabía... Dime, y... ¿«doña Pura»?

—¡Imagínese!... Riendo y llorando, exponiendo sentencias; hueca lo mismo que un pavo real.

—Sí; carne vacía, sin un rayo de gracia...

—Me preguntó por Aurora—dice Jaime bajando la voz.

—¿Y qué?—musita el viejo, también a medio escucho.

—Parece que la nombra con gratitud, aunque

insiste, más que nunca, en lo de «la oveja perdida» y otras alusiones recelosas.

—Es que le atraen mucho las imágenes del aprisco... Y más aún las del pesebre...

El abogado sonríe con esfuerzo. Suben de la calle unos latidos de acequia rumorosa; crece un poco el viento, que fluye y vibra como un ser que rueda su canción. Don Severo suspira tímidamente:

—¿Qué es de «Ella»?

—La he visto ayer.

—¿Sufre demasiado?

—No—replica el joven con orgullo—; el Amor no la destroza: la engrandece.

—Pero la martiriza... ¿Qué decide? ¿Se casa?

—Lo duda. Ya no cree en Guillermo; él mismo se ha encargado de confirmarle que su ciencia de investigador y su conciencia de hombre forman un solo concepto humano, y cuanto escribe en sus libros lo siente en sus persuasiones: blasona de caballero; no la quiere engañar.

—¿Y mantiene su palabra?

—Eso sí; por más que lucha con su familia, opuesta a ese matrimonio.

—Entonces se porta bien—reconoce, a pesar suyo, don Severo.

—Lo mejor que puede: es verdad.

—¿Y por qué vacila nuestra criatura, excelsa y malograda?

—Precisamente por no malograrse—interrumpe Solinde—. Se ha obstinado en creer que no puede eludir el cumplimiento de su destino; y, por lo tanto, que no debe estrechar su rumbo ni someterse a la coacción de un hombre falto de

ansiedades exquisitas, que no comprende la pura actividad del idealismo...

—¿Y renuncia a él?

—Quizá.

—En su caso...

—El caso no importa... Y es más grave de lo que usted supone—acaba el mozo torvamente.

A don Severo le falla el timbre de la voz cuando balbuce:—¿Estás seguro?

—Casi...

—¿Tanta confianza tiene contigo?

—Para hablarme de *eso*, ninguna; pero aprendí a leer en su corazón transparente... que no he podido traspasar.

—No le darás consejos *interesados*—subraya Moraleja tembloroso.

—Ni me los pide.

—Porque lo prudente y lógico para ella es casarse con ese individuo, cuanto antes.

—¿Qué, ya no abomina usted de la prudencia y de la lógica al uso, que jamás producen una acción sublime?

—¡Abomino de la Vida!—clama el enfermo, alumbrando su impaciencia por la Muerte de un modo consternador. Le huye la sonrisa, atiende con los ojos fríos y lontanos al través de un lívido parpadeo.

Jaime le ve extraño a la Tierra, tan deseoso del Gran Sueño, que no le induce a la confianza de ninguna ilusión. Involuntariamente ha invocado una rima del gran Camöens: *El morir de puro triste, ¡qué mayor contentamiento!* Y contempla con beatitud, entre compadecido y envidioso, al hombre que le mira con cara de moribundo.

Pero aun procura él volverse a las cosas terrenales; aun se repone en la idea especial de sus manías.

—¿Es que Aurora ya *no quiere* a Guillermo? —recalca.

Jaime se inmuta.

—No confía en él... ¿Quererle?... Ella cree que sí.

—¿Y tú...?

—Siempre lo he dudado.

—¿Qué hará si no se casa?

—¡Vivir!—responde el mozo con demasiada prisa.

—¿Y... su hijo?

—¡También!

—¡Nada te asusta! — exclama don Severo, asombrándose del coraje y la exactitud con que su amigo resuelve aquel problema singular—. ¿Tú—consulta, perplejo—la servirías de apoyo... en cualquiera de sus calvarios?

—No me necesita.

—Pero... ¿si fuese menester?

—¡Sí!

La sílaba, rotunda, palpitó como una raíz cordial agitada en el aire de pronto, húmeda todavía por el llanto anímico.

Jaime asegura, fervorosamente:—He aprendido con «ella» a ennoblecer los sentimientos: de algo me ha de servir su amistad.

Un ímpetu de congoja le anuda las últimas palabras, nacidas en la violencia de su corazón. Y se despide conmovido, en tanto que Moraleja le susurra:

—Gracias, muchas gracias.

—¿Por qué?

—¡Sabe Dios!...

Allí permanece solo una vez más el enfermo, clavado por sus vesánicas espinas en la tenebrosa cruz de la Noche.

XXVI

LA CULPA

El doctor Casal no ha vuelto, desde que se marchó Julia Rey, al cuarto de Aurora. Ella no lo hubiera consentido, y menos después de aquella noche ardiente y memorable. Y se ven los novios en un paseo cotidiano.

Andan juntos, con preferencia bajo las toldaduras benignas de Rosales y entre el arbolado de la Moncloa; se oyen la voz lejana el uno al otro. No se encuentran por más que se unen: por mucho que se buscan no coinciden.

Ya su interna discordia es irremediable, porque Guillermo insiste en poner condiciones para la unión definitiva y legal, concediendo muchas beligerancias a su prometida, menos las que se

vinculan a los ejercicios originales y libres de la inteligencia.

Lo rubrica así en un tono, muy subido, de caballerosidad y pundonor, en nombre de los fundamentos sociales más sólidos: el Hogar, la Tradición, el Patriotismo; y, como resumen supermoderno de tópicos nacionales, la Ciencia: inicial básica de la Dicha.

En su perseverante actitud de dominio, acaso esconde Guillermo un propósito, indeliberado y casual: el de convertir a Aurora en su amante. Cederían algo cada uno en sus relativas pretensiones: él, renunciando a la dictadura intelectual sobre la mujer; ella, a la consagración de legítima esposa.

Uniéndose de tapadillo, aunque el secreto se promulgue a voces, al médico no le disgusta que su compañera se ejercite en toda suerte de disciplinas mentales: solo dentro de una lícita situación no las puede tolerar.

En este punto fracasan las razones biológicas y psicoanalíticas del sabio, y prevalece la cerrazón moral del fariseo.

Pero se debe tener en cuenta que lucha el novio con la oposición de su familia para una boda legalizada, en este caso; también que le ha contrariado mucho el ruidoso proceso en que la madre de Aurora estuvo comprometida, y, en fin, que la muchacha le amedrenta cada vez más, por sus arrogantes ilusiones, por la altura vigorosa de su genio.

Conservarla, sin arriesgarse demasiado, sería muy beneficioso para él. Y, como la tiene por suya, se ciega en el cálculo de sus posibilidades; no mide bien los tesoros de energía que

inagotablemente consigue Aurora; ni la estructura espléndida de su alma; ni el intuitivo denuedo de su corazón.

Tan obcecado está que le propone la ignominia de un maridaje clandestino, como pretexto de transacción entre las mutuas opiniones; con entera libertad, sin someterse a la sagrada coyunda.

Él reviste de tolerante pacto este recurso que les permitirá ser muy felices. No presiente en Aurora el angustioso desengarce del Amor único, inmortal, resistiéndose a la mancilla de un ofrecimiento condicionado y promiscuo. Tampoco nota que a la muchacha le nace un sendero de los pies. Y cuando se atrevió a decirle su cobarde ocurrencia, si temió, acaso, un enojo, estaba muy lejos de sospechar una ruptura.

Fué ayer mismo, en el Parque del Oeste. Iban cercanos y distantes, según costumbre. Ella se adelantó, como empujada por las insinuaciones del novio, y quedóse detenida en el ardor del suelo, bajo un golpe de luz, envuelta por el amargo perfume de los céspedes. No respondía, como si el Sol no la dejase oir. Toda la figura se le puso dorada y caliente: parecía hecha de lumbre y de silencio. Sentía la percusión dolorosa de unas palabras confusas, sin entenderlas bien. La claridad estaba de su parte: al otro lado, junto al hombre, había caído una gran tiniebla...

Siguieron andando, y de repente Aurora se echó a reir, una risa de oro, bruscamente convulsa. La tomó Guillermo del brazo con mucho cariño, y se dejó llevar, sin mirarle, extrañando no ver ningún desorden en la Naturaleza. Todo

estaba a su alrededor como la víspera, con iguales matices de encanto y placidez: el reptil perezoso de los caminos, la escena lueñe y ruda de los montes, y allá, más lejos, el fin de la Tierra calcinada, la punta de Europa, las dimensiones inefables del Océano.

¡El Mar!... Sí; un navío que se hunde, un hombre que deja una niña sola en los cantiles... ¿Qué decía Guillermo?

Hasta el amanecer no se ha dormido Aurora. Estuvo comprendiendo, con sobrecogida lentitud, que la esperanza de su matrimonio se deshacía, totalmente, en aquella noche de rostro amarillo, bajo la cual pensaba, coordinando en lo posible ideas y sensaciones.

El amor de Guillermo era mentira. Ya la muchacha no podía admitir con otra explicación la conducta del hombre que, poco a poco, le daba la imagen completa de su mentalidad.

Durante aquellos meses de abrasada pugna, dos fuerzas, enormes, se cruzaron en la vida de Aurora: la realidad de su pasión en la entrega y en el latido fecundo de las entrañas, y el anhelo genial de ser fiel a sí misma, de responder, con el testimonio de las obras, al impulso de las deliberaciones humanas, alimentado en su conciencia por Dios como un mandato ineludible.

Tarde se convencía que el compañero elegido no era gustoso de tan cristianas inspiraciones. Se había resistido ella a creerlo: se había engañado con subterfugios pueriles, con aplazamientos incautos y movedizos pronósticos. Incrédula

y desorientada, evadía la honda reflexión, ahuyentaba los diáfanos pensamientos convertidos en implacables rondadores suyos, vehículos de claridad sobre la negra duda.

Encima de la mujer, siniestramente unido a sus castos sentimientos, pesaba el influjo ardoroso de la juventud, la oscura tendencia a lo blando y acomodaticio: dejarse querer, dejarse vivir... Y aquel pulso vehemente, entrañado ahora en su carne con la suprema novedad de otra existencia, ¿no le imponía el deber de confiar... *un poco* en su compañero?

La innata valentía de la moza protestaba de estas claudicaciones, resistiéndose al áspero criterio de un masculinismo inadmisible para sus altos ideales.

Entretanto, el doctor se envanecía con las transigencias aparentes, y abusaba de la confusión de Aurora, viéndola irresoluta, sin afrontar con decisivo arranque el porvenir.

Así llegó a rebajarla, hasta el vilipendio, como ella nunca lo pudo imaginar. Este desliz temerario del hombre fué un aguijón sobre las excelentes potencias adormecidas en la triste novia. Ella, que hallaba trágicamente mudos los altares en estas horas turbias del abandono, percibe, de improviso, un aliento providencial en contacto con su oración: una respuesta a todas las consultas místicas que se le habían perdido en las hondonadas del mundo.

Después de separarse de Guillermo, anoche, sin apenas contestar a su proposición, es cuando Aurora vuelve a recobrarse, a estar cerca de sí, a decirse, con profunda humildad, que de su mote ambicioso, *querer*, *saber*, *poder*, no ha

conquistado más que la primera inquietud: la de Querer.

No sabe ni puede nada: su única verdad es ella misma. Ella, recordándose bajo el puro terror de haberse dormido y haber soñado sin percibir el soplo de las revelaciones sutiles, que se nos acercan durante la vigilia con raudos pies de paloma.

Cuando llegó a su dormitorio alquilado, recientes, incomprendidas aún las indicaciones de Guillermo, ya las estrellas penetraban, silenciosas y brillantes, en el abierto domicilio de la mujer. Y aunque le hacía mucho daño la hermosura del Cielo, descansó allí, frente a la Noche trepadora, subiendo, como ella, desde el valle mortal de las criaturas hasta las cimas de Dios, que no sabemos dónde se concluyen.

Y estuvo meditando de cara a las luces siderales, convenciéndose de su embriaguez de enigmas; segura, sólo, de sentir grávidos el alma y el cuerpo, hasta el punto de no caber un poco de lástima, para ella misma, sobre aquellos cuajarones de tristeza: el Amor y el Hijo.

Se yergue, no obstante, llena de vitalidad y de amargura. Recordaba con espanto el impune delito de Refugio Marín. Había encontrado a la joven en la calle, desmejoradísima, adusta, con un aspecto medroso y fugitivo que daba compasión.

Aurora mira su propio destino más decidida que nunca a trabajar por el término de todas las esclavitudes sociales, especialmente si radican sobre la mujer honrada que sucumbe al amor y puede rodar hasta el crimen por huir de las únicas consecuencias infamatorias dentro del pecado amoroso.

No sabe la muchacha por qué caminos de grandeza ha de ascender, persiguiendo ese logro de justicia y de blandura. Espera que le ayude un buen azar, que le sirva de escala su mismo atormentado corazón.

Y toda la nocturna pesadumbre, agobiadora, no ahuyenta sus resoluciones de acercarse a las cosas terribles con un empeño balsámico: aunque necesite vivir entre los más duros peligros.

Al cabo de unas horas de reposo, bien despierta y consciente, Aurora se dispone a practicar sus intenciones.

Todavía acostada, siente la elasticidad y belleza de su cuerpo, vibrante después del descanso, fino y armonioso como el de Venus. Y se halla retraída a un estado anterior, una euforia material de vivísima transcendencia sobre el alma, un goce que le va directo desde la carne y que ha probado otras veces sin motivo ninguno sentimental; acaso en las noches centelleantes de la primavera, en los amaneceres dormilones de la alcoba.

Se levanta, esforzándose por sacudir aquel bienestar físico y enervador, irónico porque ella está muy triste... debe estarlo. Y desde el fondo del ser le acude una extraña bondad, desconocida, que le parece ajena.

Sonríe; del misterio que se incuba en su sangre viene, sin duda, aquella tónica gracia, aquel instinto superior que la conmueve.

Corre precipitada a llamar por teléfono al doctor Casal, que ya está en su clínica, y le pide

que, terminada la consulta médica, se llegue a Rosales unos minutos, al rincón amigo: necesita hablarle en seguida. Guillermo promete estar allí a las doce.

Son las diez. La muchacha quiere acelerar su espera y sale pronto, vestida sencillamente de blanco, tocada con el velillo español tan feble y original en las cabezas bonitas. Andando, sin rumbo, entra en un templo y se postra, anhelante, trémula de ignorancias, a suplicar favores.

Adivina cómo tendrá que vencer muchas sirtes, rendir llanuras de mares y tierras, alcanzar elevadas cumbres, antes de ver en forma tangible la ansiedad que le rebasa del sentimiento: Emancipaciones, Desarmes, Humanismo...

Y se convence de que no está loca, por mucho que se abrume en su insignificancia. Los deseos que sobren de su imaginación y se desparramen impotentes, ¿no han de caber en la anchura del mundo y hallar quien los realice?

Acaba de leer que en una gran nación europea tienen ya por abolida la pena de muerte, y existen numerosos corazones que trabajan, también, por limitar las penas de la vida...

Aurora suma, una vez más, con el raciocinio vertiginoso, millones y millones de mujeres que son, todavía, personas soñolientas, individuos caseros sin ninguna insigne virtud. ¡Si pudiera comunicarles el temple cordial de su espíritu para querer, todas juntas, el bien de los demás! La unión, la fuerza sensitiva de tantas almas, ¿no daría por resultado un formidable poder?

La humanidad ya no camina con el tardo ritmo de los bueyes. En los trenes actuales cada

rueda compite con las alas del viento, como una rosa de frenesí que gira sobre el polvo y en el espacio, burlándose de las distancias.

Y en la emoción de Aurora estas imágenes de la prisa moderna adquieren proporciones de vaticinio. Se figura que muchos entendimientos luminosos de mujeres irán con ella a toda velocidad, como van unidos el calor y la sed, pidiendo las cosas justas, que parecen imposibles porque no se desean bastante.

Hay un intenso dramatismo en la frágil criatura que ve lo que anhela, olvidándose de sí, rendida en el suelo, con los ojos cálidos y tristes fijos en los tramontos y las navegaciones que conducen a unas santas fraternidades...

Desde la capilla donde se había recogido, sale Aurora para tomar un coche.

Ya está el de Guillermo esperando en el lugar de la cita y la muchacha no despide el suyo.

—¿Qué sucede?... ¿qué te pasa?—interroga el doctor, afanoso, preocupadísimo con el urgente reclamo y también por el semblante dolorido y serio de su amiga.

Ella pronuncia breves palabras de irrevocable terminación, sin apenas mencionar la pérfida hazaña de la víspera. Pero él sorprende, entonces, las consecuencias de su desacierto y demanda el perdón, arrepentido, enamorado más que nunca. Ruega, insiste, da explicaciones terminantes, y, ante la sorda negativa de la muchacha, ofrece cuanto ella quiera pedir; capitula y se entrega a su merced.

Todo en vano. La joven dice siempre «que

no». Habla sin acercarse a él; ha dejado brotar la pureza del aire entre los dos y confirma:

—No te escribí para que hablando, y hasta discutiendo conmigo, no te quepa duda en lo que oyes.

—Pues me cabe; no lo puedo creer, no debo ni pensarlo...—Aunque Guillermo teme el carácter singular de Aurora, maneja un resorte infalible contra la voluntad que se le opone, y añade:—Tú no tienes derecho a separarte de mí.

—¿Por qué?

—¿Lo preguntas?

—Sí.

—¿Es posible, Aurora?

—Sí.

Estalla la tenacidad demasiado brusca en esta afirmación. El mozo advierte, casi colérico:—¿Y nuestro... *compromiso?*

—¿Qué?

—El lazo que nos une.

La muchacha se encoge de hombros, altiva, silvestre:—Ya estamos desunidos; cuando las almas se divorcian no hay lazos ni sacramentos capaces de ligar, con decoro, a las parejas humanas.

—Yo no entiendo lo que dices, ni lo que pretendes; pero salgo responsable de la vida que he sembrado en ti.

—Gracias: te absuelvo de toda responsabilidad.

—Es que no rehuyo mi culpa.

—¿Culpa?—sonríe Aurora, con estoicismo, serenamente huraña—. ¡Allá túl... Yo sólo reconozco las mías: y las pagaré.

—¡Déjame ayudarte!

—¡No puedes!—le responde, por no decir: ¡No sabes!, y mira sin rencor al que la observa desconcertado, ofendido, hasta iracundo.

Está celoso. Cualquiera disparatada idea le convence de que hay una razón *material* para que Aurora le abandone, mientras rechaza la certidumbre de esta cruel despedida. Nombra con furia a Jaime Solinde; se querella de la amistad que él quiso romper entre su novia y el antiguo camarada; hasta llega a sospechar una dañina intervención de don Severo. Todo lo inexistente le exaspera como un origen de este mal absurdo; y los alegatos mejores se le olvidan ante el hecho de que Aurora renuncie a pertenecerle por ninguna ley civil, por ninguna bendición sagrada. Ni aun para el hijo estima el nombre ilustre de Casal, y cuando éste reitera su propósito de reconocerle, desiste la muchacha:

—Es sólo mío: no te preocupes, no te sacrifiques...

—¡Ya no crees en mí!

—¡No!—confiesa Aurora, reteniendo sus lágrimas, con el orgullo de no quejarse, porque siente el pudor de la íntegra dignidad.

Atónito Guillermo le dice: —¿Qué piensas hacer?

—Ir a todas las cosas del mundo sin alejarme de Dios ni de mí misma.

—¡Siempre soñando!—arguye el hombre, crecida su rabia mientras descubre los deseos que revientan sobre él, un afán bruto, un ansia de dominante posesión que le desatina. Porque lo cierto es que ha visto, por fin, a la muchacha despierta, conocedora y valiente, como nunca,

replegándose en su íntima verdad para lanzarse a cuanto exíste merecedor de una conquista...

En el bosquecillo donde discuten penetra con languidez el día que esplende rútilo en los jardines, en los claros del Parque, en el cielo calmoso y azul.

Bajo aquella dulzura otoñal se despide Aurora, sin gestos, sin frases, con una sonrisa enigmática. El galán soberbio, despechado, todavía con la esperanza de que retorne, la deja salir del toldo acogedor.

Va la muchacha caminante, puesta en la soledad y en la luz por los senderos chamuscados. Y de tal modo se confunde el doctor Casal cuando la pierde, que la sigue y no la llama ni le da alcance. La ve un poco detenida, esperando su coche, y duda si está labrada en piedra y en fuego; después le parece que huye, como una sombra de lo desconocido...

En realidad la pobre mujer cruza con una angustia intolerable los retazos alegres del jardín; imagina que los árboles agachan la cabeza al peso del Sol; que el espacio se derrumba y las nubes le tocan en la frente; que su dolor y su vida cunden, gigantescos, en la sangre torrencial de la mañana.

XXVII

EL CAMINO

¿Quién llama?... ¡Es la noche! —se contesta Aurora con sobresalto. No sabe si es el sueño o el primer soplo de las tinieblas, este frío que se le hunde en la carne.

Acaba de escribir a Julia Rey, en contestación a una hermosa carta, llena de consolaciones, y el pliego le tiembla en la mano, igual que un pajarillo. Ha dejado en él sus lágrimas secretas, la confesión de su zozobra innumerable, también el asomo de una confianza que le enjuga el llanto como el viento de la tempestad lame el agua de los caminos.

La hechicería bondadosa y alerta de Julia, influye bien, aun a distancia, en el ánimo de la joven. Hasta presiente ella que el esperado re-

greso obrará en su porvenir como un talismán generoso; ya que la ausencia coincidió con una fatídica memoria.

La gentil sevillana promete volver pronto, sin que medie octubre; escribe alentadora y comprensiva; recoge, con entrañable piedad, las tristes confidencias...

Ahora sí que han llamado.

—Adelante.

Es don Severo.

—Perdona, hija mía; soy inoportuno, ¿verdad?

—No, señor. Pase usted; siéntese.

—Quería verte..., despedirme de ti.

—¿Se marcha?

—¡Qué voy a hacer!

—Y ¿adónde?

—Lejos..., lejos... — habla el padrastro con una mezcla de gusto cariñoso y de penuria cerebral—. Cada día—balbuce—es más solitario el viaje que uno emprende.

—¡Tiene usted razón!

—Ya veo que también tú vas muy sola; ¡mucho!... Pero continúas, no sé a qué lugares... Sí; tú sigues. Yo concluyo.

—¿Cómo dice usted?

—Que temo al fenómeno de la multitud, al vagido de la mesnada... Nací entre esas cosas ruines. Soy vulgo; y no lo quiero ser. Hasta el nombre me es contrario, paradójico, burlesco. No; es preciso que no te avergüences de mí.

—¿Se encuentra usted mal?—pregunta Aurora, observándole con una lástima que repercute en su conciencia—. Yo le cuidaré; se pondrá usted mejor...

—¡Ya no hay tiempo!—lamenta él. Y sus ojos

son dos vasos llenos de locura—. Ya es muy tarde, noche cerrada... Abajo en el portal me espera Jaime Solinde, tu abogado.

—¿Por qué no sube?

—¡Qué sé yo!... Si le necesitaras subiría; está deseando servirte; puedes contar con él.

—Ya cuento, sí.

—Es un amigo... *superviviente.*

La muchacha sonríe, compasiva y medrosa.

—Un hombre de corazón—añade don Severo—. Le conozco bien... Te lo juro después de comulgar; porque esta mañana la pasé arreglando mis cuentas religiosas...

—¡Está usted muy pálido!—interrumpe la muchacha con susto—; ¿quiere tomar algún alimento?

—Nada, hija mía.

—¿Una taza de té?

—Sólo necesito el ejemplo de tu fortaleza; convencerme de la gallardía con que has tomado tu cruz de mujer sin abdicar de tus fines redentores.

—Si usted supiera... ¡será usted el que se avergüence de mí!

—Lo sé *todo.* Y te admiro, te venero.

—¡Por Dios!...

Como un residuo de anteriores fases, Moraleja enarbola todavía su costumbre de perorar, que hoy se ajusta a una esperanza evidente. —Verdad es—discurre—que el Dolor hace y el Placer gasta. Eres tan grandiosa en las buenas acciones del sufrimiento, que hasta me recibes con ternura—y contempla a la muchacha delirante, aprovechando en ella la tensión de una fe, para saltar a la negrura de sus designios—,

Sí, dame una copa de agua—decide extrañamente.

—Voy a pedirla.

Sale Aurora pensando en llamar a Jaime. Y desde el corredor se vuelve pávida, trémula. Ha oído el sordo retumbo de un balazo y un ¡ay! indescriptible.

Don Severo, de espaldas en el sofá, rota de un tiro la sien, pierde la voz y la mirada, pero aun besa un crucifijo que le presenta Aurora; aun oye el acento fervoroso que le incita a encomendarse a Dios.

—No se apure, Jaime. Dígame lo que debo hacer...

Una sensación de entorpecimiento inmoviliza al abogado en la escena lúgubre: Aurora, de hinojos, otra vez con pintas de sangre en el vestido blanco; en la cara una expresión que se congela, unas pupilas que se ahondan en el vacío.

Y de nuevo los guardias alrededor de la joven; el alboroto que se repite, con mayor gravedad, en casa de doña Micaela; los malos rumores que escudriñan:

—Estaban solos, y *dicen* que no congeniaban mucho...

—No era su padre...

—¿Se trata de un suicidio?... ¿de un asesinato?...

—¡Ah, sí; la señorita España! En la vecindad se la conoce por otra intervención de la policía y por el escándalo de un periódico...

—El que se iba a casar con ella *dicen* que se ha vuelto atrás...

Pero cuando Aurora pregunta a su amigo, resignadamente:—¿Qué, tengo que ir a la cárcel? —él tritura su pánico y se encrespa victorioso al responder:—¿Estando yo aquí?

—Si me acusan...

—¿De qué?

—De... un crimen.

—No; ¡jamás!

—De sospechas.

—Tampoco...

Súbitamente Jaime se colma de una alegría insensata, pensando que se dirige «a él solo» esta voz, clara y tenue, como si los golpes de la adversidad la fueran esculpiendo; y lo mismo el semblante trastornado de la muchacha, sus ojos morenos y ardientes, su pálida sonrisa, la dulzura y la bondad de su persona.

Hay un contenido inmenso de emoción en lo que el muchacho supone; quizá don Severo se ha matado allí para que *su hija* necesite del amigo, para que le llame y le honre, sosteniéndose en él, un momento siquiera... Se inclina a besar con gratitud aquellas manos heladas, de contorno rapaz, al cabo pródigas de su avaricia y su calor. Después habla aparte con Aurora y le asegura:

—Donde tenemos que ir es al Juzgado de Guardia; porque ya se han hecho la inspección ocular y las diligencias preliminares del atestado.

—Voy—comprende ella—en calidad de detenida.

—No, *vamos*—acentúa el abogado tranquilizador—para ampliar nuestras declaraciones en auxilio del Juez.

—Y... ¿desde allí?

Tiene Jaime a su ídolo más próximo que nunca y le cuida con solicitud religiosa, como a un ser nuevo y extraordinario.

—Desde allí—promete, rotundo—a la vida, a la libertad.

La muchacha susurra:—¡Al trabajo, a la competencia... atrozmente difícil!—Y nota que el aire se enfría en torno suyo, agorero, como al sentir, poco antes, el primer hálito de la oscuridad.

—¡Al éxito!—corrobora Solinde.

—¿Siendo de veras «una mujer»?

—Por eso mismo.

—¿Sin renunciar a ninguno de mis deberes... cardinales?

—Por arrostrarlos con valentía ejemplar.

Aurora le mira esperanzada:—Con hombres como usted, hermanos nuestros en la contienda, sí.

Y el coloquio íntimo cae de su peso, entre ambos jóvenes, maduro y resonante como la hora del reloj. Un agente de Seguridad lo interrumpe:

—La señorita, que haga el favor de acompañarme: ya hemos terminado aquí.—Y advierte con finura:—Tengo un coche a la puerta.

—¿Ve usted cómo la detenida soy yo?

—Y yo—responde Jaime sonriente.

Se ha hecho detener por si no es tan sencillo libertar hoy a la muchacha. Su escabroso parentesco con el suicida, las públicas desazones familiares, la misma notoriedad ingente de la doctora, contribuyen a su perjuicio inmediato. Hasta su belleza y su elegancia le sirven de acusación.

Se echa encima un abrigo y deja, cariñosamente, en la hospitalidad de su cama, el cadáver del pobre loco a quien rinde así una demostración de tardío agradecimiento. La patrona y sus chicas despiden con suspiros y llantos a la «sospechosa» viajera.

Se constituye en el portal un retén de policía que no logra impedir comentarios y grupos.

Aurora de España oye, nuevamente en la calle, denuestos y piropos, mezclados a un interés sensual que la horroriza. Prefiere que se clave en su cuerpo, como una sutil amenaza, la canción delgada y sombría de la Noche, que no a todos les es dado escuchar.

Tiembla la mujer y se vuelve, desolada, a su amigo.

—¿Quiere usted mi brazo?—indica Jaime, ensanchando su acento, que pule y abrasa cuando prende en Aurora.

Ella claramente responde:

—Sí.

Es el apoyo que había rehusado y que hoy acepta mediante una convicción fraternal, reparadora; se afirma en él y sube los ojos a la altura donde se conoce mejor el divino descontento humano.

En seguida los echa bravamente al Camino.

INDICE

INDICE

Capítulos		Páginas
	JORNADA PRIMERA	
I.	Aurora	11
II.	El encuentro	19
III.	Tierra española	33
IV.	El cantar nuevo	43
	JORNADA SEGUNDA	
V.	Confesiones	57
VI.	El agua mansa	67
VII.	Estudiantina	77
VIII.	El segundo bautismo	89
IX.	Voces de la calle	101
X.	El pecado de la excepción	113
XI.	Embriaguez	123
XII.	La pantalla azul	135
XIII.	Ritmo de galope	145
XIV.	La zurcidora	153
XV.	Globos cautivos	165
	JORNADA TERCERA	
XVI.	Alas	177
XVII.	Amor	189

I N D I C E

Capítulos		Páginas
XVIII.	Instinto	203
XIX.	Negrura	213
XX.	Malicia	225
XXI.	Inquietud	239
XXII.	Soledad	249

ÚLTIMA JORNADA

XXIII.	La mujer	261
XXIV.	El secreto	271
XXV.	Afirmación	279
XXVI.	La culpa	293
XXVII.	El camino	305

CONCHA ESPINA
EX-LIBRIS

14273 6/4

Date Due